HARLEQUIN®

BIANCA®

aventura, intriga, pasión



Pecados de familia

Anne Mather

$3.50 U.S.

(1996) ***Anne Mather.***

PECADOS DE FAMILIA

Colección Bianca Nº 852 - 5.2.97

Título original: Relative Sins.

Protagonistas: Sara Reed y Alex Reed

Argumento:

Sara Reed tenía un secreto.

Alex Reed jamás debía llegar ni siquiera a imaginar cuál era.

Pero Alex y Sara estaban emparentados, así que, ¿cómo evitarlo? Además, estaba por medio su hijo, Ben. El niño adoraba a Alex, y el sentimiento parecía ser mutuo. Obligada casi constantemente a estar en su compañía, Sara no tuvo más remedio que admitir que podría ser un padre perfecto .También era el hombre más sexy que había conocido en su vida. Sin embargo, las razones que le movían eran un misterio para ella.

¿Estaría jugando con ellos a un juego del que sólo él conocía las reglas?

Capítulo 1

YO SOY la resurrección y la vida, dijo el Señor... El ministro siguió recitando el salmo de funeral. La mañana del mes de noviembre era fría, y la gente que se había reunido en torno a la sepultura se arrebujaba en sus abrigos y guantes. Sara estaba segura de que todos deseaban que acabase cuanto antes, y no sólo por las desgraciadas circunstancias de aquella muerte, sino porque les recordaba lo frágil de la condición humana.

Ella tenía la impresión de que nunca iba a recuperar al calor corporal, porque el frío que estaba sintiendo venía tanto de fuera como de dentro. Tenía los pies congelados y las manos entumecidas, pero apenas sentía incomodidad física por ello. Eran sus emociones lo que la hacían sentirse como metida en un bloque de hielo.

Gracias a Dios, el ritual estaba a punto de concluir. Dentro de poco, podría escapar de todas aquellas miradas de compasión y quedarse a solas con su dolor. Una o dos de las personas que asistían al funeral se habían llevado el pañuelo a la cara para secarse discretamente los ojos o para sonarse la nariz y disimular una lágrima errante.

La madre de Harry había sido una de ellas, y Sara deseó en aquel momento sentirse más cercana a su madre política, pero Elizabeth Reed jamás había mostrado el más mínimo afecto por su nuera mientras Harry vivía, y Sara sospechaba que ahora la culpaba a ella de su trágica muerte.

El niño que estaba agarrado a su mano tiró de ella suavemente.

—Estate quieto, cariño —le susurró—. Enseguida nos vamos.

E inmediatamente sintió una punzada de deslealtad. Pero de no haber sido por Elizabeth Reed, Ben no habría asistido al funeral de su padre porque Sara era de la opinión que su hijo era demasiado joven como para compartir aquel dolor.

—Es que tengo frío —insistió Ben, dando un pequeño puntapié a la tierra humedecida.

—Todos lo tenemos, Ben, pero no te preocupes, que ya no queda mucho. Y menos mal que no llueve.

Habría sido el golpe final.

Ben se volvió a mirar la fila de coches aparcados fuera del cementerio. Era evidente que el niño no había comprendido la seriedad de la ocasión. Había intentado explicarle que su padre se había ido al cielo y que no iba a volver, pero estaba segura de que a Ben el cielo le parecía cualquier rincón lejano del universo y que, al cabo de un tiempo, todos volverían a casa.

¿Y es que había una casa?, se preguntó Sara, consciente de que Elizabeth Reed los estaba observando y que lamentaba la falta de discreción de Ben. Desde luego no la tenían en Brasil, donde Harry había muerto, y mucho menos en Perry Edmunds, donde siempre había vivido la familia de su marido.

Las lágrimas se agolparon de pronto en sus ojos, pero se las tragó. Debía intentar no mostrar el dolor delante de Ben, pero de vez en cuando era casi imposible contenerlo.

¿Cómo era posible que las guerrillas urbanas con las que Harry había negociado tantas veces y que confiaban en él, hubieran podido confundirle con un enemigo? El destino le había colocado en el lugar equivocado a la hora equivocada. El intento de asesinato del diplomático al que Harry acompañaba había salido mal, y su marido no había esperado morir a manos de una gente amiga. Una bala de uno de los guerrilleros le había alcanzado en el cuello, y aunque lo habían llevado a toda prisa al hospital de Sao Joaquín, había sido demasiado tarde. La ironía era que Harry había estado trabajando por eliminar las barreras sociales que existían en el país, y ello le había costado la vida. Al recibir la noticia de su muerte en Río, lo que había sentido por encima de todo era frustración...

— ¿Vamos a volver a casa en ese coche negro tan grande?

La pregunta de Ben la liberó de la angustia que se cernía sobre ella, y se dio cuenta de que debía darle al niño todo el amor que se merecía aunque fuese sólo para honrar su memoria. No era culpa suya que su padre hubiera muerto, ni tampoco de ella... por muy difícil que le resultara a la madre de Harry aceptarlo. Ahora debía asumir que esa parte de su vida había concluido y que Ben y ella estaban ahora solos contra el mundo.

—Creo que sí —le contestó, y al volver a mirar delante de sí, vio cómo bajaban lentamente el ataúd. Era ella quien debía hacer el último gesto, así que tomó una rosa color melocotón de un ramo y la echó sobre la tapa.

El vicario dio su última bendición y, poco a poco, los integrantes del duelo fueron marchándose. Algunos de ellos, incluyendo al reverendo Bowden, se acercaron a ella y estrecharon su mano para darle el pésame. Otros acudirían a la casa de Perry Edmunds, y se preguntó si a alguno de ellos les estaría costando tanto trabajo como a ella recordar al hombre lleno de sentido del humor al que ella había amado con aquel servicio tan lúgubre. Era difícil tener que dejar a Harry allí, y tuvo que recordarse que era sólo su cuerpo, no su espíritu, lo que se quedaba bajo aquella lápida. En espíritu, Harry viviría siempre en los lugares más cálidos del mundo...en la villa de

Kuwait en la que habían vivido, o quizás en su chalé de Río.

—Sara…

Aquella voz la dejó inmóvil. Había estado esperando oírla desde su llegada a Inglaterra, y hasta había temido que se presentase a recogerla en el aeropuerto. Al fin y al cabo, Harry era su único hermano.

Pero había sido el padre de ambos el que había ido a recibirla al aeropuerto, y al llegar después a la casa, sólo Elizabeth Reed había estado allí para recibirlos. Hasta el día siguiente no había sabido que Alex estaba trabajando en un proyecto en Kashmir, y que todavía no habían podido localizarlo.

—Lo siento —dijo Alex de nuevo, pero Sara no estaba segura de si lo decía como disculpa por haber llegado tarde, o como pésame por la muerte de Harry. La verdad es que no le importaba demasiado. Todo habría sido mucho más fácil para ella si no hubiese acudido.

—Sé que debes de estar pensando lo peor, pero he venido lo más rápidamente que me ha sido posible. Desgraciadamente no llegué a Londres hasta después de la medianoche, y no pude tomar otro vuelo para venir aquí hasta esta mañana.

—No importa —le contestó, con cuidado de no dejar entrever nada del torbellino que sentía dentro. En un par de días, habría vuelto a marcharse, y hasta entonces, podría mantener las apariencias.

—Hablaremos en casa —añadió Alex, y Sara se vio forzada a encontrarse con su mirada penetrante—. Sólo quiero que sepas que estoy a tu disposición siempre que me necesites. Es lo que Harry habría querido, estoy seguro.

« ¿Ah, sí?», pensó.

Por un instante, Sara sintió una furia casi irrefrenable, una ira que debía encontrar alguna forma de manifestarse, pero los padres de Harry se habían unido a ellos y Elizabeth tomó la mano de Ben para abrir la marcha de aquella unidad familiar que ella no tenía derecho a romper… al menos por ahora. Más tarde, ya se vería. No le hacía falta recibir ayuda de nadie, y mucho menos de Alex Reed.

Afortunadamente, pareció darse cuenta de que no era el momento de presionarla, así que caminó junto a su madre para acompañarla hasta el coche. Verle hablar con Ben de aquella forma tan encantadora y tan particularmente suya, presentándose a su hijo y haciéndole sonreír, la irritó más de lo imaginable. No tenía derecho a hacerlo. El hijo de Harry no significaba nada para él.

—Vamos —dijo Robert Reed, padre de Harry—. No pienses demasiado mal de él —añadió en voz baja mientras caminaban hacia las limusinas. No era difícil adivinar a quién se estaba refiriendo—. Si

Newcastle no hubiera estado cerrado por la niebla, habría llegado aquí antes de las nueve de la mañana, pero su vuelo fue desviado a Tees, y ha tenido que alquilar un coche desde allí.

—La verdad es que hace un día muy desapacible —comentó Sara. No podía esperar que su suegro comprendiese lo que sentía ella hacia su cuñado.

- Supongo que debe de ser un cambio muy brusco respecto al clima en el que estás acostumbrada a vivir —dijo y después, como si lamentase las implicaciones de su comentario, añadió—: Ahora debes pensar en Perry Edmunds como en tu hogar.

—Gracias.

Sara le agradeció el ofrecimiento, pero sabía que no podía quedarse allí. En primer lugar, porque tenía que encontrar un trabajo. No tenía intención de vivir de la caridad de los Reed, y la pensión de Harry no iba a poder mantenerlos a los dos. Cuando conoció a Harry ,estaba trabajando en Londres, y allí era donde esperaba volver a tener un hogar.

Cuando subió a la limusina junto a Elizabeth y su hijo, no pudo evitar pensar en lo rápidamente que podían cambiar las cosas. Dos semanas antes, la decisión más importante que había tenido que tomar era qué vino servir con la cena, y ahora su marido estaba muerto, su hijo se había quedado sin padre y la vida tan agradable que habían llevado en Río se había quedado reducida a un recuerdo agridulce.

— ¿Estás bien?

Su madre política la estaba mirando con atención, y se preguntó qué creería ver Elizabeth en su rostro: pesar, dolor, nostalgia incluso... pero, ¿estaría buscando alguna clase de remordimiento, de reproche que pudiera estar haciéndose a sí misma y que no sentía?

Sabía que Elizabeth la culpaba a ella por la decisión de Harry de llevarse a su familia a Brasil. Él trabajaba para el ministerio de Asuntos Exteriores, y podría haber solicitado un puesto en Londres después de lo de Kuwait, pero la idea de volver a Inglaterra después de haber pasado dos años en un clima tropical no le había seducido, y había tomado la decisión de prolongar su trabajo fuera de las fronteras y llevarse a su familia con él a Brasil.

—Además —le había dicho Harry cuando Sara se había sentido en la obligación de romper una lanza en favor de los Reed—, Ben tendrá que empezar pronto en el colegio y no tendremos más remedio que quedarnos en Inglaterra durante un tiempo, así que disfrutemos de nuestra libertad mientras aún dispongamos de ella. Ya tendremos un montón de años para aburrirnos después.

Sara tuvo que morderse el labio inferior con fuerza para que dejase

de temblar. No quería que sintieran lástima por ella. Estaba decidida a enfrentarse a aquella situación sola… bueno, no sola, con Ben. ¿Qué sería de ella sin su hijo?

Más tarde o más temprano iba a tener que sentarse con Ben y explicarle lo ocurrido. Por ahora estaba muy bien consolarse con la idea de que él no estaba sufriendo, pero la verdad era que tenía que hacerle comprender la nueva situación. No iban a tener mucho dinero, y Ben iba a tener que conformarse con vivir en el apartamento que pudiese permitirse para los dos, lo que resultaría completamente distinto a la lujosa casa en la que habían vivido los dos últimos años.

El trayecto entre St. Matthews, que quedaba a las afueras de Edmundsfield, y Perry Edmunds, la casa de los Reed, duró tan sólo unos minutos. ¿Podría haber un contraste más fuerte que el que estaba viendo entre el calor y el color de Sudamérica y Northumberland en invierno? Hasta los árboles estaban desnudos y esqueléticos.

Alex y su padre ocupaban los asientos inmediatamente detrás del conductor, y a pesar de sus mejores esfuerzos, Sara no pudo evitar tener constantemente presente el hecho de que Alex estuviera a escasos centímetros de ella. Había confiado en no volver a verlo jamás; que la idea de visitar a la familia de su hermano le pareciese aburrida, lo cual y hasta el momento, así había sido. Y desde la muerte de Harry, tenía que admitir que había deseado que hubiera sido él…

Ben fue mirando por la ventanilla la mayor parte del recorrido, y Sara se distrajo intentando imaginar qué le estaría pasando por la cabeza a su hijo. Aquel escenario era completamente desconocido para su hijo, un niño acostumbrado a ciudades superpobladas y a las playas sin fin del hemisferio sur. Sin embargo no se había quejado, sin contar el instante en que había dicho que tenía frío en el cementerio. Había sido obediente al máximo. Debía ser que la gravedad de la situación le había llegado de alguna manera.

Sara suspiró. Cuando habían subido al avión con destino a Londres, el mismo avión que llevaba también el cuerpo sin vida de su padre, el niño contempló la perspectiva del viaje como una especie de aventura. La idea de ir a Inglaterra, un lugar que no conocía, le había hecho mucha ilusión. Él había nacido en un hospital militar de Kuwait. ¿Habría presentido Harry lo desesperada que estaba por alejarse de allí…?

Y ahora estaban de vuelta allí sin alternativa a la vista. No tenía más remedio que explicarle la situación a Ben.

—Estás muy callada —comentó Elizabeth. y Sara se dio cuenta de que la madre de Harry seguía esperando que le dijera cómo estaba.

—Estoy cansada —dijo, con un gesto involuntario de disculpa—. No he dormido muy bien desde que volvimos.

—Por lo menos estás viva ---espetó Elizabeth—. Qué suerte que no estuvieras con Harry cuando ocurrió la desgracia.

El mensaje entre líneas estaba claro, y Sara se imaginó que ahora que su marido ya no estaba, su madre no dudaría en mostrar sus garras.

-¡Liz!

Robert Reed debía haber oído el comentario de su mujer, y para alivio de Sara, Elizabeth no insistió. Ya tendría tiempo de hacerlo cuando estuvieran solas.

El coche pasó entre las puertas de Perry Edmunds y Ben se arrodilló en el asiento.

— ¡Los otros coches nos siguen! —exclamó—. ¿Es que vamos a tener una fiesta? —Miró a su madre—. ¿Va a estar papá?

— ¡Tu padre está muerto, Ben! —Exclamó su abuela, mirando después a Sara—. Creía que se lo habías dicho. ¿Dónde se cree que hemos estado?

—Supongo que el niño no ha podido comprender los acontecimientos de esta mañana —intervino Alex con impaciencia—. No sé por qué Sara ha creído que debía asistir. Es demasiado pequeño.

Si Sara había esperado que la señora Reed explicase el motivo de la asistencia de Ben, se equivocó. Los coches se habían detenido ya frente a la casa y la madre de Harry abrió la puerta y bajó. Ben la siguió antes de que Sara pudiera impedirlo, y no tuvo más remedio que contemplar cómo su suegra agarraba la manita del niño y lo llevaba dentro.

—Está nerviosa.

La mano solícita que Alex le ofrecía para bajar del coche era más de lo que podía soportar.

— ¿No lo estamos todos? —dijo, esperando que el padre de Harry le perdonase el comentario e, ignorando la mano de Alex, bajó del coche.

La señora Fraser, el ama de llaves de los Reed, había llegado antes que ellos de la iglesia y los esperaba de pie en la puerta. Era una mujer escocesa de mediana edad, áspera de aspecto pero de carácter dulce, que había trabajado para Elizabeth Reed durante los últimos veinticinco años.

—El pequeño ha entrado a tomarse una limonada —le dijo sonriendo a Sara, refiriéndose a la desaparición de Ben—. Yo me ocuparé de él. Puede comer con Alison y conmigo.

-Gracias, señora Fraser —Sara estaba agradecida, tanto por saber

que su hijo no iba a estar sometido a las manipulaciones de su abuela como por la amabilidad del ama de llaves—. Estará muerto de hambre. Afortunadamente su apetito no se ha resentido.

—No podría decirse lo mismo del de su madre —comentó la señora Fraser, en un arranque de franqueza poco habitual en ella que le hizo sentir a Sara que al menos había una persona en Perry Edmunds que se preocupaba por su bienestar.

Una vez dentro, Sara deseó haber tenido unos minutos para sí misma, pero la gente que los había seguido desde el cementerio estaba empezando a llegar y todo el mundo esperaba que la viuda de Harry estuviese allí para darle el pésame.

A pesar de estar rodeada de gente, jamás se había sentido tan sola. Quizás debería haberle dicho a Ben que se quedase con ella. Él le aportaba la confianza que le hacía falta en aquel momento, pero no se podía pretender que un niño comprendiera su estado de ánimo, y no era justo utilizarlo de esa manera.

Reprimiendo las lágrimas de seguramente eran obvias para todos, Sara recuperó la compostura. Al fin y al cabo, había conseguido llegar hasta allí, así que podría soportar un par de horas más. Aquel era el último ritual. Lo único que quedaría después sería la lectura del testamento de Harry.

Se acercó a la chimenea que añadía calor y luz al sombrío recibidor. Aunque Perry Edmunds era una casa imponente por fuera, dentro era bastante lúgubre, con paneles de roble y techos altos que parecían incapaces de retener el calor. Había sido construida el siglo pasado, y la mayoría de los cambios que se habían hecho eran meramente superficiales.

Estaba quitándose el abrigo y los finos guantes de piel que había llevado al funeral cuando la señora Fraser apareció para controlar al personal extra que habían contratado para la ocasión. Después de asegurarse de que todo el mundo tuviera vino dulce o whisky, se detuvo junto a Sara para decirle que Ben estaba bien acomodado en la cocina.

—Está tomándose una limonada con un trozo de bizcocho —le dijo —. Lo he hecho yo esta mañana. Y ahora, tómese las cosas con tranquilidad, porque no queremos que se nos ponga enferma, ¿verdad?

—No podría estar más de acuerdo.

Una sombra alta cayó sobre ellas y Sara no necesitó volverse para identificar al intruso. En lo referente a Alex, estaba descubriendo tener un sexto sentido. Hubiera querido marcharse, pero la buena educación se lo impidió.

—Estoy muy bien —dijo, y sus palabras no iban dirigidas a nadie en particular, pero se dio cuenta de que Alex y la señora Fraser intercambiaban una mirada que lo decía todo.

Maldita sea... ya no era una niña; no necesitaba que estuvieran pendientes de ella. Y en cuanto a pedirle ayuda a Alex... bueno, los hechos hablaban más claramente que las palabras.

—Será mejor que vaya a ver qué tal va Alison con el salmón —declaró la señora Fraser, que evidentemente había decidido que su presencia ya no era necesaria—. Puede decirle a su madre que el buffet está preparado para cuando decida que se sirva —añadió, dirigiéndose a Alex—. Espero que haya suficiente —dijo, mirando a su alrededor. El recibidor estaba atestado—. Estoy segura de que la señora Reed me habló sólo de ochenta personas, pero me parece que aquí ya hay más de cien.

¿Cien?

Sara miró a su alrededor. La mayoría de la gente que había abarrotado St. Matthew estaba ahora allí para presentar sus condolencias, y esa era la razón de que Alex se hubiera puesto a su lado: porque todos terminarían por acercarse a ella. En aquel momento, los padres de Harry estaban haciendo los honores, pero a ella no iba a quedarle mucho tiempo más.

—Pronto terminará, no te preocupes.

Sus palabras la irritaron sin razón.

—Por lo cual tú estarás enormemente agradecido —espetó—. Dime, ¿es esta una de tus visitas relámpago, o podrán esperar tus padres que esta vez te quedes cuarenta y ocho horas?

Alex apretó los labios.

—No voy a volver a Kashmir —contestó—. Creo que no conoces a Will Baxter, Sara —dijo, pues uno de los conocidos de su padre se había acercado a ellos—. Él y su hijo tienen una pequeña imprenta en Corbridge.

Durante los minutos que siguieron, Sara tuvo que olvidarse del posible temor que las palabras de Alex podían haberle producido para aceptar las condolencias que le ofrecieron un buen número de extraños. Tanta gente se acercó a darle la mano y a ofrecerle su visión personal del hombre que había sido su marido, que enseguida perdió la cuenta de los nombres y las caras.

Pero aquellas personas eran los amigos de Harry, sus parientes, tías, tíos y primos a los que ella veía por primera vez. Había conocido a Harry en Londres y habían estado en Edmundsfíeld sólo un par de veces antes de casarse. Además, su marido le había contado bastante poco de su vida allí, un hecho que su madre política había descubierto

enseguida. Ella era una extraña para aquella gente y viceversa.

Quizás, si se hubieran casado allí... Pero no. De ninguna manera se habría casado con Harry en Edmundsfíeld. Aquel pueblo sólo le traía malos recuerdos.

—Y yo no vivo aquí —le estaba diciendo Alex. Habían vuelto a quedarse solos. O tan solos como dos personas podían estarlo en una reunión como aquella. Al menos sus palabras la tranquilizaron. Si no volvía a Kashmir, al menos sí a Londres.

—Creo que debería ir a echarle un vistazo a mi hijo —declaró, evitando contestar directamente—. Si me disculpas...

—He comprado Ragdale —dijo, antes de que ella se hubiese separado lo bastante como para fingir no haberle oído—. He dejado mi trabajo de periodista. Creo que necesito un poco de seguridad para la vejez.

Sara tragó saliva y estuvo a punto de atragantarse.

—Qué... interesante —comentó, antes de desaparecer. Pero la noticia era horrorosa, especialmente porque los Reed iban a querer ver a su nieto regularmente. Dios, ¿es que el destino no le había hecho pasar ya bastantes malos tragos? ¿Es que ahora iba a tener que tratar a Alex como si fuese un amigo? No podía reconciliarse con un hombre al que había llegado a odiar.

Cuando volvió al recibidor unos minutos más tarde, fue Robert Reed quien llamó su atención.

—Vamos a comer algo —le dijo—, y no estoy dispuesto a que me digas que no tienes hambre. Casi no te veo de lo delgada que estás. ¿Es que te has estado matando de hambre para estar delgada?

Sara se las arregló para sonreír.

—No sé si eso es un cumplido o si no lo es —bromeó, aliviada de no sentirse intimidada por él. Harry era como su padre: serio pero extrovertido; una persona que difícilmente perdía los estribos... o la cabeza, añadió para sí misma con un nudo en la garganta. Ojalá Harry estuviese aún allí. Había sido su amigo, su amante, su bastión... el único hombre que había conocido capaz de pensar siempre primero en los demás y después en sí mismo...

Capítulo 2

A PESAR de sus esfuerzos, Sara sólo fue capaz de comer un sándwich y lo que quedaba del bizcocho de la señora Fraser.

Sabía que el padre de Harry estaba preocupado por ella, lo que le devolvió el calor a una parte de sí misma que su mujer había dejado helada. Y por lo menos, Alex no había vuelto a molestarla, aunque verle charlando con una mujer alta y elegante que debía rondar la treintena no fue exactamente una visión placentera.

Había reconocido antes a la mujer, cuando ella y su marido se habían acercado a darle el pésame. Los Erskine, y Linda Erskine en particular, eran amigos de la familia. Hubo un tiempo en el que Linda Adams, que era su nombre de soltera, se suponía iba a casarse con uno de los hermanos, pero las circunstancias habían conducido de forma diferente los acontecimientos, y la madre de Harry les había comentado en una de sus cartas que Linda se había casado con James Erskine.

Una gran desilusión para ella, sin duda, teniendo en cuenta cómo la había visto revolotear alrededor de Alex en aquel tiempo, tanto que sólo parecía cuestión de tiempo el anuncio de su compromiso. Para Harry había sido una verdadera sorpresa que su hermano hubiese terminado rechazándola, pero Harry siempre había ignorado la clase de hermano que tenía...

Pero no era el momento de pensar en nada de todo eso, con Harry muerto y Alex interpretando el papel de compungido hermano. ¿Cómo podía ser tan cínico, comportándose como si la muerte de Harry le hubiese dolido tanto como a todos los demás, cuando le había traicionado sin el menor remordimiento?

Aun así, la mirada de Sara se posó en Linda Erskine y su cuñado con interés. El vestido azul marino de ella, a juego con las medias y los zapatos de tacón alto, realzaba su cuello largo y delgado y su pelo rubio ceniza recogido en un precioso moño. Llevaba un broche en la pechera del vestido que suavizaba un poco la seriedad de su atuendo, pero que también era un símbolo de que Linda se había casado bien.

Desde el punto de vista de Sara, aquellas exquisitas esmeraldas montadas sobre un intrincado diseño de oro blanco resultaron un recuerdo inoportuno del tipo de vida que había llevando ella. Gemas tan hermosas como aquellas eran fáciles de conseguir en Sudamérica, y Harry se había ofrecido a comprarle un anillo con una esmeralda para su quinto aniversario de boda.

Decididamente, apartó ese pensamiento de su cabeza y se miró en el espejo que había sobre la chimenea. El vestido que se había visto

obligada a ponerse era demasiado fino para aquel clima, pero era sencillo y negro, y no había tenido otra opción.

El abrigo largo que había llevado a la iglesia era mucho más adecuado. Se lo había comprado en Londres cinco años atrás, y por alguna razón, se lo había llevado consigo al mudarse. Era de lana gris marengo, y había servido para ocultar que el vestido le quedaba algo grande. Había perdido peso desde la muerte de Harry, aunque no es que hubiese pesado mucho más antes. La comida nunca había sido algo importante para ella, y desde el accidente de Harry, le resultaba muy difícil comer cualquier cosa.

En consecuencia, en comparación con Linda Erskine, su aspecto le parecía horrible. A pesar de que tenía la piel bronceada, estaba segura de que debía parecer pálida. El maquillaje de Linda era suave e inmaculado, y Sara se llevó casi inconscientemente la mano al pelo.

A diferencia del de la otra mujer, el pelo de Sara apenas le llegaba a la base del cuello. Con el calor que hacía en Río de Janeiro, era más lógico llevarlo corto, y aunque tenía unos rizos suaves y brillantes, carecía de la elegancia de un estilo más largo. Quizás ahora que estaba de vuelta en Inglaterra...

Por amor de Dios... Era el funeral de Harry, ¿y todo lo que se le ocurría pensar era en lo poco agraciada que podía parecer, comparada con una mujer a la que apenas conocía? ¿Qué importancia podía tener su aspecto? No estaba allí para ganarse los cumplidos de la concurrencia, sino para enterrar a su marido.

— ¿Sara? Eres Sara, ¿verdad?

Aquella voz no le resultaba familiar, y cuando se dio la vuelta, se encontró con el marido de Linda Erskine.

—Eh... sí —contestó, forzándose a concentrarse en su acompañante, y no en el comportamiento de su mujer. Aunque, si ella fuese James Erskine, no los dejaría solos. Alguien debería advertirle que la gente no siempre es lo que parece.

—Debería presentarme —estaba diciendo él—. Soy James Erskine. El padre de Harry y yo somos amigos desde hace años. He sentido mucho lo de Harry. Era un buen hombre, y yo lo admiraba enormemente. Lo siento de verdad.

—Gracias.

Sara no sabía si dirigirse a él como James o como señor Erskine, así que decidió no usar ninguno de los dos.

—Esta situación debe de ser muy dura para ti —continuó diciendo —. Volver a Edmundsfield ha debido de parecerte un horror. No sólo es cambiar un país por otro, sino un clima por otro.

—Sí —Sara se las arregló para sonreír aunque débilmente—. Se me

había olvidado el frío que puede hacer. Se me había olvidado lo que era tener que ponerse el abrigo.

James sonrió.

—Por contra, yo sí que lo sé, y muy bien. Cuando se llega a mi edad, hay que cuidarse bien. No puedo permitirme el lujo de olvidarme del abrigo.

Su sonrisa abierta, su intento por arrancarle una sonrisa hablaban en su favor. Cuando habían conocido la noticia del matrimonio de Linda, Harry le había comentado que James Erskine debía de ser bastante mayor que su esposa. En aquel momento, Sara no le había prestado atención, pero ahora...

— ¿Qué tal se lo ha tomado Ben? —Preguntó James—. Supongo que él también debe encontrarse un poco raro. Gracias a Dios que es muy joven. Se recuperará con mucha facilidad.

—Eso espero. Los dos tendremos que decidir nuestro futuro bien pronto. No vamos a volver a Brasil, por supuesto, pero tendremos que buscar algún lugar para vivir, y yo tendré que ponerme a trabajar.

—Claro —James frunció el ceño un instante—. Bueno, si hay algo que yo... es decir, que Linda o yo podamos hacer, no dudes en decírnoslo.

—Gracias —Sara estaba convencida de que lo decía de verdad—. Es muy amable.

—De nada —James le dio unos golpecitos sobre la mano—. Ah... ahí viene mi mujer. Creo que ya la conoces. Y Alex. Estoy seguro de que debe serte de gran ayuda en un momento como éste.

No era una descripción que Sara hubiera utilizado, pero la intervención de Linda impidió que su mente siguiera vagando por esos derroteros.

—Querido —le dijo a su marido, agarrándole una mano—, tenemos que irnos. No deberíamos estar aquí más de lo... ¡Sara! —su exclamación de sorpresa resultó bastante convincente—. Lo siento. No me había dado cuenta de que James estaba hablando contigo. Siento muchísimo lo de Harry, Sara. Ha sido horrible. Debes de estar destrozada.

—Sí. Yo... ha sido terrible. Y tan inesperado. Harry creía que esos hombres eran amigos suyos...

La voz estaba empezando a temblarle. El agotamiento de las últimas horas estaba afectándola irremediablemente, y ver a Alex al lado de Linda, escuchando todas y cada una de sus palabras, era demasiado.

—En fin, estoy segura de que James ya te habrá dicho que si hay algo que alguno de los dos podamos hacer... —su tono compasivo le

estaba poniendo los nervios de punta a Sara—. Vamos cariño —dijo, agarrándose del brazo de su marido—. Los Webster vienen a las siete, ¿recuerdas? Además, Alex puede ocuparse muy bien de su cuñada —añadió, mirando a Alex desafiante.

—Por supuesto.

Las palabras de Alex pusieron punto final a la conversación y marcaron el momento de la marcha de los Erskine, pero Sara se dio cuenta de que James Erskine volvió a sonreírle antes de que su mujer lo alejara. Era un consuelo saber que no todo el mundo la culpaba por lo que le había ocurrido a Harry. Los Erskine eran amigos de la familia, y podía considerarse el suyo como el sentir de la mayoría.

Ojalá pudiese ella marcharse también. El control que requería el protocolo social estaba empezando a agotarla, y ahora que Alex había vuelto a ocupar el lugar junto a ella, quería estar sola.

—Parecías estar charlando muy a gusto con James —comentó Alex, y el comentario logró sacarla de sus casillas.

— ¿Es una crítica? —contraatacó--. No deberías juzgar a todo el mundo bajo tu prisma particular, .Alex. James Erskine parece un hombre honorable.

— ¿Y yo no?

—Yo no he dicho eso —Sara se sintió orgullosa de su mirada de indiferencia—. Sólo estaba siendo cortés con él. Me cae bien. Ahora entiendo por qué Linda se casó con él.

— ¿Ah, sí? —replicó en tono irónico—. Quizás lo hizo por las mismas razones por las que tú te casaste con Harry. Porque la vida no le había salido como tenía pensado.

Sara apretó los puños, tanto que las uñas se le clavaron en las palmas.

—Eso es lo que a ti te gusta creer —espetó, y los dos sabían que no se estaba refiriendo a los Erskine—. Aléjate de mí, Alex. No necesito tu psicología de aficionado. Guárdatela para Linda. Estoy segura de que a ella le interesará mucho más que a mi.

—Tranquilízate, ¿quieres? —contestó él en voz baja y sujetándola por un brazo—. Este no es el lugar para hablar de ese tema. No querrás poner en evidencia al viejo.

— ¿De qué viejo...? Ah, te refieres a tu padre —Sara intentó soltarse sin conseguirlo—. Suéltame. Tengo que ir a ocuparme de Ben. Estará cansado. Ya es hora de que esté en la cama.

—Ben puede esperar —replicó, pero la soltó de todas formas—. Sara, sabes tan bien como yo que tenernos que hablar. No puedes seguir retrasando ese momento.

—No estoy retrasando nada —dijo, dándose media vuelta. Sus

reacciones estaban siendo desmedidas, pero no podía evitarlo—. No necesito nada de ti. Alex. Nunca lo he necesitado.

La cocina le pareció un remanso de tranquilidad y normalidad. Los olores a pan y bollos recién hechos resultaban deliciosamente familiares y por un instante le devolvieron a su infancia, en su casa.

Desgraciadamente, esa época había durado para ella bastante poco. Sus padres habían muerto en un accidente de coche cuando ella apenas tenía diez años, y como no tenía parientes que pudieran ocuparse de ella, fue a parar a una larga serie de casas de acogida. A los dieciséis años, ya había dejado esa clase de custodia protegida y había encontrado un lugar temporal en un hostal. Con un poco de suerte y mucho trabajo, consiguió la preparación de secretaria, y cuando conoció a Harry, ya había alcanzado la impresionante posición, al menos para ella, de asistente personal de un oficial de los servicios sociales.

Precisamente esa era la razón de que Elizabeth Reed no hubiese aprobado sus relaciones. Una chica corriente con un dudoso origen no era lo que ella tenía en mente para su hijo. Linda Erskine había sido sólo una de las muchas posibilidades. La señora Reed se había encargado de disponer de un nutrido grupo de candidatas para sus hijos. Quería asegurarse la pureza de sangre de sus nietos. Incluso Ben, siendo un niño tan encantador, debía plantearle sus dudas.

Pero aquél no era el momento de preocuparse por ese particular, ni tampoco por las posibles desavenencias a las que tendría que enfrentarse respecto a la educación de Ben. Los hijos de la familia Reed habían estudiado en internados en cuando habían alcanzado la edad mínima para ello, mientras que Harry y ella tenían muy claro que Ben debía seguir viviendo en casa con ellos.

Al cerrar la puerta de la cocina a su espalda, se dio cuenta de que el niño no estaba allí. La única persona que había en la cocina era Alison, la ayudante de la señora Fraser, limpiando la mesa dónde habían estado haciendo el pan.

—Hola, señora Reed —la saludó alegremente—. Supongo que ha venido a ver a Ben.

—Sé que a veces es como un torbellino. Sobre todo cuando llega la hora de irse a dormir.

—Es exactamente lo mismo que dijo la señora Fraser —declaró Alison, echándose hacia atrás con una mano en los riñones para estirar la dolorida espalda—. Precisamente ha subido a acostarle. Debe de estar leyéndole un cuento.

—Ah… gracias.

Sara se sintió aliviada. Por un momento, había pensado que las dos

mujeres le habían dejado salir de allí por su cuenta, pero era una tontería suponer algo así. Aunque Alison era más joven que ella, la señora Fraser le había dicho que ya tenía dos hijos, y que trabajaba cuando podía en Perry Edmunds para complementar el modesto salario que su marido ganaba como granjero.

—Es un niño encantador —dijo Alison—. Nos ha estado contando un montón de historias sobre dónde vivían ustedes, y sobre lo que hacía su padre… —se interrumpió bruscamente y enrojeció—. ¡Señora Reed! Lo siento. No pretendía… Dios mió, ¿qué debe pensar usted de mí?

—Pues creo que Ben y usted deben de haberse llevado a las mil maravillas —contestó Sara con una sonrisa—. Es natural que Ben quiera hablar de su padre, y yo no quiero que piense que es un tema prohibido.

—No, pero…

—Lo comprendo, Alison de verdad, y espero que usted tampoco piense que no puede mencionarme el nombre de Harry. Lo que ha ocurrido… bueno, ha sido algo horrible, pero yo tengo que seguir viviendo, y mi hijo también.

Alison asintió.

—De todas formas, no querría que usted pensara que…

—No pienso nada —la tranquilizó—. Y le pido que siga tratando a Ben como a uno de sus hijos. Le hará sentirse como en casa.

Sara volvió a salir de la cocina, sobre todo para dejar tranquila a Alison, y subió las escaleras. No quería volver a la reunión del piso de abajo, y aunque sabía que tendría que hacerlo más tarde o más temprano, una visita al cuarto de baño sería una excusa perfecta.

Se encontró con la señora Fraser, que bajaba, y después de intercambiar con ella unas cuantas palabras sobre su hijo, siguió hasta el piso de arriba. Saber que Ben se había quedado dormido no le sorprendió. Ella estaba sintiendo también el efecto del viaje en avión.

Se detuvo un instante en el pequeño rellano que daba al jardín trasero de la casa y lo que vio le pareció casi increíble. Había empezado a llover. El césped y el jardín eran completamente ingleses, y le pareció increíble lo rápidamente que había cambiado su vida en tan corto espacio de tiempo.

Siguió entonces hasta las habitaciones que les habían asignado, que antes fueran las de Harry. Sus fotografías de deportes del colegio seguían adornando las paredes de su estudio, que había sido transformado en un dormitorio para Ben, y los juguetes con los que había jugado habían sido salvados para la posteridad, aunque dudaba que pudieran interesarle a su hijo.

El sonido de la televisión fue lo primero que oyó al entrar, y rápidamente se acercó a la puerta de la habitación de Ben. Tal y como se había imaginado, el viejo aparato en blanco y negro estaba funcionando, aunque su hijo parecía inmóvil sobre la cama. La señora Fraser debía haberla dejado puesta, seguramente para que le hiciese compañía, pero al acercarse a apagar unos dibujos animados bastante violentos, el niño la asustó al hablar.

— ¿No puedo tenerla puesta?

Sara se dio la vuelta.

—Creía que estabas dormido. La señora Fraser me había dicho...

—Me he dormido... pero sólo un rato —admitió el niño, incorporándose—. Es que he oído el motor de un coche que se iba y me he levantado a mirar, y luego se me ocurrió ponerla a ver qué había.

Había cierta falta de seguridad en las palabras del niño y Sara sintió lástima por él. Sabía mejor que nadie que a su padre no le gustaba que se pasara las horas pegado a la televisión, y normalmente solía estar fuera, en la piscina o en el jardín jugando con los niños de los otros miembros de la comunidad diplomática.

Pero allí no podía jugar fuera, al menos no en aquel momento. Hacía demasiado frío por un lado, y por otro no conocía a ninguno de los niños de la zona. Además, no había piscina, ni jardines tropicales, ni juguetes con los que jugar. Sus pertenencias iban a llegar por barco y debían de estar todavía en mitad del Atlántico.

Iban a tener que cambiar las reglas, y con una sonrisa triste, dejó la televisión puesta.

— ¿No te gusta Slime el Monstruo, mamá? —le preguntó el niño al verla hacer una mueca de disgusto.

— ¿Es que tú crees que puede gustarle a alguien? —Respondió Sara, sentándose en el borde de la cama—. Quiero hablar contigo, Ben. ¿Podríamos quitar la tele un momento? Quiero decirte algo.

Ben hizo una mueca.

—Bueno...

—Bien —Sara la apagó—. Es difícil hablar con ese ruido.

Ben se encogió de hombros.

—Son dibujos animados, mamá.

—Ya lo sé.

—Pero crees que a papá no le habría gustado, ¿verdad?

—Seguro que no —Sara dudó un momento—. Es de papá de lo que quiero hablarte... Este era su estudio, ¿sabes? De cuando era pequeño. Hacía los deberes aquí.

—Pero papá me dijo que estaba interno en un colegio.

—Es cierto.

— ¿Es que tenía deberes en vacaciones?

—No estoy segura —había ocasiones en las que Sara deseaba que su hijo no fuese tan perceptivo—. También guardaba aquí sus juguetes, y esas fotos y esos pósters también son suyos.

—Mmm... —Ben miró a su alrededor—. Son muy antiguas, ¿verdad? Están como amarillas.

—No tanto. Tu padre era todavía joven cuando... —Sara tragó saliva—. Ben, ¿podemos hablar ya de por qué estamos aquí?

Ben frunció el ceño.

—Aquí es dónde vivía papá, ¿no? Antes de que viviera en Brasil, ¿no? ¿Cuándo vamos a volver a verlo? ¿No le importa que hayamos hecho un viaje tan largo sin él?

—No, no le importa —dijo Sara. ¿Cómo podía decirle a un niño tan pequeño que el cuerpo de su padre había venido con ellos en el avión? ¿Cómo explicarle lo del tiroteo? ¿Cómo convencerle de la muerte de su padre?—. Y... no vamos a volver —la cara de tristeza del niño le partió el alma—. Bueno... al menos por un tiempo.

— ¿Nos vamos a quedar aquí?

Ben estaba intentando digerir lo que su madre trataba de decirle y Sara se mordió el labio.

—Durante unos cuantos días. Después, tú y yo vamos a buscarnos una casa para nosotros dos.

— ¿Sin papá?

Sara suspiró.

—Papá se ha ido, Ben —Sara hizo una pausa—. La abuela te lo ha dicho.

— ¿Sí? —Sara no sabía si sentirse aliviada o lamentar que las palabras de Elizabeth Reed no le hubiesen causado impresión-, ¿Y dónde está? ¿Por qué no podemos ir con él? Me prometió una bicicleta para mi cumpleaños.

Sara casi sonrió. A Harry también le habría parecido gracioso, y precisamente eso se lo puso aún más difícil... que su muerte hubiera quedado reducida a la pérdida de una bicicleta. Sí, esa era la verdadera tragedia... que Ben dependía de él tanto para las cosas grandes como para las pequeñas.

—Bueno, ya nos ocuparemos de eso. Y no, no podemos ir con él. Papá está en el cielo, con mi mamá y mi papá. Deben estar viéndonos ahora mismo y diciendo lo buen chico que ha sido Ben.

— ¿De verdad? —la cara de Ben se alegró—. ¿Y por qué no he conocido yo a tu mamá y a tu papá?

—Porque se fueron al cielo antes de que tú nacieras —contestó

Sara con algo más de confianza—. Ahora, ¿por qué no te echas una siestecita? Después podrás bajar a ver a los abuelos antes de la cena.

-¿Y al tío Alex?

—Quizás.

—Llegó esta mañana cuando fuimos a eso de la iglesia —le informó el niño—. La abuela me ha dicho que es el hermano de papá. ¿Él no se ha ido al cielo?

-No.

Sara no pudo evitar pensar que habría sido más justo de esa manera. Harry jamás había traicionado a nadie, y sin embargo era él quién estaba muerto. Hubiera deseado decirle a Ben que no confiase demasiado en su tío Alex, pero se contuvo e intentó sonreír.

—Bueno, ya hablaremos más tarde. Ahora quítate el jersey. No te va a hacer falta con el edredón.

— ¿Puedo poner la televisión? Me ayudaría a dormir —sugirió Ben, y ya que era el menor de los dos males, Sara accedió. Prefería saberle pensando en Slime, el monstruo, que en su tío Alex, aunque, pensándolo bien, ambos tenían mucho en común.

Cerró la puerta al salir y pasó unos minutos en el cuarto de baño. Quizás, si hubiese utilizado una barra de labios algo más brillante, no parecería estar tan pálida, aunque, ¿qué importancia tenía? Sólo lo que pensase Harry le importaba.

La habitación estaba fría, aunque al tocar el viejo y enorme radiador de hierro lo encontrase caliente. Pero en una habitación de aquel tamaño se hubieran necesitado al menos dos de aquel tamaño, así que recibió con agrado la mejor temperatura del recibidor.

Al bajar la escalera, sintió el aire frío de la calle, las puertas estaban abiertas; los invitados se estaban marchando.

— ¡Sara! ¡Estás ahí! —Exclamó Elizabeth Reed, acercándose a ella con la desaprobación claramente reflejada en la voz—. Creo que deberías haberte quedado un poco más. Todos comprendemos tu situación, pero habría sido más correcto.

—He ido a ver a Ben —contestó, resistiéndose al deseo de haberla puesto en su sitio. La señora Reed estaba sufriendo, eso era evidente. Harry era su hijo mayor, y siempre era doloroso perder a un hijo, sea cual fuere su edad.

—Aun así...

La presencia de algunos amigos y vecinos corló su protesta.

Alex estaba junto a su padre, y por un instante Sara detectó la tristeza en su rostro. A pesar de todo el resentimiento que sentía hacia él, no pudo evitar darse cuenta de sus sentimientos, y pese a todo, sintió pena por él. Harry era su hermano, y durante los primeros años

de su vida, habían pasado mucho tiempo juntos.

Era una ironía que, aunque Harry fuera el mayor de los dos, le había contado que en sus años de colegio, era Alex quién le defendía a él, lo que no era demasiado sorprendente, teniendo en cuenta que Alex era ocho o nueve centímetros más alto que su hermano y muchísimo más fuerte.

Esperó a que la última de las visitas se hubiera marchado para decir:

—Si no os importa, creo que voy a echarme un poco antes de cenar. Supongo que en parte es por el avión. Pero ahora mismo me siento… exhausta.

Robert Reed se acercó a ella.

—Por supuesto que no nos importa, Sara —dijo, impidiendo cualquier comentario que su mujer hubiera podido hacer—. Ha sido un día muy duro, y estoy seguro de que a todos nos vendrá bien disponer de un poco de tiempo para nosotros mismos.

— ¿Ben está bien?

La pregunta inesperada de Alex la sorprendió.

—Claro —dijo—. ¿Por qué no iba a estarlo? Espero que la mayor parte de todo esto haya pasado inadvertida para él.

— ¿Y para eso lo has llevado al funeral? —espetó Alex con suma frialdad.

Ahora sí que no iba a cargar ella con la culpa.

—No ha sido idea mía, sino de tu madre —contestó, ignorando la mirada reprobadora de Elizabeth—. Y ahora, si me disculpáis, me voy a mi habitación. Como ha dicho tu padre, me gustaría tener un poco de tiempo para mí misma.

Capítulo 3

CUANDO Sara volvió a abrir los ojos, era todavía de día. Pero no le pareció la luz gris y bañada por el agua de un atardecer de invierno, sino el brillo de una fría mañana de noviembre. Debía haber dormido, ella y seguramente Ben también, durante casi dieciséis horas, y un rápido vistazo a su reloj se lo confirmó.

Se sentía maravillosamente descansada, a pesar de haber estado durmiendo vestida y sólo con el edredón de plumas sobre ella; dispuesta a enfrentarse a cualquier cosa, y mucho más preparada para tomar el control de su vida.

Y de la de su hijo, añadió para sí misma, echando hacia atrás el edredón. Pero cuando abrió la puerta de la habitación de su hijo, la encontró vacía. La marca de su cabecita estaba todavía en la almohada, y cuando se apresuró a poner las manos sobre el colchón, descubrió que aún estaba caliente, pero no había ni rastro de Ben, ¡y a penas eran las siete y media de la mañana! ¿Dónde podía estar?

No debía dejarse llevar por el pánico, así que volvió a entrar en su habitación para buscar los zapatos que había llevado puestos la tarde anterior. No podía salir a buscar al niño descalza, aunque precisamente era eso lo que le dictaba el corazón.

Se estaba pasando rápidamente el cepillo por el pelo cuando alguien llamó a la puerta.

—Entre —dijo. Ojalá fuese Ben jugando a algo, pero no. Era la señora Fraser que llevaba una bandeja con una taza de té. Parecía sorprendida de encontrarla levantada.

— ¡Pero si el pequeño me ha dicho que estaba usted dormida! —exclamó, y Sara se dio cuenta de que miraba su atuendo con cierto desconcierto. Debía de estarse preguntando si pensaba llevar aquel vestido negro hasta que se le cayera a pedazos.

— ¿Ha visto a Ben?

—Sí —dejó la bandeja sobre la mesa—. Hace una media hora que bajó a la cocina a decirme que ya había dormido bastante y que tenía hambre.

Sara se tranquilizó.

—Gracias a Dios —miró entonces su vestido arrugado como un acordeón e hizo una mueca—. Iba a salir así mismo a buscarlo. Tenía miedo de que se le hubiese ocurrido salir de la casa por su cuenta.

—Ah —el monosílabo denotaba la comprensión—. Pues no tiene de qué preocuparse. El pequeño está en buenas manos. Su tío Alex se ha levantado también al alba y lo ha llevado a ver los establos.

--¿Alex?

No consiguió controlar por completo la exclamación, pero no le pareció que la señora Fraser notase nada extraño.

—Sí. Los dos se tomaron un tazón de mis gachas de avena y después se fueron a ver al potro de Dragonfly.

Sara tragó saliva.

—Dragonfly es un caballo, ¿verdad?

—Una yegua —le explicó la señora Fraser—. El padre del potro es Dream Maker, el semental de Alex. Se lo estaba contando al chiquillo y Ben casi le rogó que le llevara a verlo. Me recuerda a su tío. Quiere las cosas no en el mismo instante, sino el día de antes.

Sara intentó hablar con tranquilidad.

— ¿No...No era Harry así también cuando era pequeño?

—No, por Dios —contestó—. Harry siempre fue el más paciente de los dos. El niño más bueno que he conocido. Ese era su marido.

—Anoche... —se le ocurrió a Sara—, Ben no se levantaría también anoche, ¿verdad?

—No. Los dos estaban dormidos como troncos cuando Alison subió a mirar. Eso debió de ser hacia las ocho menos cuarto, cuando la señora Reed estaba ansiosa por servir la cena.

—Dios mío...

Otro punto más en su lista negra, aunque ya era demasiado tarde como para preocuparse por ello. Tenía otras cosas más importantes por las que preocuparse, y entre ellas, el cariño que parecía sentir Ben por su tío. ¿Por qué no podría sentirlo por su abuelo... e incluso por su abuela?

—No se preocupe —dijo la señora Fraser—. Hay cosas peores que perderse una cena, especialmente... bueno, como yo digo siempre, en boca cerrada no entran moscas. Pero ahora debe estar muerta de hambre. ¿Qué le parecería unos huevos revueltos con tostadas?

—Bueno...

—Puedo subírselo si quiere —continuó el ama de llaves—. Y puede que le guste una taza de café también. Algo caliente con lo que empezar el día. Se enfrentará mejor a cualquier cosa si tiene el estómago lleno.

Sara dudó un momento. De todas formas, no podía salir corriendo tras Ben y Alex sin levantar sospechas. Además, ¿dónde estaba el peligro? Alex era el tío de Ben. Quizás estuviese empezando a lamentar no haberse casado.

Por otro lado, la idea de cambiarse de ropa y darse una ducha caliente mientras la señora Fraser le preparaba el desayuno era bastante atractiva. Incluso parecía tener apetito.

— ¿Por qué no? —Concedió al final—. Me está malcriando, señora

Fraser. A partir de ahora, voy a tener que acostumbrarme a arreglármelas yo sola.

La señora Fraser pareció dudar también, y después caminó hasta la puerta, pero como si algo la empujase a hablar, se detuvo.

—No creo que el señor y la señora Reed permitan que eso ocurra —declaró, sin saber lo inquietantes que eran esas palabras para Sara —. Ese pequeño es su nieto. No creo que quieran perderlo de vista.

Tras la taza de té y la ducha, Sara se sintió más preparada para enfrentarse a las palabras del ama de llaves sin turbación.

Los huevos revueltos esperaban cubiertos con una tapa de plata, y para que no se enfriaran se puso solamente una bata de cuadros escoceses. Estaba tomándose la segunda taza de café cuando Ben abrió de par en par la puerta.

— ¡Mami! ¡Mami!

A pesar de los montones de veces en los que le había advertido que no debía andar gritando por la villa en la que vivían en Río cuando estaba excitado por alguna cosa, seguía olvidando controlarse. Entró en la habitación como un torbellino, y se detuvo sólo cuando la vio sentada en la cama.

—Mamá, ¿puedo montar a caballo con el tío Alex?

— ¿Cuántas veces te he dicho que...

Pero se detuvo al ver al hombre que se apoyaba en el marco de la puerta.

—Es un poni, para ser exactos —aclaró él—. Buenos días, Sara. Pareces... descansada. La señora Fraser nos ha dicho que estabas despierta.

Sara apretó los labios.

—Pero no preparada para recibir visitas —replicó entre dientes—. Cierra la puerta, si no te importa. Estoy segura de que podemos hablar de esto más tarde. Y Ben, tienes los zapatos sucios. Bájate de la cama.

Alex pareció tener ganas de decir algo bastante desagradable, pero por cortesía, o por mero y férreo control, decidió no hacerlo, sino que con una sonrisa cerró la puerta de la habitación.

— ¡Jo, mamá! —la reacción de Ben fue mucho menos contenida—. Mamá, quiero ir ahora. El tío Alex dice que puedo si tú me dejas —tenía los ojos llenos de lágrimas—. Lo has estropeado todo. Seguro que se ha ido.

—Está abajo, Ben, eso es todo —dijo Sara, con menos tolerancia de la que mostraba normalmente hacia su hijo—. Ben, no puedes esperar entrar aquí como un torbellino y salirte con la tuya sin tan siquiera haberme dado los buenos días. Es más: no deberías haber salido de tu habitación sin mi permiso. Ya te lo dije al llegar.

—Estabas dormida —se disculpó Ben, raspando con el pie lo que sospechosamente parecía una mancha de estiércol de caballo sobre la alfombra.

— ¡No hagas eso! —Exclamó Sara—. ¿Te has duchado esta mañana? Seguro que ni siquiera te has cepillado los dientes, ¿verdad? ¿Qué pensará tu abuela?

—No me importa —murmuró Ben, levantándose de la cama—. Al tío Alex no le ha importado si me había duchado o no. Y tampoco a Dragonfly, ni a su cría.

Sara suspiró.

—De todas formas...

Ben se acercó a la ventana, descorrió la cortina y se apoyó contra la pared. «Igual que Alex», pensó. Cuanto antes se fueran de allí, mejor.

—De todas formas, tú y yo íbamos a ir de compras esta mañana. Aún no has ido a Newcastle, y quién sabe, puede que haya llegado Papá Noel.

— ¿Papá Noel? —Ben pretendió parecer indiferente, pero no lo consiguió—. ¿Dónde?

—En alguna de las tiendas de Newcastle. En Londres solía llegar por esta época del año. No sé por qué iba a ser distinto aquí.

Ben frunció el ceño.

— ¿Pero cómo va a estar al mismo tiempo en Londres y aquí? El otro día me dijiste que Londres estaba muy lejos.

—Y así es —Sara apuró la taza de café, la dejó sobre la bandeja y se levantó—. Pero Papá Noel es mágico, ¿no? Puede estar en todas partes, no sólo en un sitio.

— ¿Como Dios?

Ben podía ser dolorosamente lógico cuando quería, y Sara casi deseó no haber empezado con aquello.

—No. Como Dios, no. Dios vive en el cielo. Papá Noel vive en el Polo Norte, con un montón de hadas y geniecillos.

Ben volvió corriendo a la cama.

— ¿Papá está con Dios? —le preguntó, y Sara se dio cuenta de que intentando explicar un problema, había creado otro—. El tío Alex dice que papá no va a volver. Que la abuela y el abuelo son ahora nuestra familia.

— ¿Ah, sí? —ojalá Alex les dejase en paz—. Bueno, sí, claro que lo son, pero no como papá, tú y yo. Nosotros... tenemos que estar juntos. ¿A que te gustaría que tuviésemos nuestra propia casa como antes?

Ben la miró muy serio.

-Pero no es como antes, ¿verdad? —Contestó, como si fuese ella la

que no entendía—, ¿Me dejas ir a montar con el tío Alex? —le pidió —. No me gusta ir de compras. Prefiero quedarme en casa.

Estuvo a punto de decirle que aquella no era su casa, pero se contuvo. Ya iba a ser bastante difícil luchar con Elizabeth Reed teniendo a Ben de su lado.

—Ya veremos —dijo al final, pero Ben no dejó de dar vueltas a su alrededor mientras se vestía.

Con el pretexto de bajar la bandeja, Sara utilizó la escalera posterior para llegar a la cocina, con Ben pegado y refunfuñando a sus talones. Con un poco de suerte, Alex se habría cansado de esperar y se habría marchado. Recordaba que Harry le había comentado la pasión de su hermano por los caballos, pero que no estaba con demasiada frecuencia en casa como para ocuparse de ellos, lo que le trajo a la memoria algo que Alex le había dicho el día anterior... ¡que había comprado Ragdale! ¿Qué querría decir?

Tal y como esperaba, no había ni rastro de Alex en la cocina, y cuando Ben le preguntó a la señora Fraser dónde había ido, no supo decirle nada.

—Puede que esté en casa de los Erskine —sugirió, pensativa—. A veces va a nadar allí. La señora Erskine siempre agradece la compañía. Ese marido suyo trabaja todo el día.

Ben se quedó cabizbajo.

—Pero iba a llevarme a dar un paseo a caballo —protestó, con las lágrimas a punto de caer, y se volvió a su madre como echándole la culpa—. ¿Y ahora qué voy a hacer? Si me hubieras dejado bajar...

—Ven conmigo —dijo, ignorando la mirada sorprendida del ama de llaves—. Todavía no les has dado los buenos días a la abuela. ¿Dónde podríamos encontrarla, señora Fraser?

—Me temo que la señora Reed no se ha levantado todavía. Últimamente se toma las cosas con más calma. Casi tiene sesenta años, ¿sabe?, aunque no le gustaría que yo lo dijera.

¡Casi sesenta años! Claro... Sin embargo, cuando conoció a la madre de Harry, le había parecido mucho más joven de cincuenta y cuatro años, pero el tiempo y la muerte de Harry debían haberse cobrado su precio. Debía ser más amable con ella.

Ben miró al suelo.

—También me habría gustado ir a nadar —mormuró—. ¿Dónde viven los Erskine? —Preguntó, mirando a su madre—. ¿No podríamos ir a buscarlo? Seguro que no le importaría. Esta mañana me ha dicho que le gustaría tener un hijo como yo.

A Sara se le quedó la boca seca.

—No creo que a la señora Erskine le hiciese mucha gracia vernos,

Ben. Ella no tiene hijos, ¿verdad, señora Fraser?

— ¿Se lo ha dicho Alex? No, los Erskine no tienen familia, pero tengo entendido que no es una decisión definitiva.

La tentación de preguntarle a la señora Fraser qué quería decir con aquel comentario era muy grande, pero Elizabeth Reed se indignaría si supiera que su nuera había estado chismorreando con el servicio, por mucho que la señora Fraser fuese de confianza.

—Bueno, pues al final tendremos que ir de compras —dijo, agarrando de la mano a Ben—. ¿Hay autobuses para Newcastle, señora Fraser?

—Sí, claro... pero quizás debiera consultarlo con la señora Fraser —añadió, dubitativa—. No creo que apruebe lo de los autobuses. Si desea ir de compras, alguien debería llevarla en el coche.

—Puedo conducir yo, señora Fraser —Sara intentó no parecer molesta. ¿De verdad esperaban que discutiese todos y cada uno de sus movimientos con la madre de Harry?—. Quizás sería mejor que pidiese prestado un coche.

La inquietud de_ la señora Fraser iba en aumento, así que Sara dijo que iba a buscar a la señora Reed y salió de la cocina. Robert Reed no parecía un hombre que se quedase en la cama hasta el mediodía. Harry le había contado que, aunque su padre estaba retirado, tenía un papel bastante importante en la administración de sus propiedades.

Estaba cruzando el recibidor pensando en que no debía olvidarse de llevar un jersey cuando se abrió la puerta principal. Con los mismos vaqueros negros y cazadora de cuero que llevaba por la mañana, Alex trajo con él una bocanada de aire fresco y el olor agradable del campo.

— ¡Tío Alex! ¡Tío Alex! —Ben se soltó de su madre y se acercó corriendo hasta él, mirándolo casi como si fuese una especie de dios. Era evidente que el niño echaba de menos a su padre, pero, ¿por qué tenía que mostrar tanto cariño por Alex? La verdad era que le hacía sentirse como la madrastra malvada de algún melodrama Victoriano.

— ¡Eh! ¡Hola! —Le respondió Alex con el mismo afecto del niño, y tomó a su sobrino en brazos—. ¿Quiere esto decir que podemos ir a montar? ¿Tienes por fin el permiso de tu madre?

—No, no lo tiene —contestó Sara. La imagen del hombre y el niño le estaba revolviendo el estómago—. Y.., Ben y yo vamos a ir de compras. Necesitamos comprarnos ropa de más abrigo que la que tenemos.

El grito de indignación de Ben casi fue imitado por su tío.

— ¿De compras? —exclamó—. ¿Y no podrías ir de compras mañana? Hace una mañana preciosa, y es una pena malgastarla en el

centro.

—Aun así...

—Aun así, ¿qué? —la expresión de Alex se había endurecido—. ¿De verdad es necesario que castigues al niño porque estás enfadada conmigo? Ayer te dije que teníamos que hablar, y era en serio, así que no me obligues a decir algo que los dos lamentemos después —hizo una pausa—. Voy a pedírtelo otra vez: ¿puedo llevarme a Ben durante una hora más o menos? Estoy seguro de que podrás encontrar otras cosas en las que ocuparte.

No sabía exactamente a qué se estaba refiriendo Alex, pero no podía arriesgarse a que dijese algo controvertido delante de su hijo.

—Yo... bueno, está bien. Pero te hago responsable de su seguridad, ¿me oyes?

—Por supuesto.

Los ojos de Alex parecían cargados de ironía.

—Y... ¿cómo es que tienes un poni? Creía que tu padre sólo criaba caballos de caza.

—Así es —Alex dejó a Ben en el suelo—. Lo tenemos en los establos mientras que el administrador y su familia están fuera. No te preocupes. Ben no sufrirá ningún daño. Al fin y al cabo, es el único nieto de mis padres.

Sara se dio la vuelta. No era necesario que se lo recordase, ya que a pesar de que habían deseado tener otro hijo, no se había vuelto a quedar embarazada después de Ben. Harry nunca se lo había reprochado, sino más bien al contrario. Siempre le decía que estaba contento con el hijo que tenían. Harry siempre había sido muy comprensivo...

—Tendrá que ponerse algo más de abrigo.

La voz de Alex la siguió mientras ella caminaba.

—No tiene casco, y tengo entendido que es esencial para montar a caballo.

— ¡Que es un poni, mamá!—exclamó Ben.

—Puede ponerse el de Robin —contestó Alex—. Estoy seguro de que le quedará bien. Robin tiene ocho años, y es bastante pequeño.

— ¡Vamos, mami!

Ben estaba impaciente, y pese a todo. Sara se dejó arrastrar hacia la escalera.

—Cuidarás de él, ¿verdad? —Preguntó al final—. Es la primera vez que monta a caballo. A Harry... a Harry nunca le interesaron demasiado los animales.

—Lo sé —respondió Alex—. Fue mi hermano durante veintiocho

años antes de ser tu marido, y lo sabía todo sobre él, incluyendo sus debilidades… pero supongo que no querrás hablar de ellas, ¿verdad?

Capítulo 4

SARA se sentó delante del tocador e intentó concentrarse en maquillarse. El ligero bronceado que lucía siempre estaba desapareciendo, y el frío de aquel caserón acentuaba su palidez.

No tenía ganas de cenar, pero no podía perderse la cena una segunda vez. La noche anterior había tenido excusa, pero ahora debería ya controlar la situación.

Una repentina punzada de dolor la sobrecogió. Dios mío, si por lo menos tuviese alguien con quien compartir sus sentimientos... La señora Fraser parecía la más comprensiva, pero, ¿no estaría sólo siendo educada con la nuera de la persona para la que trabajaba?

Se había imaginado que Ben podría llenar de alguna manera la ausencia de Harry, pero parecía estarse adaptando bien a las nuevas circunstancias. Aquel día, por ejemplo, apenas lo había visto; por la mañana había salido con su tío y después había acompañado a su abuela a dar un paseo con los perros. Por supuesto, Elizabeth la había invitado a acompañarlos, pero casi sin saber por qué, se había escudado tras una excusa. La verdad era que todavía no estaba preparada para olvidarse del pasado.

Al menos no había tenido que pasarse toda la tarde oyendo relatar todas las virtudes del tío de Ben. No había tenido más remedio que fingir interés cuando su hijo le había relatado sus primeras lecciones de equitación, pero cuando había pasado a hablarle del maravilloso jinete que era su tío, y lo fantástico que era su caballo, Sara había desconectado. Ojalá pudiese tener paciencia para aguantar hasta que se marcharan.

El ruido del agua en la bañera le recordó que Ben estaba esperando que lo sacase del baño. Él ya había cenado y, sorprendentemente, no había protestado por tener que irse a dormir.

—Jovencito, ya era hora de salir de la bañera —dijo, forzándose a sonreír.

— ¡Jo, mamá!

Como todos los niños, Ben disfrutaba jugando en el agua. La señora Fraser había desenterrado un barco viejo y un par de patitos de goma de entre los juguetes de Harry.

—Tu padre jugó con ellos más tiempo del que habría sido capaz de reconocer en público —le había dicho el ama de llaves con evidente tristeza—. Yo los guardaba en el armario para que no los viera, pero él los volvía a sacar.

—No hay más remedio —concluyó Sara en respuesta a la protesta de su hijo. Ben se puso de pie y, tras envolverlo en una toalla, lo llevó

al dormitorio. Hacía menos frío que en el baño. Había menos corrientes de aire allí.

Alguien llamó a la puerta mientras le estaba poniendo el pijama a Ben, y dando por sentado que sería la señora Fraser, contestó:

—Adelante.

Pero no era la señora Fraser, sino Alex. y Ben no pudo esperar a bajarse de sus rodillas.

— ¿Has venido a darme las buenas noches? —Exclamó, mientras Sara seguía de espaldas a la puerta, intentando controlar su irritación —. Puedes acostarme tú si quieres. Eso es lo que hacía papá.

— ¡Ben! —El niño no tenía la culpa, así que Sara miró por encima del hombro a Alex— ¿Te importaría dejarnos solos, o es que no voy a tener intimidad? Cuanto antes encontremos un lugar para irnos de aquí, mejor. No sabía que iba a tener que cerrar la puerta con llave para que no se cuele nadie,

Alex apretó los dientes.

—He venido para decirte que la cena está ya preparada—contestó —. ¿O es que ibas a esconderte aquí arriba otra vez? Pensé que ya estarías preparada. Son las siete y media.

-¿Ah, sí?

Sara miró con incredulidad su reloj. Debía de haber pasado más tiempo del que imaginaba contemplando su imagen en el espejo, y ahora la madre de Harry pensaría que su tardanza había sido deliberada.

—Si quieres puedo acostar yo a Ben mientras te vistes —sugirió Alex con frialdad, pero Sara no podía permitirlo. Aparte de lo violento que podía ser tenerlo en la misma habitación mientras se vestía, no podría soportar que empezase a jugar con el niño, a hacerle reír, como si fuesen una familia...

—Puedes esperar abajo, gracias; bajaré inmediatamente —declaró, sin volverse hacia él. Al fin y al cabo, ¿qué podía ver de espaldas? Sólo sus hombros desnudos y la fina tira de la combinación, y no sus pezones endurecidos por el frío, que a él podían darle una impresión equivocada.

—De acuerdo.

Alex no discutió, y tras guiñarle un ojo a Ben. Salió de la habitación.

— ¿Por qué no te gusta el tío Alex? —Protestó el niño, pero afortunadamente estaba demasiado cansado como para hacerlo con demasiada vehemencia—. A mí me cae muy bien. Me hace pensar en papá. Me hace reír.

—Eso está bien, pero ahora tienes que meterte en la cama. La

abuela me está esperando, y los dos sabemos lo impaciente que se pone a veces.

Elizabeth había reprendido al niño por lo mucho que había tardado en ponerse las botas para ir a dar el paseo.

Ben se metió bajo las sábanas sin más protestas, y después de darle un beso de buenas noches, Sara salió y cerró la puerta.

Decidió qué ponerse sin demasiada dificultad. La poca ropa que había llevado o era demasiado fina o demasiado deportiva, pero no había estado pensando en esas cosas al hacer la maleta, y tampoco había recordado el frío que podía hacer en aquella casa.

Sólo podía elegir entre el vestido negro que había llevado el día anterior y uno de terciopelo verde oscuro cuya falda era demasiado corta. No iba a tener más remedio que ir de compras al día siguiente, porque ya se estaba imaginando el comentario de Elizabeth al ver demasiada pierna al descubierto.

Pero el vestido negro estaba inutilizable hasta que se lavara y se planchara, y el de terciopelo por lo menos tenía manga larga. Se lo habría puesto para el funeral de no haber temido ser acusada de frívola.

Aun así, mientras bajaba la escalera, sintió la absurda necesidad de tirarse inútilmente de la falda. No importaba que se hubiera puesto unas medias negras y opacas que eran casi como leotardos. Se seguía sintiendo como una escolar que buscase la aprobación de la directora.

Alison salía de la biblioteca justo cuando Sara llegó al recibidor.

—Qué vestido tan bonito —exclamó—. La están esperando ahí —dijo, haciendo un gesto hacia la biblioteca—. El señor y la señora Bowden están aquí. Son el reverendo y su esposa.

Sara masculló un juramento muy poco cristiano entre dientes al saber que no iban a estar solos para cenar. ¿Es que Elizabeth Reed carecía por completo de sentimientos? ¿No se daba cuenta de que necesitaba tiempo para superar su dolor?

Alex apareció en aquel momento. Tal vez la hubiera oído hablando con Alison o tal vez la hubiera estado esperando. Con su estatura bloqueaba por completo la puerta entreabierta,- y aunque era la última cosa en la que debería haber pensado en aquel momento, no pudo evitar llegar a la conclusión de que los colores oscuros le quedaban de maravilla. Aquella noche había cambiado los vaqueros y la cazadora de cuero por un traje gris marengo bajo el que llevaba una camiseta, prueba irrefutable de que su madre no le había elegido el atuendo.

—Ven a tomar algo —dijo, haciéndose a un lado—. Vino blanco, ¿no? ¿O han cambiado tus gustos?

«Eso es lo que tú quisieras», pensó Sara al aceptar el vino.

— ¡Estás preciosa esta noche, querida! —Exclamó Robert—. Te acordarás del señor Bowden, ¿verdad? Helen, ¿conoces a la mujer de Harry?

—Creo que no.

Helen Bowden le ofreció una mano un tanto blanda. Debía rondar los cincuenta años, y era una de esas personas que miran alrededor en lugar de a la persona con la que están hablando, resultado de demasiadas reuniones de sociedad en las que el aburrimiento es el número uno de la lista.

—Estaba agradeciéndole a Charles la forma en que condujo el servicio ayer —dijo Elizabeth Reed—. Fue una ocasión muy triste, pero sus palabras fueron de gran consuelo, especialmente junto a la tumba. ¿No crees, Sara, querida?

—Eh... sí, por supuesto.

La verdad era que apenas podía recordar nada de lo ocurrido en el funeral. Había tenido la sensación de estar viviendo algo irreal. Era difícil aceptar que el cuerpo de Harry estuviese en aquella caja anónima.

—Me gustó particularmente la lectura de los Corintios —continuó su suegra.

—Es muy hermosa —corroboró el señor Bowden.

—Ni el mismísimo obispo podría haberlo hecho mejor. Somos muy afortunados en St. Matthew's. Por eso tiene usted una congregación tan entusiasta todos los domingos.

—Es usted muy amable, señora —murmuró el clérigo, pero Alex hizo una mueca mientras le ponía a Sara la copa de vino en la mano.

—Yo diría que es porque el buen reverendo halaga a todas sus fieles sin el menor pudor —comentó Alex en voz baja—. Es una auténtica sanguijuela. Haría cualquier cosa por acrecentar sus ingresos.

Sara no quería encontrar gracioso nada de lo que dijera Alex, pero no pudo evitar que una sonrisa traidora se dibujase en sus labios.

—Seguro que exageras —susurró—. De todas formas, no puedo opinar. Sólo he estado en St. Matthew's una vez.

—Pues créete lo que te digo —replicó Alex, vigilando con la mirada al resto del grupo—. ¿Se ha dormido Ben? Parecía muy cansado.

Sara no tenía deseo de empezar una conversación sobre Ben, y aunque miró esperanzada a Robert, éste había sido acorralado por la señora Bowden y poco iba a poder hacer para ayudarla.

--Sí, está dormido. Una pregunta: ¿crees que podríais prestarme

algún coche mañana?

— ¿Un coche?

—Sí. ¡Ya sabes, esas cosas de cuatro ruedas con un volante! —exclamó—. Quiero ir a Newcastle. ¿Es que hay algo de malo?

—Para ir de compras. Claro. Había olvidado que querías haber ido hoy, pero es que me pareció buena idea que Ben saliera un poco a pasear por el campo. Esta será su herencia y necesita empezar a sentirse como en casa.

Sara intentó responder con calma.

—Estoy de acuerdo. Era la herencia de su padre y me atrevería a decir que ahora la consideras tuya, pero no debes olvidar que Ben es mitad Maxwell también ,y que yo nací en Londres. También está en casa en las calles y plazas de Fulham.

La expresión de Alex se endureció.

—Ya que el niño no ha tenido una casa de verdad desde que nació, no creo que note la diferencia —espetó—. Lo único que estoy diciendo es que este lugar tiene raíces, ¡y no irás a decirme que va a encontrar sus raíces en las casas de acogida en las que viviste tú!

Sara contuvo la respiración.

— ¿Cómo te atreves?

— ¿Y cómo te atreves tú? Olvídalo, Sara. Ben se queda aquí, y no se hable más.

La aparición de Alison para anunciar que la cena estaba preparada no fue un alivio. Sara estaba tan agitada, que no pudo dejar su copa sobre la bandeja sin que ese acto denotase su temblor.

—Vamos —dijo Robert, que se había dado cuenta—. Agárrate de mi brazo. Creo que vamos a cenar roastbeef. Es mi plato favorito.

Sara le agradeció su comprensión, especialmente porque de aquella manera Alex tenía que acompañar a Helen Bowden. Sara no pudo evitar preguntarse si Alex no estaría en lo cierto respecto a lo del vicario.

Se acomodaron en la mesa y cuando se felicitaba de que Alex quedase a cierta distancia de ella, Robert empezó a hablar de su nieto en tono bastante posesivo.

—Alex me ha dicho que va a ser un buen jinete por naturaleza —comentó mientras Alison servía la crema de berros—. Tendremos que conseguirle su propio pony. Dime, Sara, ¿tú has aprendido a montar?

¿Con clases pagadas por el servicio social? Sara no lo dijo en voz alta y se limitó a negar con la cabeza.

—Entonces, debes aprender —insistió su suegro—. No hay nada mejor que contemplar las colinas y los valles a lomos de un caballo al amanecer, con los perros pegados a tus talones. Es incomparable,

querida.

Sara se mordió el labio.

—Se refiere a la caza, ¿verdad?

Robert Reed frunció el ceño.

—En ocasiones, sí.

—En ese caso… tengo que decirle que no estoy de acuerdo con la caza como deporte. Jamás iría de caza.

Robert sonrió.

—Nadie te está pidiendo que lo hagas querida. ¿No sabes que Alex comparte tu misma opinión? Salió en su primera partida de caza cuando tenía siete años, y me atrevería a añadir que la idea fue de su abuelo, no mía.

Sara respiró con más facilidad.

—De todas formas, no creo que vaya a tener tiempo de aceptar su oferta. En cuanto… en cuanto haya pasado un tiempo razonable, voy a marcharme a Londres. Estoy segura de que allí encontraré trabajo más fácilmente y Ben es ya lo bastante mayor como para ir a la guardería.

— ¿Por casualidad estaba usted hablando de guarderías, señora Reed? —Helen Bowden se había cansado de intentar entablar conversación con Alex y ahora se inclinaba hacia ella—. Lo digo porque da la casualidad de que conozco un preescolar magnífico en Corbridge, y ahora mismo están buscando alumnos.

—Vaya. Es que…

—Sara no ha decidido todavía lo que va a hacer —intervino rápidamente Robert—. Sería más fácil contratar a una niñera para Ben. Pero gracias por tu información, Helen. Lo tendremos en cuenta.

Helen sonrió y volvió a la crema de berros. Y porque Sara no quería otra discusión, hizo lo mismo, aunque tuvo la sensación de estar comiendo serrín.

Para cuando se sirvió el roast beef, la conversación había viajado hasta la inestable situación de la Europa del este, y estaban forzando a Alex a compartir su experiencia en Bosnia con el resto del grupo. En contra de su voluntad, Sara se dejó arrastrar por su cáustico sentido del humor, su narrativa concisa y sin fiorituras, pero no carente de compasión. Precisamente lo mismo que le había llamado la atención de él cinco años atrás. Se había sentido halagada por su aparente interés en ella, y no se había parado a preguntarse por qué…

La señora Fraser había completado la comida con un pastel de chocolate, un postre que levantó las protestas de la señora Bowden sobre la indulgencia, aunque Sara se dio cuenta de que tomó dos porciones de aquel delicioso pastel.

Ella no tomó postre, e intentó tranquilizar a Robert diciéndole que

estaba acostumbrada a comer sólo verduras y ensaladas, pero la verdad era que los nervios le habían cerrado el estómago.

Una vez terminada la cena, dejaron aquel comedor un tanto tristón para pasar al salón, bastante más alegre. Quienquiera que hubiese construido Perry Edmunds sentía predilección por los paneles ornamentales, y por tanto la casa resultaba un tanto lúgubre.

El salón era algo más agradable. No había paneles, pero las paredes habían sido empapeladas en el mismo color granate en el que estaban tapizados sillones y sillas. Había una chimenea encendida en la habitación, y Sara se acercó a ella todo lo que pudo.

Alison entró con la bandeja del café y la dejó en la mesita baja de al lado de su señora.

—La señora Fraser me encarga que le diga que, si necesita algo más, sólo tiene que llamar —le anunció, y sonriendo a Sara, salió de la habitación.

— ¡Esa mujer se toma demasiadas confianzas! —Exclamó cuando Alison hubo cerrado la puerta, ignorando la mirada de resignación de su esposo, empezó a servir el café—. ¿No está usted de acuerdo, Helen? Preferiría encontrar una doncella más joven. Las mujeres casadas se toman menos en serio sus trabajos.

—Estoy de acuerdo... —comenzó Helen, pero Sara no pudo dejar pasar el comentario de su suegra.

—Pues a mí Alison me parece encantadora —dijo—. Y es muy buena con Ben. Cuando hay niños en la casa, una mujer más mayor es más comprensiva. Las chicas que teníamos en Río estaban más interesadas en su apariencia que en su trabajo.

Elizabeth la miro con altivez.

—Es imposible que yo pueda saber cómo eran las cosas en Río, por supuesto —contestó, recordándole a Sara que no la habían invitado a ir. Jamás se creería que no había sido decisión suya, pero debería haberle insistido un poco más a Harry para que cambiase de opinión —. De todas formas, no puedes juzgar a esa mujer. Hace sólo un par de días que la conoces.

—Eso es cierto, pero...

—Cuando conozcas mejor a mi madre, te darás cuenta de que para ella es genéticamente imposible estar satisfecha con el servicio —comentó Alex antes de que la discusión llegara más allá—. Todos sabemos que Alison hace su trabajo con eficiencia e inteligencia, pero si la propia Alison lo supiera, nos pediría un aumento, y eso ya no nos parecería tan bien.

Hubo un estallido general de risa, y hasta Elizabeth Reed sonrió a su hijo.

— ¿Y tú qué sabrás, si nunca estás aquí? Siempre dije que cuando Harry se casó con Sara, perdí a mis dos hijos a un tiempo.

Entonces fue Robert Reed quien intervino.

—No perdiste un hijo cuando Harry se casó con Sara —protestó, una vez más intentando conservar un aire de armonía—. Ganaste una hija, y ahora un nieto. No puedes negar que Ben es un Reed de los pies a la cabeza.

Sara clavó la mirada en la alfombra. Aquello estaba resultando aún más duro de lo que había imaginado, con Elizabeth socavando la confianza en sí misma y Alex como un depredador, esperando que cometiese un error. Se sentía rodeada de enemigos; sólo el padre de Harry parecía tener alguna noción de cómo se sentía, aunque también tenía sus propios planes en cuanto a Ben.

Afortunadamente Charles Bowden eligió aquel momento para hacer un comentario. Debía sentirse relegado, y Sara había llegado ya a la conclusión de que al reverendo le gustaba ser el centro de atención.

Helen Bowden se encargó de pasar las tazas del café, y Sara apuró la suya con más rapidez que disfrute, y después de dejar la taza sobre la bandeja, forzó una sonrisa.

—Si no les importa —dijo, fingiendo ocultar un bostezo tras la mano—, estoy bastante cansada. ¿Me disculpan?

Elizabeth pareció molestarse cuando los tres hombres del grupo se pusieron de pie.

— ¡Pero si es muy pronto! —Exclamó, al tiempo que el reloj del abuelo de la entrada daba la hora—. Son sólo las nueve y media, Sara, y anoche te acostaste pronto.

—Lo siento...

—Acompañaré a Sara a su habitación, madre —intervino Alex—. Quiero hablar con ella de las lecciones de equitación de Ben, y además, estoy seguro de que no nos echaréis de menos. Sólo se necesitan cuatro personas para jugar al bridge.

La protesta de Sara quedó sepultada bajo el coro de aprobaciones de los otros invitados.

— ¡Debes darnos la oportunidad de recuperar nuestras pérdidas, Elizabeth! —exclamó Charles Bowden—. Por supuesto, sólo jugamos por placer —añadió para Sara.

Alex había estado sentado frente a la chimenea, y en aquel momento se levantó y se acercó a su lado con la gracia sinuosa del depredador con el que siempre le comparaba, pero el desafío de sus ojos la hizo sentir náuseas.

—No te importa, ¿verdad? —le preguntó, pero sabía que era una

mera formalidad. Sabía que ella no iba a poder oponerse a él en aquellas circunstancias. Hasta que tuviese su propia casa, él siempre iba a poder jugar al ratón y al gato con ella. Ni siquiera su padre haría nada por impedirlo.

Claro que Robert ni siquiera sospechaba que Alex pudiese tener otros motivos ocultos. A los ojos del padre de Harry, Alex y ella apenas se conocían. Su asociación era impersonal, y su contacto, breve.

— ¿Acaso puedo elegir? —Replicó ella con la suficiente suavidad como para que sus padres no sospecharan—. Pero no voy a poder hablar con lucidez. Estoy que me caigo de sueño.

—Ya veremos —contestó Alex, y la agarró del brazo para conducirla hasta la puerta. Aún a través del tejido del vestido, podía sentir la fuerza de sus dedos. Estaba demostrándole su poder, y le despreciaba por ello.

Capítulo 5

SARA se despertó con dolor de cabeza, y abrir los ojos y encontrarse con la luz que se filtraba a través de las cortinas empeoró el martilleo que sentía en la cabeza. Eran más de las ocho, y no es que la mañana fuese particularmente brillante, pero era la llegada del día lo que la llenaba de aprensión.

Y seguramente también era lo que le había causado el dolor de cabeza. Se incorporó sobre los codos. El movimiento intensificó el martilleo y volvió a tumbarse rápidamente, pero no antes de que el recuerdo de la noche anterior la asaltase y provocase un gemido.

Alex.

Inspiró aire profundamente y sintió que el martilleo se suavizaba algo, aunque seguía sintiéndose mareada. En contadas ocasiones había sufrido de migraña, pero reconoció los síntomas. Dios mío, ¿cómo iba a ir de compras en aquel estado?

Quizás fuese capaz de levantarse de la cama y tomarse una aspirina. No era que esperase que fuese a curarla, pero al menos suavizaría el dolor. El hecho de que hubiera bebido varias copas de vino la noche anterior sin apenas comer nada, debía de ser el motivo de las náuseas. No tenía costumbre de beber, y el vino era bastante fuerte.

Mientras seguía tumbada allí sintiendo lástima por sí misma, se preguntó si Ben habría seguido sus instrucciones. De ser así, debía seguir en su habitación, así que, apartando la ropa de la cama, se levantó. El dolor era bastante intenso y se quedó inmóvil un momento, intentando mantener el equilibrio, pero un momento después el dolor remitió levemente y caminó descalza hasta la puerta.

Ben se estaba despertando. El efecto del viaje seguía notándose en él, porque en Río solía despertarse a las siete, pero parecía descansado, y Sara pensó en lo afortunada que era por tener un hijo tan adorable.

— ¿Estás bien, mamá? —le preguntó, y ella le explicó lo de su dolor de cabeza—. Entonces no tendremos que ir de compras, ¿no? El tío Alex podría volver a llevarme a dar un paseo si no llueve —añadió.

La verdad era que Sara no tenía la fuerza suficiente para preocuparse por lo que hiciera Alex. Después del enfrentamiento de la noche anterior, no le quedaba ninguna duda de que, mientras estuviera en Edmundsfield, él tenía las de ganar; otra razón más para lamentar el dolor de cabeza. Si los Reed dudaban de su estado de salud, aún se opondrían más a que se llevase a Ben.

—Ya veremos —dijo, e hizo una mueca al recordar que aquellas

palabras eran las mismas que le había dicho Alex la noche anterior.

—Tenemos que hablar —le había dicho sin rodeos, y cuando ella había argumentado que iban a despertar a Ben, él le había sugerido que utilizasen sus habitaciones.

— ¿Estás de broma? Yo... yo... yo no quiero ir a tu habitación. Tú y yo no tenemos nada que decirnos. Además, no creía que fueras a quedarte aquí. Creía que ibas a estar en Ragdale.

Por primera vez, la idea de aquella casa cercana no la llenó de aprensión.

—Sigo quedándome aquí de vez en cuando —contestó él sin soltarle el brazo—. Por amor de Dios, Sara, que no te estoy sugiriendo nada vergonzoso. A pesar de lo que pienses de mí siento respeto por la memoria de mi hermano.

— ¡Pero no por su mujer! —espetó ella, y Alex lanzó un juramento malsonante.

—No eras su mujer cuando yo... cuando nos conocimos, y ahora deja de actuar como una niña tonta y ven conmigo.

-No.

—Sí —era inflexible—. Tengo que irme a Londres dentro de unos días y puede que no vuelva en una semana. No pienso permitir que sigas con esta venganza contra mí, así que haz el favor de crecer y comportarte como una persona adulta.

Después de eso, poco quedaba que Sara pudiera decir. Además, podía llevar bien la situación. Era la viuda de Harry, y no la jovencita inocente que él había conocido.

La temperatura del saloncito de Alex era bastante más agradable que la del pasillo, y tanto si él había tenido que ver algo en la decoración como si no, era también bastante más alegre. El papel de las paredes era mucho más claro, un color crema que figuraba seda, y había un interesante conjunto de cuadros que rompían la altura desmesurada de las paredes. Había un sofá a rayas verdes y marrones, dos sillones tapizados en verde y un escritorio de proporciones generosas. La moqueta de color crema estaba parcialmente oculta por una enorme alfombra.

—De Kashmir —comentó Alex sin darle importancia—. ¿Quieres tomar algo? No puedo ofrecerte vino, pero sí brandy.

—No, gracias.

Sara ya estaba sintiendo los efectos del vino que había tomado antes. No le gustaba demasiado el vino tinto, pero lo habían servido con la carne y había necesitado algo que le ayudase a tragar la comida.

—Siéntate.

Alex señaló el sofá, y aunque ella hubiera preferido quedarse de pie, se sentó en una silla apoyada contra la pared.

Alex se sirvió un brandy y, tras mirarla con ironía por la elección de la silla, se quedó de pie junto a la chimenea.

Sara era consciente de que sus ojos oscuros la estaban contemplando mientras ella intentaba mirar a cualquier parte menos a él. Debía estarse preguntando si le tenía miedo. Pues no se lo tenía. Simplemente no se encontraba a gusto estando cerca de él.

—En primer lugar quiero que sepas que me quedé destrozado cuando me llegó la noticia de la muerte de Harry —dijo al fin, y ella entrelazó las manos en el regazo—. No he tenido la oportunidad de decir lo mucho que voy a echarle de menos. Últimamente no nos habíamos visto mucho, pero yo seguía queriéndole igual.

Sara tuvo que mirarlo.

—Eres un hipócrita —espetó—. ¡Un maldito hipócrita! Tú no querías a Harry. Tú sólo te quieres a ti mismo.

—Eso no es cierto —contestó él sin un tono definido en la voz, lo que no era la respuesta que ella había esperado ante su acusación—. Si crees que mi hermano y yo no estábamos unidos, es que no conocías a mi hermano. Hasta que tú apareciste, jamás había habido ni una sola grieta entre nosotros. Y fuiste tú quien nos distanció; ni Harry ni yo.

Sara hizo ademán de ponerse de pie.

—No estoy dispuesta a quedarme aquí para oírte...

—Sí, te vas a quedar —su tono de voz volvió a convencerla—. Por amor de Dios, Sara; haz el favor de analizar las cosas con objetividad. Lo que ocurrió fue... inevitable, y es absurdo censurarlo ahora.

—Esa es tu excusa, ¿verdad?

—No es una excusa, maldita sea —Alex apretó los dientes—. Éramos jóvenes... más jóvenes de lo que lo somos ahora, desde luego, y nos atraíamos. No es algo de lo que me sienta orgulloso, pero tampoco fue una ofensa capital.

—Dudo que Harry hubiese estado de acuerdo contigo.

— ¡Harry no tiene nada que ver con esto!

— ¿Ah, no? ¿Esa es la forma en que lo has enfocado durante este tiempo? ¿Convenciéndote de que no importaba porque Harry nunca llegó a saberlo?

— ¡No fue así!

— ¿No? —Estaba empezando a creer que iba a poder manejar la situación, siempre que consiguiera mantener la cabeza fría—. Te comportaste de forma despreciable, ¡así que no me hables de amor!

— ¿Cómo eres capaz de engañarte así, Sara? ¿Es que de verdad pretendes decirme que tú no deseabas lo que ocurrió tanto como yo?

—Sí —Sara perdió algo de su convicción—. Te aprovechaste de mí; te aprovechaste de tu hermano. Me hiciste hacer… lo que hice, y jamás te lo perdonaré.

Alex cerró los ojos un instante y ella creyó haber ganado. Pero cuando los abrió, la acusación se leía clara en su fondo.

—Estás loca —dijo con voz áspera por la ira—. Si no hubieras sido tan provocativa, yo jamás te habría tocado… ¡y que Dios me perdone!

—Puede que Dios te perdone, pero yo no —declaró ella, y en cuanto terminó de pronunciar las palabras, se dio cuenta de lo inmaduras que sonaban. Se estaba comportando como una niña. Alex tenía razón en eso. Por respeto hacia Harry tenía que tratar con aquella gente, y sacar a la luz trapos sucios no era lo más razonable.

—Está bien —dijo Alex—. Es evidente que has estado tanto tiempo ocultando la verdad que ahora eres incapaz de enfrentarte a lo que ocurrió. No fue algo premeditado… al menos por mi parte, pero no pretendas hacerme creer que tú no fuiste tan culpable como yo.

—Está bien —contestó Sara, e inspiró aire profundamente—. Si eso era todo lo que querías, me marcho.

—No era todo. Maldita sea, Sara…

— ¿Y no puedes esperar hasta mañana? —intentó no mostrar la ansiedad que sentía—. De verdad estoy… agotada.

Alex tomó un trago de brandy.

—No me estás poniendo las cosas fáciles, Sara —dijo, mirándola con los ojos entrecerrados—. La muerte de Harry… nadie estaba preparado.

— ¿Es que alguien puede estar preparado para sufrir una tragedia? —le preguntó con amargura—. Tú en la cena has dicho que has visto montones de ellas.

—Deja de intentar anotarte puntos, ¿quieres? —Alex vació su copa y se sirvió otra—. La verdad es que te he traído hasta aquí para hablar de Ben, no de nosotros. Porque estarás de acuerdo que él es ahora la persona más importante.

—Por supuesto —en eso no iban a discutir—. Pero Ben está bien. Yo me encargaré de que no sufra por lo ocurrido.

Alex suspiró.

—Eso no era lo que yo quería decir.

— ¿Ah, no? —Sara evitó mirarlo a los ojos—. Pues si lo que quieres decirme es que vas a comprarle un poni o algún otro juguete caro para intentar que él me convenza de que nos quedemos aquí, ya puedes irte olvidando. Como he dicho antes de la cena, no pretendo

tener mi hogar en Northumberland.

-¿No?

Sara estaba algo temblorosa y se ocupó de colocar los pliegues de su falda para entretener las manos. Se había cruzado de piernas, pero dejó de hacerlo cuando se dio cuenta de que se le veía el muslo, y plantando los dos pies en el suelo, tiró de la falda hacia las rodillas—. Quiero buscar un trabajo en Londres.

— ¿Y dejar a Ben aquí?

La sugerencia era tan atroz que se vio forzada a mirarlo.

—Claro que no. Ben vivirá conmigo. No estarás de broma, ¿no?, porque si es así, te advierto que...

—No estaba de broma. Por contra, creo que sería un acuerdo muy adecuado. Ha vivido contigo durante los últimos cuatro años. Creo que ya es hora de que viva con su padre.

Sara se quedó boquiabierta.

— ¿Cómo dices? —tardó unos segundos en recuperarse—. El padre de Ben está muerto.

— ¿De verdad? Los dos sabemos que Harry no era el padre de Ben, así que, ¿por qué no dejas de fingir? Es la cruz que he llevado conmigo durante todos estos años.

Ahora, de pie, en el marco de la puerta de la habitación de Ben, el recuerdo de esa conversación le hizo gemir.

— ¿Qué pasa, mamá? -preguntó Ben asustado—. ¿Te duele algo? ¿Quieres que le pida una pastilla a la señora Fraser?

Sara negó con la cabeza.

—No —contestó—. Es sólo un dolor de cabeza. Y tengo pastillas, cariño. Están en mi bolsa.

Ben se levantó de la cama y entró corriendo en la habitación de su madre, disfrutando de la sensación poco usual de estar al cargo.

Mientras Ben revolvía en su bolsa buscando las aspirinas y después le llevaba un vaso de agua del baño, Sara se volvió a meter en la cama. Aunque no le hubiese dolido la cabeza, tampoco tendría ganas de dejar la habitación. Dios, ¿por qué se le habría ocurrido quedarse allí?

Debería haberse mantenido alejada. De no haber sido por las llamadas desesperadas de la madre de Harry, jamás hubiera pensado en llevar su cuerpo a Inglaterra. No era lo normal. Cuando los extranjeros morían en climas tropicales, se procedía a enterrarlos con toda celeridad, pero Elizabeth Reed había insistido en ponerse en contacto con las autoridades, y dadas las circunstancias, habían podido darle un trato distinto.

Esa era la razón de que estuviese allí, atrapada junto al único

hombre que podía destruirla y además sufriendo una migraña. Cómo había conseguido llegar la noche anterior a su habitación era un misterio, pero al menos Alex había tenido el buen juicio de no intentar detenerla.

Quizás se había imaginado que iba a vomitar, y no había querido tener que explicarles la situación a sus padres, sino que después de soltar la bomba, había preferido dejarla escapar. Debía haber pensado que necesitaría tiempo para aceptar sus términos.

«Nunca», se dijo mientras se tragaba las dos aspirinas que Ben le había llevado. Nunca aceptaría la pretensión de Alex de formar parte de la vida de su hijo. Había cometido un error advirtiéndola de sus intenciones, porque no iba a poder demostrar nada. Ella lo negaría todo, y él no podría hacer nada.

Ben había vuelto a entrar en el baño con el vaso vacío, y oyó el agua correr. Se estaba cepillando los dientes y lavándose la cara sin que ella tuviese que decírselo, y Sara apoyó la cabeza sobre la almohada con los ojos llenos de lágrimas. Era un niño tan bueno... Alex estaba loco si pensaba que iba a renunciar a él.

Hasta que Ben no volvió a salir del baño con la cara reluciente y entró en su habitación para vestirse, Sara no empezó a sospechar que había sido un poco inocente. Y cuando Ben volvió a aparecer con las botas desabrochadas y la camisa torcida, tuvo una idea de lo que iba a ocurrir.

—Le diré a la señora Fraser que te duele la cabeza, ¿vale? —Sugirió, y se acercó a la puerta—. Te traerá el desayuno a la cama, igual que hacía papá cuando estaba en casa.

—Espera un momento —a pesar del dolor, Sara se incorporó—. Ven aquí. Llevas los cordones desabrochados, y no querrás caerte por las escaleras, ¿verdad?

Ben parecía dudar en lo de acercarse a la cama, como si temiese que su madre no fuera a soltarle una vez lo tuviera al alcance de la mano. Dios mío, ¿tan posesiva era como madre? Cuánto se alegraría Alex de verlos en aquella situación.

—Ven aquí —dijo de nuevo, intentando no perder la paciencia.

—Date prisa —dijo el niño, y obedeció—. No quiero llegar tarde. El tío Alex dijo que podía darme otra lección si a ti no te importaba.

Sara sintió que la garganta se le cerraba. «Pero a mí sí que me importa», hubiera querido decirle. « ¡No quiero que tengas nada que ver con tu tío Alex!» Pero sólo con ver la expresión de su hijo, se contuvo. Había un dicho que hablaba de querer a alguien hasta matarlo de cariño, y no quería que pasase eso con su hijo.

—Bueno —dijo mientras le ataba los cordones—, no te sorprendas

si el tío Alex se ha olvidado de eso. Anoche me dijo que mañana tiene que irse a Londres y puede que no tenga tiempo de venir desde Ragdale a jugar contigo.

— ¡No es jugar, mamá! —replicó el niño con expresión muy seria —. El tío Alex me ha dicho que alguien como yo debe saber montar a caballo.

— ¿Alguien como tú?

—Sí —Ben sacó pecho—. El tío Alex dice que todos los hombres de la familia han aprendido a montar cuando eran pequeños. Es por eso de la trai... train...

—Tradición.

—Eso. Dice que aprenderé más de las propiedades así. ¿Sabías que el abuelo es el dueño de la mayor parte de la tierra que se ve desde la ventana?

Sara terminó de abrocharle la camisa, le colocó bien el jersey y volvió a recostarse en la almohada. Se encontraba demasiado mal como para luchar con su hijo.

En cuanto pudiese volver a ponerse en pie, se marcharían.

— ¿Puedo ir?

— ¿Por qué no? Pero no le digas al tío Alex que no me encuentro bien. Cuando vuelvas, estaré perfectamente.

Capítulo 6

PERO Sara no volvió a encontrarse bien. El dolor, que parecía tener una causa obvia, se transformó en fiebre, y el doctor Lomas vino desde Corbridge y le diagnosticó un enfriamiento. Era evidente que el violento cambio de temperatura había bajado sus defensas, y se vio obligada a quedarse en la cama.

Durante los días que siguieron, tuvo motivos suficientes para desear que Alex siguiera en Ragdale. Pero se había marchado a Londres como estaba previsto, y como los Reed no estaban acostumbrados a los niños, Ben tuvo que pasarse la mayor parte del tiempo en su habitación.

En consecuencia, Sara no descansó tanto como hubiera debido y tardó más en recuperarse. La señora Fraser hacía lo que podía, pero tenía sus propias obligaciones a las que atender, y la señora Reed era demasiado estricta con Alison como para permitirle cuidar del niño.

—Necesitas una niñera —declaró Elizabeth Reed en una de sus escasas visitas a la habitación de la enferma—. El niño necesita estímulos. No debería quedarse todo el día aquí arriba.

—No tiene sentido contratar una niñera. Cuando me encuentre bien, quiero marcharme a Londres —contestó Sara—. Lo siento, señora Reed, pero la decisión ya está tomada. Por supuesto, Ben podrá venir a pasar las vacaciones con ustedes.

—Qué amable por tu parte —espetó Elizabeth, pero como si hubiera cambiado de opinión respecto a lo que iba a decir, forzó una sonrisa—. Pero no antes de año nuevo, ¿no? Supongo que permitirás que Ben pase sus primeras navidades en Inglaterra con su familia.

«Ahora soy yo su familia», protestó Sara en silencio, maldiciendo aquella necesidad casi constante de ocultar sus verdaderos sentimientos. Pero hasta que hubiera tenido oportunidad de hablar con el abogado de Harry y solventar sus asuntos financieros, no parecía tener mucho sentido discutir.

Hasta aquel momento, la muerte de Harry había hecho que se olvidara de las fechas en las que estaban, pero la realidad era que faltaban apenas tres semanas para Navidad.

Los abogados de Harry tenían el despacho en Londres, y aunque ya había estado en contacto con ellos, le habían aconsejado que esperase a estar en Londres para arreglar el testamento. Había detalles menores de los que ocuparse, uno o dos legados de los que hablar con ella y un codicilio que había que definir.

Fuera cual fuese su opinión respecto a todo aquello, estaba claro que no podía hacer nada mientras no se encontrase mejor. Quizás

debería intentar ir un día a Londres antes de navidad para reunirse con los abogados. Sus planes tendrían que esperar al año nuevo, y lo mejor era no enfrentarse a los padres de Harry hasta entonces.

Teniendo todo aquello en cuenta, fue capaz de ofrecer una respuesta no comprometedora que pareció satisfacer a su suegra. Y, al fin y al cabo, los Reed podían llegar a ser sus aliados si Alex decidía contarles lo que sabía, porque no podrían perdonar sus acciones; incluso era posible que ni siquiera le creyeran. Harry era su hijo mayor y lo habían querido mucho. Jamás permitirían que algo dañase su memoria.

Aunque Sara tuvo que estar en cama diez días, tardó aún una semana más en recuperarse lo suficiente como para bajar al piso de abajo. Su pobre apetito había contribuido a hacerla vulnerable al frío, y el médico temió que el enfriamiento pudiese llegar a convertirse en neumonía.

Así que, por mucho que protestara por lo que iba a engordar, la señora Fraser había insistido en que se tragara hasta la última cucharada de las sopas y los guisos que le preparaba, y no se había separado de la cama hasta que se lo terminaba.

Ben estaba encantado de verla ya de pie. Aunque ella había esperado que Alex volviese a Ragdale y se aprovechara de su incapacidad para pasar todo el tiempo posible con el niño, seguía estando en Londres, y la capacidad de Ben para entretenerse solo era bastante limitada. Por lo tanto, le encantó poder acompañar a su madre por los jardines. Una tarde, Robert les invitó a conocer su oficina de Corbridge.

Aparte de ocuparse de las propiedades que su padre le había legado, Robert era también socio de una empresa de agrimensores que tenía bastante demanda, a pesar de que él insistiera en que era bastante modesta. No estaba lejos de Newcastle, lo cual era muy conveniente para el negocio, y la eficiencia de Erskine y Reed era bien conocida.

Era la primera indicación que tenía de que James Erskine y su suegro eran socios, y Robert le explicó que los ingresos que percibía por su negocio le ayudaban considerablemente a mantener su patrimonio.

—La mayoría de lo que percibimos en alquileres debe reinvertirse para garantizar el futuro —le explicó cuando Sara comentó que no sabía de dónde sacaba tiempo para atender a los dos trabajos—. Además, me gusta conocer a gente y ocuparme de sus problemas en lugar de los míos.

— ¿Tenemos otros animales, aparte de caballos? —preguntó de

pronto Ben desde el asiento trasero del Range Rover, y su abuelo sonrió.

—Sólo perros —contestó con cierta nostalgia—. Pero mis arrendatarios tiene toda clase de animales domésticos. ¿Qué te gustaría ver? ¿Vacas u ovejas? O a lo mejor preferirías cerdos.

— ¡Todos! —exclamó Ben, loco de alegría. El viejo perro de su abuelo se asustó con tanto ademán—. Siéntate, Nell —le ordenó—. No estaba hablando contigo.

—Deberías calmarte —dijo su madre—. No es la primera vez que vas a ver una vaca. En Río, Harry conoció a un hombre que tenía un rancho ganadero cerca de Sao Joaquim —le explicó a su suegro.

— ¿Y fuiste a visitarlo?

—Varias veces. A Harry lo mataron cerca de allí.

—Dios mío...

Robert cubrió sus manos con la suya y Sara pensó que iba a echarse a llorar. Puede que no quisiera a Harry tanto como él a ella, pero jamás se habría imaginado que iba a echarlo tanto de menos.

La visita a Corbridge fue un éxito en dos sentidos: por un lado, ayudó a que Robert y ella se conocieran mejor, y por otro, les ofreció la oportunidad de ir de tiendas. Necesitaba comprar muchas cosas, y sabía que debería esperar a ir a Newcastle, pero encontró una tienda pequeña en la que vendían jerseys hechos a mano. y otra en la que descubrió una falda. Estas dos cosas, junto con varias camisas calientes para Ben, le hicieron sentir que había valido la pena la visita.

Cuando volvieron a Perry Edmunds, había un coche extraño aparcado frente a la casa, un Mercedes negro.

—Ah, Alex ha vuelto —comentó su padre—. Y me atrevería a decir que te alegrarás de ver una cara nueva.

— ¿Tío Alex? —Exclamó Ben, quitándose el cinturón y apoyándose en los asientos delanteros—. ¿Es ese su coche? Qué grande. ¿Crees que querrá llevarme a dar una vuelta?

—No creo que...

—Seguro que sí —intervino Robert—. Estará deseando volver a verte. Anoche hablé por teléfono con él y me preguntó qué tal estabais los dos. Estaba bastante preocupado por ti, Sara... y por Ben, naturalmente.

-¿Ah, sí?

Ben estaba ansioso por ver a su tío, y Sara abrió la puerta con disgusto. Si seguía sentada allí más tiempo, terminaría por decir algo imperdonable, y no quería enfrentarse al padre de Alex.

Alex apareció cuando Sara estaba sacando las bolsas con las compras del maletero del coche. Llevaba una camisa oscura y unos

vaqueros negros, y bajó las escaleras para recibir la excitada bienvenida de Ben. Luego, le quitó a ella las bolsas de las manos.

— ¿Cómo estás? —le preguntó—. Tienes un poco más de color en las mejillas.

— ¿Más que cuándo? —le preguntó Sara mientras preparaba sus defensas. Si pretendía hablar del encuentro en su salón, estaba más que preparada para plantarle cara.

—Que la mañana en que me marché —contestó Alex, dejándola boquiabierta—. Fui a ver a mi madre y a mi padre antes de marcharme, y también fui a verte a ti, pero estabas dormida —sus ojos eran burlones—. Pero ahora ya veo que estás bien despierta, ¿no?

— ¿Has llegado hoy?

La pregunta de Robert le distrajo y con Ben colgado de sus piernas, los dos echaron a andar hacia la casa, pero se detuvieron al pie de la escalera para esperarla, y Sara se coló dentro de la casa.

Estaban sirviendo el té en el salón, y aunque Sara hubiera preferido poder subir a recomponerse, la presencia de Ben le impidió escapar.

— ¡Bollos! —exclamó al oler los bollitos de huevo tostados. En muy poco tiempo se había adaptado a los hábitos alimenticios ingleses, y la señora Fraser era a quien debía atribuírsele todo el mérito.

—A tu padre siempre le encantaba tomarlos con el té —comentó Robert, mirando a Sara a hurtadillas. Pero Elizabeth le contradijo diciendo que era a Alex a quien más le gustaban, y que Harry siempre había preferido los bollitos de mermelada con crema.

Sara intentó no mirar a Alex durante aquel breve intercambio, y para disimular se quitó el abrigo y se acercó al fuego. Una ventaja de Perry Edmunds era su proximidad al bosque de Edmundsfield. y ya durante su primera visita había podido disfrutar calentándose en un auténtico fuego de leña.

Ben iba a abalanzarse sobre la bandeja de dulces cuando su abuela le mandó que se lavase las manos.

—Pero ¿por qué tengo que lavarme las manos? —protestó—. Mamá y el abuelito han estado fuera también. Mira, no las tengo sucias. He estado todo el tiempo sentado en el coche.

— ¿Estás discutiendo conmigo, Ben? —Inquirió con aspereza la abuela—. ¿Y cuántas veces voy a tener que decirte que es abuelo y no abuelito? Ahora, o te das prisa en lavarte las manos como te he dicho, o te quedarás sin bollos. Eres un niño muy impertinente y alguien debe meterte en vereda.

—Ben no es... —empezó Sara, pero antes de poder llegar más lejos,

la voz de Alex tapó la suya.

—No creo que haya sido una pregunta poco razonable, madre —dijo, ganándose una mirada exasperada de su madre, y después se volvió al niño, que lo miraba con los ojos llorosos—. Has estado acariciando a Nell, ¿verdad? Y no querrás comerte un bollo llenos de pelos.

Ben contestó que no con la cabeza. Sara se dio cuenta de que estaba haciendo esfuerzos por contener las lágrimas.

—Yo te acompaño, Ben —le dijo, pero Alex estaba ya caminando con él hacia la puerta y tuvo que detenerse.

—Alex se ocupará de él —dijo su padre, y Sara se vio obligada a volver junto al fuego.

-Alex tiene demasiadas preocupaciones —comentó Elizabeth—. Por cierto, Sara —añadió—, he invitado a Christine Graham a venir a verte mañana.

Sara frunció el ceño.

— ¿Christine Graham?

—Sí —Elizabeth habló sin mirarla, ocupada en colocar cada taza exactamente en el centro de su plato—. Es la hija de Angus Graham. Uno de los arrendatarios de Robert. Acaba de terminar con los Armstrong y creo que la ocasión es ideal.

— ¿La ocasión?

Sara seguía confusa, aunque tenía la impresión deque no iba a gustarle nada lo que iba a escuchar.

—Era la niñera de Pamela Armstrong —dijo Robert. Aparentemente cansado de los rodeos de su mujer—, Elizabeth ha pensado que podría venirte bien un poco de ayuda... mientras estés con nosotros.

Sara tragó saliva.

— ¿Una niñera?

—Sí. Una niñera —dijo su suegra a la defensiva—. Tienes que admitir que Ben se ha estado comportando como un salvaje. Necesita disciplina y educación elemental. Tanto Harry como Alex sabían leer a su edad, y tenían también nociones básicas de aritmética.

Sara jamás se había sentido tan enfadada... ni tan frustrada.

— ¿No cree que debería haberme consultado antes de invitar a una mujer extraña a cuidar de Ben?

—Ya te estoy consultando —replicó Elizabeth con impaciencia—. Si no le gusta la chica, tendremos que pensar en otra cosa, pero no rechaces la idea sólo porque yo... porque nosotros la hayamos sugerido. Tendrás que admitir que no has estado en condiciones de cuidar de Ben.

—He estado enferma…
—Lo sé. Y estoy completamente segura de que en condiciones normales, le dedicas una gran parte de tu tiempo al niño. No tengo queja del comportamiento de Ben… al menos, en la mayoría de los casos, pero el amor de una madre no es suficiente. Un niño inteligente necesita desafíos, y no creo que Ben esté desarrollando toda su capacidad así.
—Tiene sólo cuatro años.
—Y muy pronto tendrá cinco. Todos hemos estado de acuerdo en que ha llegado el momento de que empiece a aprender, y tengo excelentes referencias de Christine. Ha estado con los Armstrong siete años, desde que nació su hijo pequeño.
—Siete años —murmuró Sara; estaba empezando a sentir náuseas.
—Los Armstrong van a dejar el campo, y Christine prefiere quedarse en Inglaterra —le explicó Robert.
—No sólo en Inglaterra —añadió su mujer—, sino en Northumberland. Sus padres son mayores y viven en Hexam. No sería justo abandonarlos ahora que son mayores.
Sara se quedó callada. Estaba claro que, dijera lo que dijese, los Reed iban a tener respuesta. Tanto Elizabeth como Robert sabían que no quería quedarse en Edmundsfield, y Alex era también conocedor de su deseo de marcharse de allí.
—La decisión será tuya —le aseguró su suegro al tiempo que Alex y Ben entraban en la habitación. Ben estaba infinitamente más alegre, y se acercó al sillón de su madre con su encantadora sonrisa en los labios. Pero a Sara le resultó muy difícil responderle, a pesar de lo que había dicho su abuelo.
Durante el resto del día, Sara se las arregló para no tener ninguna conversación privada con Alex. Por supuesto, el hecho de que él se marchara después del té la ayudó bastante, aunque la idea de que viviese solo en Ragdale la inquietaba.
Precisamente fue su suegra la que le aclaró ese punto al anunciar en la cena que Alex iba a cenar con los Erskine. Al parecer, James Erskine quería pedirle consejo sobre un asunto legal.
-Supongo que sabrás que Alex hizo Derecho antes de decidirse por el periodismo —dijo Elizabeth—. Quizás ahora se replantee ejercer la abogacía.
Inglaterra era lo bastante grande para albergarlos a los dos, se dijo Sara. Además, si Alex se quedaba en Ragdale, pronto se cansaría de acosarla. Dijera lo que dijese, el incidente de cinco años atrás era sólo parte del pasado, y no del futuro.
De todas formas, cuando aquella noche se metió en la cama,

recordó cómo se había sentido al saber que estaba embarazada. Estaba ya casada con Harry para entonces, y no tenía razón para dudar de que el hijo fuese suyo. En la única ocasión en la que había pretendido hablarle del incidente con su hermano, él había cambiado de conversación como si inconscientemente no hubiera querido saber la verdad.

Y ella se había pasado los cinco últimos años intentando convencerse de que había estado equivocada. Los bebés podían adelantarse, particularmente si el bebé era más grande de lo normal. Ben podía ser hijo de Harry. Podía haberle concebido un mes antes de la boda. Habían estado viviendo juntos casi un año antes de casarse...

El problema era que no se lo creía. Por mucho que insistiese, no podía escapar a sus temores. Ben era el hijo de Alex y ella lo sabía con una certeza casi visceral. Aquellas semanas que había pasado en Perry Edmunds habían arruinado su vida.

Para empezar, el recuerdo de lo ocurrido no había dejado de atormentarla. Harry y ella se habían casado a los pocos días de volver a Londres, y habían pasado su luna de miel en Grecia. Todo ese tiempo se había estado diciendo a sí misma que no podía haber ocurrido, que debía haberlo soñado. Pero el sueño se había transformado rápidamente en una pesadilla de la que no había forma de salir.

La ironía de todo había sido la reacción de Harry ante su embarazo. Se lo había dicho sintiéndose culpable de su condición, pero él había recibido la noticia con alegría, y cuando Ben nació en Kuwait seis meses después. Harry insistió en estar allí. Y había seguido a su lado desde entonces, se recordó sintiendo el picor de las lágrimas en los ojos.

Desde luego jamás se había imaginado que Alex pudiera llegar a enfrentarse a ella con sus sospechas. Porque eso era todo lo que eran. No podía demostrar que Ben fuese suyo, así que su posición más sensata sería aguantar el temporal. Mientras consiguiese mantener la cabeza fría, no habría forma de que él le arrancase una confesión.

Y en lo que a Ben se refería, pasar tiempo con su tío no tenía por qué ser necesariamente malo. Acababa de perder a su padre, y si las atenciones de Alex le ayudaban a pasar por el trauma con más facilidad, ¿qué tenía que perder? Lo último que quería era preocupar a su hijo comportándose con él de forma agresiva. Hasta que pasara la Navidad, podía permitirse ser generosa.

Así que, a la mañana siguiente, cuando Ben entró como un torbellino en su habitación mientras Sara se tomaba la taza de té que la señora Fraser le había llevado para preguntarle si podía dar otra

lección de equitación con Alex, Sara no se lo pensó.

— ¿Por qué no? —Contestó, ganándose un grito de júbilo—. Siempre que al tío Alex no le importe. Pero no te desilusiones si no viene. Puede que tenga otras cosas que hacer.

— ¡Vendrá! —Exclamó el niño, saltando alrededor de la cama—. Anoche me dijo que vendría.

— ¿Anoche?

Sara frunció el ceño y se incorporó mejor contra la almohada.

—Cuando la abuela me mandó a lavarme las manos —le explicó el niño—. Cuando volvimos de dar el paseo con el abueli... con el abuelo. ¿Por qué no puedo llamarle abuelito? Así es como lo decía siempre papá.

—Sí, bueno... No siempre se puede hacer lo que uno quiere.

—Pero ¿puedo irme con el tío Alex? No irás a cambiar de opinión, ¿verdad?

—Claro que no —contestó Sara—. Ahora, ve a lavarte.

Mientras Sara había estado enferma, Ben había tomado su desayuno en la habitación con ella, pero después habían bajado a desayunar a la pequeña habitación adyacente a la cocina. Sin embargo, aquella mañana, Sara deseó poder volver a la antigua costumbre. Tener que enfrentarse a Alex antes de haber desayunado no le apetecía lo más mínimo.

Pero de ninguna manera podía confiarle eso a Ben. Así que, después de una ducha rápida, durante a cual su hijo no dejó de decir que iba a llegar tarde, se vistió y bajaron.

Su tensión habría resultado innecesaria. Cuando la señora Fraser detectó su presencia y fue a preguntarles qué querían desayunar, le dijo a Ben que su tío estaba ya en los establos.

—Se ha tomado un tazón de gachas de avena aquí hace más o menos una hora, y me atrevería a decir que Darcy y él ya habrán limpiado una docena de cuadras a estas alturas. Pero no te preocupes, jovencito. Me encargó que te dijera dónde estaba.

Ben sonrió de oreja a oreja y se volvió hacia su madre con ojos brillantes.

— ¿Has visto, mamá? El tío Alex me está esperando. ¿Puedo irme sin tomar tostadas?

Sara miró a la señora Fraser.

— ¿Dice usted que Alex ha tomado gachas de avena?

—Eso es. Siempre digo que no se puede ir muy lejos sin un tazón de mis gachas de avena. Alex no come en condiciones en Ragdale, así que siempre le tengo algo preparado aquí.

—En ese caso, nosotros tomaremos lo mismo —declaró Sara,

sacándole partido a que Ben no iba a protestar por imitar a su ídolo—, Y chocolate para Ben. ¿Yo podría tomar café como siempre?

La señora Fraser se ganó su eterna gratitud al llevarle su tazón en tiempo récord. Sara, que estaba acostumbrada a tomar una tostada, a veces incluso con huevos o bacon. si es que el ama de llaves lograba convencerla, se sorprendió de que le gustasen aquellas gachas de avena, especialmente al estar servidas con nata.

— ¿Puedo irme ya? —le preguntó Ben después de dejar su tazón limpio y de beberse el chocolate, y aunque Sara hubiera deseado estar un poco más de tiempo con su hijo, asintió.

Pero cuando Ben estaba ya en la puerta, le llamó.

—Yo... espera un momento —dijo, apurando su propia taza—. Voy contigo. Sólo hasta los establos —añadió para aclarar la duda que había visto en el rostro de Ben—. Me vendría bien un poco de aire fresco, y hace una mañana preciosa.

—Pero no vas a tardar, ¿verdad?... en prepararte y eso. Yo sólo tengo que ponerme el anorak. Pero tú no puedes ir así.

— ¿Así, cómo? —Sara se miró. Llevaba una blusa color tostado y la falda larga de lana que se había comprado el día anterior—. ¿Es que no estoy lo bastante guapa para ir contigo? Creía que te gustaba este color.

—Son los zapatos —contestó Ben, mirando sus tacones—. Para ir a los establos hay que llevar botas. Todo el mundo lo sabe.

—Entonces le pediré prestadas unas botas de goma a la abuela —dijo Sara, recordando que había visto unas al lado de la puerta del jardín, junto a una chaqueta impermeable.

Pero cuando metió sus pies cubiertos tan sólo por las medias en aquellas botas tan frías, se preguntó porqué se estaba metiendo en aquel lío. La decisión de poner las ideas de la noche anterior en práctica no le pareció tan urgente. Tratar a Alex de manera civilizada ya iba a ser lo bastante difícil, no necesitaba una confrontación. Pero cuanto antes le demostrase que su acoso no iba a funcionar, antes podría continuar con su vida.

Capítulo 7

FUERA de la casa, el aire era frío y seco. Aunque los olmos que crecían alrededor del jardín de gravilla estaban ahora desprovistos de hojas, el sol confería a sus esqueletos cierta belleza, convirtiendo las ramas en un laberinto contra el azul del cielo. Afortunadamente, la mayoría de los árboles eran coniferas cuyas agujas brillaban por el hielo de la noche. «Como árboles de Navidad», pensó Sara, y se preguntó después que diría Ben cuando viese su primera nevada.

La parte trasera de la casa junto con el garaje y los edificios auxiliares hacía una forma de «ele», en el otro lado estaba la pared del jardín de la cocina. En verano, la pared estaba cubierta casi por completo bajo una masa de rosas, mientras que el garaje lucía una preciosa glicinia.

Entre el garaje y el jardín de la cocina discurría el camino que conducía hasta los establos. En aquel momento, estaba cubierto de hojas, pero el hielo las hacía crujir. Resultaba bastante escurridizo, así que Sara se alegró de no haber salido con zapatos.

Los establos estaban dispuestos en dos de los lados del cuadrado en el que se ejercitaba a los caballos. A Harry no le habían interesado mucho los caballos, pero Alex la había acompañado a ella en un par de ocasiones para que viese los ejemplares de caza de su padre. La diferencia estribaba en que, en esas ocasiones, era verano, y la mayoría de los animales estaban fuera de sus cuadras. Aquella mañana la media docena de caballos estaban asomados por la parte superior de sus puertas.

Excepto el que estaba atendiendo Alex. Los nervios de Sara se pusieron automáticamente en estado de alerta. A pesar del frío de la mañana, estaba trabajando con las mangas de la camisa remangadas y su respiración se condensaba en el aire helado.

Tanto si les había oído llegar como si no, no se volvió a mirarlos hasta que Ben gritó:

— ¡Tío Alex! ¡Tío Alex! ¡Estoy aquí!

—Buenos días —dijo, dirigiéndose a Sara.

—Buenos días —contestó ella—. Espero que no te importe que haya venido. He pensado que no me vendría mal volver a familiarizarme con este entorno.

— ¿Y por qué iba a importarme? Simplemente creía que no te gustaban los caballos. ¿Sería una crítica?

—Ese es el problema, Alex. Que no sabes nada de mi. Creía que te acordarías de que sí me gustan los caballos. Lo que pasa es que nunca he tenido oportunidad de aprender a montar.

— ¿Me estás invitando a que me ofrezca como profesor? —Inquirió con sequedad—. ¿Es que no confías en que sea capaz de cuidar de Ben, o es que temes de lo que podamos hablar si tú no estás delante?

Aquello sí que era una crítica, sin duda. Unirse a ellos en sus paseos ni siquiera se le había pasado por la cabeza, pero al parecer Alex sospechaba tanto de ella como ella de él. Ben, mientras tanto, estaba empezando a impacientarse. No debía estar entendiendo la mayor parte de su conversación, pero la sugerencia de que su madre quisiera aprender a montar era demasiado horrible como para pasarla por alto.

¡Mi madre no quiere aprender a montar! —exclamó—. ¡Es demasiado mayor para tomar lecciones! ¿A que sí, mamá? ¿A que te vas a volver a la casa? —le imploró.

A Sara le hizo gracia la ansiedad de su hijo, a pesar de que la hiciera sentirse como el ogro del cuento. Y no podía culpar a Alex de su comportamiento. La postura incómoda de su hijo revelaba su inseguridad respecto a lo que fuera a decir su tío.

—No —dijo al fin. Además, no es que tuviera otra opción. Para empezar, no estaba vestida como para montar a caballo, y el frío estaba empezando a notarse—. Os veré más tarde —añadió, hundiendo las manos en los bolsillos de la chaqueta de Elizabeth—. No le tengas-mucho tiempo fuera —añadió, dirigiéndose a Alex. —No lo haré.

Alex había empezado a bajarse las mangas, y cuando agarró la chaqueta marrón de cachemir que había dejado sobre la valla, no pudo evitar reparar en los músculos de sus brazos, y la forma en que sus pantalones de montar dibujaban nítidamente su sexo...

« ¡Dios mío!» Hacía años desde que había mirado a otro hombre que no fuese su marido, y el hecho de que precisamente fuese aquel hombre quien llamara su atención, hizo que se le revolviera el estómago.

—Te acompaño —dijo él, e inmediatamente se puso a su lado, abrochándose la chaqueta y el cierre del reloj que se le había abierto. Su aroma, su olor, incluso el vello que asomaba por el puño de la camisa la estaban inquietando, y tuvo que hacer un esfuerzo de concentración.

—No es necesario —le dijo, lo que le valió una mirada de gratitud de su hijo—. Yo... yo no tengo prisa. Había pensado volver... por aquel lado.

Señaló vagamente en dirección a una zona de arbustos que creyó servían de seto a los jardines de la casa, y Alex la miró divertido.

—Eso es el pozo negro —contestó—. No sabía que estuvieras

interesada en el tratamiento de las aguas residuales. Hay una granja al otro lado del pueblo que, en ese caso, podría parecerte interesante.

Sara apretó los labios. Había olvidado dos cosas: que Alex tenía un gran sentido del humor, y que eso podía ser tremendamente peligroso.

—Es que yo...

Tenía que encontrar algo que decir que la ayudase a recuperar la compostura, y miró a su alrededor rápidamente. Tenía que haber otra forma de volver a la casa, pero su conocimiento de la zona era muy limitado.

—Yo creo que sería mejor que volvieses directamente por el camino —sugirió Alex y Sara recordó lo amable que podía ser. Inconscientemente era algo que había tenido en la cabeza durante todos sus altercados, razón de más para que hubiese decidido mantener las distancias.

Quizás fuese más fácil que siguiera siendo su enemigo Comportarse con él de manera civilizada le planteaba unos problemas que no se había planteado. Era obvio que no era tan indiferente como había creído a su poder de atracción.

—Yo... quizás sea lo mejor —contestó, confiando en que él lo interpretase como una negativa a aceptar su compañía, pero echó a andar a su lado. Ignorando el quejido de Ben, la acompañó todo el trayecto, y Sara redobló su precaución para no caerse. No deseaba tener ningún contacto con él.

Afortunadamente sólo tardaron unos minutos en llegar a la parte posterior de la casa y Sara apresuró el paso sobre la grava. Aun así, Alex la acompañó hasta llegar a la puerta del jardín.

—Gracias —dijo Sara.

—Entonces, hemos firmado una tregua, ¿no?

—No sé qué quieres decir. Sólo porque hayamos tenido nuestras diferencias... no quiere decir que no podamos comportarnos de forma civilizada el uno con el otro, ¿no?

Alex sonrió de medio lado.

—Eso no es lo que dijiste hace un par de semanas —contestó—, pero si has cambiado de opinión, ¿quién soy yo para poner objeciones?

—La vida es demasiado corta para malgastarla en discusiones —declaró, fingiendo tranquilidad—. No quiero pelearme contigo. Alex. Al fin y al cabo, eres el tío de Ben.

Alex la miró fijamente con los ojos entornados, pero sentir cómo Ben le tiraba de la manga de la camisa le impidió decir nada más.

«Un punto para mí», pensó Sara, y entró en el jardín. De las cenizas de la derrota había arrancado una victoria.

Para su sorpresa, la señora Fraser le informó de que Elizabeth la estaba esperando en la biblioteca. Su suegra no solía levantarse temprano, así que debía tratarse de algo importante, pero prefirió no preguntarle al ama de llaves.

Tuvo que quitarse rápidamente las botas y la chaqueta, y olvidarse del café que había pensado tomarse en la cocina.

Elizabeth llevaba puesta una bata de terciopelo verde bastante abrigada, lo que le impedía sentir ningún frío, a diferencia de Sara, a la que la biblioteca le pareció bastante desapacible y con corrientes de aire que no se notaban cuando las cortinas estaban corridas.

— ¡Ah, Sara! —exclamó su suegra desde el sofá cerca del fuego recién encendido. La leña debía de estar mojada y no ardía bien, sino que se limitaba a echar un montón de humo—. Me alegro de que hayas vuelto. Christine llegará dentro de media hora.

— ¿Christine?

—La posible niñera —respondió, irritada- . No me digas que lo habías olvidado. Christine Graham. Ayer por la tarde te dije que vendría.

—Ah, sí.

¿Es que a Ben y a ella no les iban a permitir nunca divertirse? Aunque eso tampoco era justo. Ben parecía estar disfrutando de lo lindo, mientras que ella llevaba toda la carga de la muerte de Harry.

—Le he pedido que viniera a las diez, y Robert dice que es mejor que la entrevistes tú sola. Sólo quería recordarte que espero que la contrates. Nosotros... es decir, la familia, cubrirá los gastos, por supuesto.

Sara inspiró profundamente.

—Eso no es necesario —contestó, intentando calcular cuánto podría cobrar una niñera profesional. Tenía un poco de dinero, pero no para contratar personal con carácter definitivo. Aunque, en realidad, no iba a quedarse allí definitivamente.

—Insistimos —dijo Elizabeth con voz glacial—. Soy consciente de que Harry no era un hombre rico cuando murió. Y las circunstancias de su muerte pueden impedir que cobres la prima del seguro. Puede que Harry previera esa posibilidad, pero hasta que no den lectura al testamento, no podemos estar seguros, y Robert y yo querríamos hacer esto por ti... por Ben. Es nuestro único nieto.

Sara sintió que el color le subía las mejillas.

—Es muy amable por su parte, por supuesto, y no quiero que piensen que no les agradezco el gesto, pero...

—Entonces, no hay más que hablar. Voy a vestirme.

No tenía sentido discutir. Mientras siguiera viviendo en aquella

casa con aquellas personas, no iba a tener más remedio que hacer lo que ellos dijeran. Además, no era una cuestión tan importante. Cabía la posibilidad de que ni siquiera le gustase la niñera, y no pensaba dejar a Ben con una mujer que no la convenciera al cien por cien.

Estaba pensando en subir a su habitación a maquillarse un poco cuando Alison apareció en la puerta.

—Christine está aquí, señora Reed. Dice que ha llegado hace unos minutos. ¿Le digo que espere en el salón, o la hago pasar aquí?

Sara contuvo la respiración y se llevó la mano automáticamente al pelo. Afortunadamente, no estaba tan mal, y además no tenía que impresionar a nadie.

—Mmm... Dígale que pase, por favor. ¿Y podría traernos unas tazas de café?

—Por supuesto —contestó Alison alegremente, y volviéndose, dijo —: La señora Reed dice que puedes pasar, Chris.

Christine Graham no era como Sara se había imaginado. Regordeta y no muy alta, mostraba el comportamiento sencillo de una mujer de campo, y tenía la clase de facciones agradables que inspiraban confianza. No era como las chicas de Río, apenas unas adolescentes, ni la moderna au-pair que su jefe había contratado en Londres.

Su sonrisa era abierta, y después de que Sara le hubiese estrechado la mano y la hubiese invitado a sentarse, le preguntó acerca de su evidente familiaridad con Alison.

—Fuimos juntas al colegio —le explicó—. Hace años que nos conocemos, pero cuando Alison se marchó para casarse, yo me fui a la universidad.

Sara asintió.

— ¿De verdad? No sabía que hiciera falta una licenciatura universitaria para cuidar niños.

—No lo es. En un principio había pensado estudiar psicología, pero no tardé en darme cuenta de que me gustaba más la parte práctica que la académica. En el último año lo dejé, y entré en la escuela de educación infantil. Desde entonces, he tenido dos trabajos, y tengo referencias de los dos. La familia para la que estaba trabajando ahora se va a marchar de aquí, pero yo no quería irme.

—Sí. Mi suegra me habló de ello —Sara se mordió el labio—. Esto... puede ser sólo un puesto temporal. Tengo pensado mudarme al sur en primavera.

¡En primavera! ¿De dónde se habría sacado esa idea? ¿Por qué no le habría dicho a la joven cuáles eran sus verdaderas intenciones? Dos o tres semanas después de Navidad no era precisamente primavera, y no quería hacerle perder otro posible trabajo.

Pero Christine le dijo que ya sabía que no era seguro cuánto tiempo iba a necesitar de sus servicios.

—Mis padres viven en Hexham —le explicó—, y como mis hermanos viven en Canadá, la responsabilidad es mayormente mía. Mi madre ha tenido una angina de pecho, y no debe hacer esfuerzos.

—Lo siento.

La verdad era que Christine le gustaba más de lo que hubiera querido, y para cuando Alison llegó con la bandeja del café, estaban ya charlando sobre Ben como si fuesen dos viejas amigas. Christine le confesó que había estado casada una vez, pero que la relación fracasó. Se había quedado embarazada y el niño había nacido muerto, y desde entonces se consolaba cuidando de los hijos de otras personas.

Sólo la aparición de Elizabeth ensombreció ligeramente la reunión. Era evidente que no se esperaba que su nuera y la niñera hubieran encajado tan bien, y la impresión de Sara fue que hasta parecía algo desilusionada.

Decidieron que Christine empezaría a la mañana siguiente.

—Parece que apruebas a la niñera —comentó Elizabeth cuando Sara volvió a la biblioteca después de haber acompañado a Christine hasta la puerta—. Sólo una cosa más… te aconsejo que no te comportes con demasiada familiaridad. La señorita Graham es una empleada, no una amiga.

—Es posible que me cueste bastante encontrar amigos en Perry Edmunds —espetó Sara—. Nosotros también hemos tenido empleados en Río, y sólo porque Christine me caiga bien, no quiere decir que pretenda hacer de ella una aliada.

— ¡Una aliada! —Exclamó Elizabeth, arqueando las cejas—. Querida niña… yo no pretendía sugerir algo tan dramático. No debes olvidar que ahora nosotros somos tu familia.

Sara no contestó, sino que poco después se excusó y salió de la habitación. Que su suegra pensara lo que quisiera; los Reed no eran su familia.

Por muchas reticencias que tuviera a la hora de contratar una niñera, durante los días siguientes se alegró de la libertad que con ello había ganado. Desde la muerte de Harry no se había dado cuenta de la responsabilidad que Ben suponía para ella, pero con la llegada de Christine, encontró tiempo para ser ella misma.

Había ayudado enormemente el hecho de que Christine le hubiese caído bien a Ben. Un par de rabietas porque la hora de sus lecciones redujese el tiempo que él pretendía estar con Alex, pero eso había sido todo.

Dadas sus responsabilidades familiares, Christine había preferido

no vivir en Perry Edmunds. Llegaba hacia las ocho y media de la mañana y luego se marchaba alrededor de las cuatro y media. No había normas rígidas en cuanto al horario, y aunque Robert Reed había puesto un coche a su disposición, Sara estaba siempre en casa a la hora del té, con lo cual podía bañar y acostar a su hijo sin crear problemas de lealtades, y durante los fines de semana, cuando Christine no iba, el tiempo era sólo de los dos.

Por supuesto Ben se pasaba la mayoría de las mañanas del sábado y del domingo en los establos, y sólo fue cuestión de tiempo que Alex le dijera que quería llevarse a su hijo a Ragdale por la tarde.

Abordó el tema con Sara una semana antes de Navidad, cuando ella volvió de la ciudad bastante antes de lo habitual y se le encontró en el salón de su madre. Había estado en Newcastle para hacer compras de Navidad, pero en realidad se había pasado la mayor parte del tiempo sentada en un café.

Era una idiotez evitarle, y desde luego no era una postura coherente con su intención de tratarle con toda normalidad, pero se preguntó si no sería que, a veces, le tenía miedo. Desde aquella mañana en que Alex la había acompañado desde los establos hasta la casa, se había asegurado de que nunca volvieran a encontrarse los dos solos, y ver su coche aparcado delante de la casa había despertado en su interior emociones bastante inquietantes. Pero la llegada de Robert Reed detrás de ella le había impedido hacer alguna tontería.

Además, sólo quedaban unos cuantos días para Navidad. En cuanto pasaran las fiestas, podría empezar a planear su huida.

Había sido más fácil entrar en el salón con Robert a su lado, pero aun así, al entrar y ver a Alex tumbado sobre la alfombra jugando con su hijo le encendió las mejillas. No se había dado cuenta de la relación tan íntima que habían trabado, y la sospecha de que Ben y ella pudieran estar separándose, hizo que se le encogiera el estómago. Alex la vio primero. Quizás hubiera oído sus pasos en el recibidor y eso explicara su expresión precavida. Ben no se dio cuenta inmediatamente de su llegada. Estaba sentado a horcajadas sobre su tío, dándole puñetazos en el pecho.

— ¿Te rindes? —le preguntaba con la voz llena de alegría infantil.

—Me rindo —dijo Alex, y apartando su mirada de Sara, se incorporó y dejó al niño a un lado—. Ha llegado tu mamá —añadió, pasándose la mano por el pelo—. ¿Qué tal estás, Sara? Hace tiempo que no nos vemos. Cualquiera diría que me evitas.

—Qué tontería. Yo...

—Me has engañado —la interrumpió el niño, mirando a su tío con indignación—. ¡Me habías dicho que no podías levantarte, pero sí que

podías!

—No seas tonto, Ben —intervino su abuela con frialdad—. Y has interrumpido a tu madre. Eso no está bien. Tendré que hablar con la señorita Graham. Es evidente que no está cumpliendo con su promesa de mejorar tus modales.

—No tiene importancia —dijo Sara, agradecida de que su hijo le hubiese impedido dar una disculpa absurda.

—Sí que la tiene. Ben es ya lo bastante mayor como para entender...

— ¡Basta!

La inesperada intervención de Alex los dejó a todos mudos. Incluso su padre pareció sorprendido, y Alex utilizó el intervalo para ponerse de pie

Sara hubiera querido mirar a cualquier parte menos a él, pero no pudo evitarlo. Estaba más delgado, pensó mientras le veía volver a meterse la camisa por dentro de los vaqueros negros. Mucho más que a su vuelta de Kashmir.

— ¿Té, Sara? —le ofreció, rompiendo el silencio.

—Eh... sí, gracias.

— ¿Me has comprado algo? —aprovechó Ben para preguntar, mirando dentro de la bolsa que llevaba su madre, pero antes de que Sara pudiera contestar, su abuela sugirió que se sentara.

— ¿Sigue lloviendo? —le preguntó mientras le servía una taza.

—Ahora mismo, no —contestó su marido mientras ayudaba a Sara a quitarse el abrigo antes de sentarse a su lado en uno de los sofás a rayas—. Pero hace frío de nieve. ¿No te parece, Alex? ¿O es que te has pasado toda la tarde frente a la chimenea?

—No toda —contestó, acercándose al fuego—. He llagado hace apenas quince minutos —añadió, mirando a Ben.

—Va a preguntarte si me dejarías ir a su casa mañana —murmuró Ben al oído de su madre. Estaba sentado en el brazo del sofá, así que ninguno de sus abuelos pudo oír lo que decía—. Pero ahora no sé si quiero ir.

Sara dejó la taza e intentó recuperar la calma. No importaba que la reacción de Ben ante la invitación no fuese exultante; Alex debería haber hablado con ella antes de mencionárselo a su hijo. Podría haberse negado sin que Ben se enterase. Eso por otro lado, debía de haber sido precisamente lo que Alex había pensado. Aquella clase de guerrilla era mucho más eficaz que el combate cuerpo a cuerpo. Atacándola por la espalda, había minado cualquier objeción que hubiera podido hacer.

Y, a pesar de la expresión desilusionada de Ben, sospechaba que el

niño quería ir, o al menos lo había querido antes de que su abuela le hubiese regañado. Era natural que el niño buscase su protección cuando se sentía amenazado, pero, ¿cuánto duraría esa situación si Alex le ofrecía otra alternativa, y quizás unos oídos más comprensivos?

—He pensado que quizás querrías unirte, Sara —dijo Alex. Debía de tener un oído muy fino.

—Ya está tomando el té con nosotros —comentó Elizabeth Reed sin comprender y en un tono de voz que le dejaba claro que no había olvidado su desplante de antes.

—Ya lo sé, y no me refería a eso, sino al comentario de Ben sobre Ragdale. Dado que mañana es sábado, ¿crees que sería apropiado?

—Bueno, la verdad... no estoy segura de que llevar a Sara a tu... casa de soltero sea demasiado discreto —declaró su madre, mirando a su marido—, ¿Qué piensas Rob?

—Lo que piense papá en este asunto no tiene importancia —replicó Alex, y Sara se alegró de ver su frustración. Además, el desacuerdo le dio un instante para preparar su respuesta.

—Creo que tu madre tiene razón —dijo, infligiendo a su voz la cantidad necesaria de renuencia—. Quizás, si vuelvo el año que viene...

— ¿Volver? —Espetó, y por un momento Sara temió que fuese a expresar en voz alta sus objeciones, pero como si de pronto se diera cuenta de dónde estaba sonrió forzadamente—. No debemos preocuparnos por eso. De todas formas, supongo que podremos encontrar otra compañía, ¿verdad, Ben?

Ben, que había estado moviéndose detrás de la silla de su madre mientras hablaban, miró a su tío con cierto resentimiento.

—Me habías dicho que si mamá no quería venir, iríamos nosotros solos —protestó, dejándole claro a Sara que era así como lo prefería—, pero no sé si quiero ver ese caserón viejo.

-¡Ben!

Elizabeth Reed volvió a mirar a su nieto reprobando su comportamiento, y como si el niño no pudiera ya aguantar más, salió corriendo de la habitación.

— ¡Ben! —le llamó Sara, pero cuando hizo ademán de levantarse, fue Robert quien la sujetó por un brazo.

—Déjale ir —le aconsejó con suavidad—. Creo que a Ben- le está costando tanto como a todos nosotros hacerse a la idea de la muerte de su padre, y es natural que de vez en cuando se comporte de forma egoísta.

—De todas formas, Robert...

Su mujer no estaba dispuesta a pasar por alto el comportamiento del niño, y una vez más. Alex salió en su defensa.

—Se siente confuso —dijo—. Se le ha forzado a adaptarse a una forma de vida completamente nueva para él, a un país desconocido, y apenas estaba empezando a acostumbrarse a estar aquí, cuando Sara pretende volver a cortar sus raíces y llevárselo a Londres, un lugar que para él es tan extraño como otro planeta.

Sara contuvo la respiración.

—Este lugar es extraño para él —contraatacó.

—No lo es —insistió Alex, y Sara presintió que, en aquella ocasión, contaba con el apoyo de sus padres—. Esta es... era la casa de su padre. Puede identificarse con las cosas que hay aquí, con la gente que recuerda a su padre cuando era pequeño. Eso significa mucho para un niño, y créeme, sé de qué te hablo. Si alguien se siente extraño aquí eres tú, Sara, así que no finjas que es tu preocupación por Ben lo que te está empujando a marcharte a Londres. No te engañes: él pertenece a este lugar.

— ¡Esa es tu opinión, no la mía! —exclamó Sara temblando, y las miradas de los dos entablaron un duelo.

—Por supuesto. ¡Y creo que deberías pensarlo concienzudamente antes de alejar a tu hijo de las personas que de verdad tienen su bienestar como primer objetivo!

Capítulo 8

SARA estaba de pie junto a la ventana del salón de Alex. Contemplando cómo él y su hijo se perseguían entre las vallas de madera que dividían los jardines de Ragdale. Había nevado durante la noche y el anorak nuevo de Ben llevaba todavía restos de la nieve que se habían estado tirando hacía un rato.

Alex había confiado en que se decidiese a acompañarlos. Se había comportado de manera exquisitamente educada desde que había llamado aquella mañana por teléfono para decirle que iba a llevarse a Ben, y a pesar de que siempre estaba dispuesta a hacer lo que fuera con tal de pasar el menor tiempo posible en la casa que contenía recuerdos tan desagradables para ella, tampoco quería estar a su lado, así que había decidido quedarse dentro.

Desde detrás de las cortinas, había visto a Alex aparecer con un viejo trineo para enseñarle a su hijo las maravillas de deslizarse por una pendiente cubierta de nieve a gran velocidad, y había sentido una punzada de dolor. Debería haber sido Harry y no él quien le enseñase a Ben a jugar en la nieve: no un hombre que se avergonzaba de la concepción del niño.

Aun así, no había duda de que aquella actividad poco habitual le había devuelto un poco de color a sus mejillas. Al igual que ella, estaba sufriendo los efectos de aquel clima más frío, y el bronceado que una vez dieron siempre por garantizado había desaparecido por completo.

El salón era cálido y confortable; había libros en las estanterías y revistas en la mesa baja de centro. Debería haberse sentado junto al fuego en lugar de estar allí mirando desde detrás de las cortinas y quitarse de la cabeza cualquier pensamiento que tuviese que ver con aquel hombre.

Pero, ¿cómo conseguirlo estando en aquella casa con el recuerdo de lo que había ocurrido impreso en su cabeza? Nada más entrar, se había dado cuenta de que lo recordaba todo de aquel lugar, especialmente la ventana de cristales emplomados que había en lo alto de la escalera. Había sido precisamente aquella ventana lo que la había hecho subir, y lo que le había dado a Alex la oportunidad que había estado buscando...

No debía pensar en eso. Si Alex era capaz de invitarla a su casa sin sentir remordimiento alguno, ¿por qué debía ella adularle mostrándole sus sentimientos verdaderos? ¡Una casa no era más que una casa! Las personas que vivían en ella eran las que le conferían su identidad.

Por cierto, había muchas mejoras. El mobiliario anticuado había desaparecido, y en su lugar había muebles elegantes y cuidados sobre preciosas alfombras. Al igual que sus habitaciones en casa de sus padres, las paredes estaban enteladas en seda de colores pálidos, y aunque las cortinas eran de terciopelo, tenían un suave color rubí.

Estaba empezando a oscurecer cuando Sara se apartó de la ventana para acercarse a la chimenea. No podrían seguir mucho rato fuera, y ella debía fingir estarles esperando con toda tranquilidad, sin mostrar el torbellino de sentimientos que estaba experimentando.

La repentina apertura de la puerta unos minutos más tarde la sorprendió. A pesar de que sabía que estaban al llegar, no estaba preparada para la punzada que sintió al ver entrar a Alex. Al igual que Ben, llevaba un anorak grueso, y aunque estaba desabrochado, tenía la capucha puesta. La suave piel que la remataba le enmarcaba la cara.

Sara intentó mirar hacia otro lado y buscó a Ben, pero Alex había entrado solo. El niño debía haberse quedado un poco más en el jardín, y se puso de pie inmediatamente para llamarle.

—Ha ido al baño —le dijo Alex—. Quería ir al aseo, pero le he dicho que vaya al baño a lavarse la cara y las manos. La nieve se está derritiendo y tiene las uñas llenas de barro.

-Ah.

La idea de volver a sentarse y que Alex la mirase desde arriba no le agradaba en absoluto, así que se limitó a acercarse un poco más al fuego.

— ¿Tienes frío?

—Es que ha entrado algo de frío al abrir la puerta —comentó.

—Pero, ¿la casa te parece fría?

—Hace una temperatura mucho más agradable que en Perry Edmunds —admitió—. Había olvidado el frío que puede hacer en Inglaterra. Es increíble que Ben no haya pillado también un catarro. Debe de ser más fuerte que yo.

Alex se metió las manos en los bolsillos.

—Puede que sean sus genes —comentó—. La sangre vikinga que se supone que nos corre por las venas. ¿Sabías que los vikingos tuvieron un asentamiento no lejos de aquí un par de siglos después de que se marcharán los romanos? Supongo que Northumbria les parecería mucho más cálido que a sus predecesores.

—Supongo que sí —contestó Sara, decidida a no entrar en una conversación sobre los genes de Ben—. Vaya por Dios... —comentó, mirando por la ventana—. Me parece que ha empezado a llover.

Alex miró por encima del hombro.

—Cierto —contestó, sin dejarse engañar por su repentino cambio

de tema—. De todas formas, la nieve no iba a durar mucho. Ya se estaba derritiendo.

— ¿Ah, sí? — ¿Cuánto tiempo podía tardar un niño en lavarse la cara y las manos?—. Estoy segura de que Ben se lo ha pasado muy bien. Es la primera vez que ve la nieve.

—Sí. Él me lo ha dicho —Alex hizo una pausa para estudiar la punta de su bota—. Es un niño estupendo. Me gusta. Has hecho un buen trabajo educándolo.

—Gracias —la palabra estuvo a punto de atragantársele, pero no iba a perder la compostura—. La mayor parte del mérito es de su... su padre — ¿por qué tenía que tener dificultades para pronunciar esa palabra—. Harry tenía una paciencia inagotable con Ben.

— ¿Harry? ¿Aún sigues insistiendo en que Harry era el padre de Ben?

—Por supuesto —ojalá Ben volviese pronto para poner fin a aquella conversación—. Yo... querría que dejases de pretender que tienes pruebas que demuestren lo contrario. Si... si yo estoy dispuesta a... a olvidar lo que ocurrió y a permitirte ser el tío de Ben, ¿es que tú no vas a ser capaz de aceptarlo?

—Ni lo sueñes —replicó él, y se acercó tanto, que Sara sintió su respiración en la sien. Podría destrozarte, ¿sabes? —aunque no la estaba tocando, Sara sintió una tremenda urgencia por alejarse de él —. No me obligues a hacerlo, Sara. Lo lamentarías, créeme.

Sara tenía la sensación de que le ardían los pulmones.

—Amenazas —replicó con voz ahogada—. Sólo amenazas. ¿Qué quieres que haga. Alex? Que renuncie a mi hijo por tus intimidaciones. ¡Ni por todo el oro del mundo!

Alex pareció quedarse pensando en sus palabras, y aunque le hubiera gustado retroceder, Sara sabía que su única salvación era hacerle creer que no podía asustarla.

Pero precisamente cuando empezaba a respirar un poco más tranquila. Alex le agarró del cuello con una mano, y aunque su retirada fue inmediata, no pudo escaparse a la presión de sus dedos, pero el dolor físico era la menor de sus preocupaciones.

—Sara —dijo, cuando ella se quedó inmóvil—, ¿qué tengo que hacer para convencerte de que en cualquier confrontación entre nosotros dos, tú serías la perdedora?

Sara no le contestó.

—Dime —siguió él, acariciando con el pulgar la línea rígida de su mandíbula—, ¿es que Harry nunca te preguntó por la concepción de Ben? ¿Nunca se preguntó por qué el niño había nacido ocho meses después de vuestro matrimonio?

Sara siguió en silencio, y como si pensara que necesitaba un nuevo método de persuasión, Alex le rozó los labios con los dedos. Aquello le resultó bastante más difícil de ignorar, y sin darse cuenta entreabrió los labios. Fue su sabor masculino lo que la aterrorizó.

-¡No!

— ¿Que no? —Repitió él con voz ronca—. ¿Que no te toque... o que no te deje al descubierto? Vamos, Sara. Dime que no me estás ocultando lo que sientes de verdad.

—Eres un bastardo...

—Así está mejor —dijo, con una extraña expresión de satisfacción —. Estaba empezando a pensar que ibas a rendirte sin plantar batalla.

—Eso es lo que tú quisieras.

—Tú no tienes ni idea de lo que yo quiero —replicó con repentina amargura—. Pero sigamos con lo que estábamos hablando... ¿vas a decirme que Harry aceptó la paternidad de Ben sin hacerte ni una sola pregunta?

—Pues sí.

— ¿Y eso no te parece raro?

— ¿Por qué iba a parecérmelo? —ojalá la soltase. Aquellos dedos eran como ascuas sobre su piel—. Harry... Harry confiaba en mí.

—Dios... —Alex miró hacia el techo un momento- . Pues los dos sabemos lo poco merecida que era esa confianza, ¿verdad? Admítelo, Sara. Harry no te preguntó nada sobre la concepción de Ben porque no quería escuchar tu respuesta.

-¡No!

—Sí —la mirada salvaje de Alex se estaba debilitando—. Harry no era idiota. ¿Por qué crees que no se cuestionó el hecho de que te quedases embarazada tan pronto?

—Habíamos vivido juntos un año antes de casarnos —declaró, con la esperanza de parecer más convincente de lo que le había parecido a sus propios oídos.

Alex sonrió con cinismo.

—Pero no durante las seis semanas que precedieron a la boda —le recordó—. Harry estuvo en Kuwait hasta dos días antes de la boda.

Sara enrojeció.

—Eso no tiene nada que ver contigo...

—Tiene todo que ver conmigo. ¿Por qué no tuvisteis más niños? ¿Alguna vez te lo has preguntado?

—No pienso escucharte más.

Sara intentó soltarse, y en aquella ocasión, Alex cambio de Táctica , en lugar de retenerla, la soltó. Sara no había estado preparada para eso, así que perdió el equilibrio y fue a parar contra él... contra la

seda negra de su camisa.

El tejido dejaba pasar el calor de su cuerpo, un calor casi increíble para el frío que hacía fuera. Increíble y sensual… nada de lo que había sentido hasta aquel momento era tan sensual y al mismo tiempo tan fuerte, tan masculino.

El pensamiento de que el cuerpo de Harry nunca había sido como aquel fue acallado antes casi de cobrar forma. Harry nunca había sido como Alex, y lo sabía. Ese era precisamente el motivo de que hubiera seguido adelante con el matrimonio. ¿Por qué habría enterrado la cabeza en la arena, cuando su instinto le aconsejaba que confesase lo que había ocurrido?

Aun estaba alejándose de Alex aterrorizada cuando se dio cuenta de que las manos que la habían sujetado automáticamente por los hombros ya no la torturaban, y cuando se atrevió a mirarlo, se encontró con una expresión extraña. Si no lo conociera bien, diría que era casi desesperada.

—Sara… —dijo con voz áspera, y ella se preguntó con incredulidad si no habría vencido, pero antes de poderse felicitar por la victoria, Alex acercó los labios a su cuello.

El horror reemplazó al triunfo. Aunque la cabeza había empezado a darle vueltas al descubrir que Alex no era tan indiferente a ella como pretendía, encontró la fuerza suficiente como para apartarlo y atravesar la habitación hasta el otro extremo aunque las piernas le temblasen como si fueran de gelatina.

Y menos mal que había actuado de aquella manera, porque apenas había llegado a la ventana, el niño entró en la habitación.

— ¡Está lloviendo! —protestó.

—No te preocupes —contestó Sara casi sin voz. ¿Qué estaría pensando Alex en aquel momento?—. Seguro que vuelve a nevar. Tendrás muchas más ocasiones de disfrutar de la nieve.

-¿Ah, sí?

Ben había dirigido la pregunta a su tío, y aprovechando el momento, Sara se atrevió a mirarlo. Fue un alivio comprobar que se había recuperado de la locura que le había asaltado un momento atrás, de tal forma que hasta casi podría creer habérselo imaginado.

Pero no había sido así. Durante cinco, quizás diez segundos, había sentido la inconfundible presión de su miembro contra su vientre. Seguía reteniendo la sensación de ese contacto en el estómago.

Alex se agachó a tomar en brazos a Ben.

— ¿Nos vamos ya? —Le preguntó el niño a su madre, y ella asintió con la cabeza—. Pero volveremos otro día, ¿verdad? —Dijo Ben, con los brazos alrededor del cuello de su tío—. Me gusta más estar aquí

que en casa de la abuela. No hace tanto frío, ni está tan oscuro.

—La casa de la abuela no es fría ni oscura —replicó Sara automáticamente, aunque sabía que no estaba diciendo la verdad, pero no iba a permitir que Ben decidiese dónde debían estar, particularmente cuando la alternativa era tan insoportable para ella.

—Por supuesto que puedes venir otro día —intervino Alex, dejando al niño en el suelo—. Quiero que vengas siempre que quieras —dijo, y con una mirada oscura y enigmática, extendió la invitación a su madre—. Me gustaría que pensases en Ragdale como en tu hogar. Es lo que… lo que tu padre habría querido.

Capítulo 9

EL VIAJE de vuelta a Edmundsfield le pareció más largo que el viaje de salida. Aunque ambas casas estaban sólo a unos cuantos kilómetros de distancia, la carretera era estrecha y llena de curvas, y de no haber sido por el monólogo de Ben durante los quince minutos que tardaron en llegar, sabía que el silencio entre Alex y ella habría sido insoportable. Los dos parecían estar escuchando al niño, aunque Sara sospechaba que, igual que ella, Alex no habría sido capaz de repetir ni una de las palabras del niño.

Para alivio suyo, los Reed tenían visita. Ver un coche extraño aparcado frente a la casa le indujo a pensar que podría escabullirse nada más entrar, y la idea de tener algo de tiempo para estar a solas antes de cenar le pareció de momento más importante que proteger a su hijo de Alex.

—Ven a saludar a James y a Linda —dijo Alex de pronto. Debía haber reconocido el coche.

—Bueno, no creo que...

Linda Erskine debía de tener tan pocas ganas de verla como Sara a ella, pero Alex la sujetaba por el codo y una vez más se vio obligada a rendirse.

Y aunque no podía pensar en James Erskine como en un amigo, le descorazonó ver que sólo su mujer estaba sentada junto a la madre de Alex tomando una taza de té. Robert tampoco estaba, así que ni siquiera iba a contar con su rostro amigo como apoyo.

— ¡Por fin! —Exclamó Elizabeth Reed con impaciencia—. Estaba empezando a preguntarme si os habría pasado algo. Hace más de una hora que os esperaba, Alex. ¿Es que habéis ido a Corbridge a tomar el té?

—No. Ben y yo hemos tenido una batalla de bolas de nieve...

—Y hemos estado jugando con el trineo —añadió Ben.

—Y Sara ha estado viendo la casa. Hay muchos cambios desde la última vez que estuvo allí.

Sara sintió que el color le subía por la garganta, y aunque había estado a punto de quitarse el abrigo, fingió que su intención era subirse el cuello. Debía tener las mejillas sonrosadas, pero eso podía achacárselo al fuego, aunque la expresión de Linda le confirmó que el engaño no había surtido efecto.

—Pues yo eso casi lo calificaría de masoquismo, querida —intervino Linda—. No se me ocurre nada más aburrido que pasearse por una casa que otra mujer ha decorado, especialmente cuando se sabe que no se puede dar opinión.

Sara deseó que su expresión no revelase la sorpresa. ¿Otra mujer? ¿Qué otra mujer? Si Alex se hubiera casado, Harry se lo habría dicho, ¿no?

Pero lo peor de todo fue darse cuenta de que le importaba. A pesar de todo, le molestó que Harry no se lo hubiera mencionado, aunque también tenía que reconocer que, en parte, era lógico. Había percibido su antagonismo con Alex desde el primer momento.

Bueno, la verdad era que no había sido así desde el primer momento. Al principio, cuando Harry les había presentado, Alex le había parecido un hombre muy atractivo. Claro que a cualquier mujer se lo parecería. Tenía una profesión sofisticada y parecía no vanagloriarse de ello.

En aquel momento, sólo hacía unas cuantas semanas que conocía a Harry. Se lo habían presentado en una fiesta que organizó su jefe y después se habían visto en un par de ocasiones más. Ahora se daba cuenta de que Harry no había parecido lo que se dice entusiasmado por la idea de que su hermano hubiese elegido para ir a su apartamento la noche en que precisamente la había invitado a cenar a ella. Pero el calendario de trabajo de Alex no era precisamente predecible, y tampoco podía saber que esa era la noche en la que su hermano pretendía celebrar una cena especial.

Alex se había ofrecido a marcharse, pero Harry no se lo había permitido, así que la cena para dos tuvo que ser para tres, y siendo sincera, tenía que reconocer que se lo había pasado de maravilla. De hecho, Alex y ella habían descubierto que tenían muchas cosas en común, entre ellas su sentido del humor. El recuerdo más fuerte de aquella noche eran risas y tranquilidad.

Se lo había pasado tan bien que después había sentido cierta excitación cada vez que sonaba el teléfono, a pesar de que se decía que no esperaba que la llamase Alex.

Y él no la había llamado. Aparte del hecho de que sólo la mirase como a la novia de Harry, los hombres como él no llegaban a nada con secretarias corrientes como ella, y como prueba de su intuición, Harry le había comentado que una famosa modelo andaba saliendo con su hermano.

Alex se había marchado poco después a otro continente y su relación con Harry llegó poco a poco a ser algo serio. Cuando Alex volvió a Londres tres meses más tarde, Harry y ella estaban ya hablando de vivir juntos, y con la excitación del traslado al lujoso apartamento que Harry había encontrado para ellos, no había tenido tiempo de pensar en nadie más.

—Linda me dio algunos consejos cuando elegí las alfombras y las

cortinas —estaba diciendo Alex, y Sara se dio cuenta de que estaba intentando suavizar las palabras de la otra mujer—, ¿Qué pretendes, Linda? —la increpó con la suficiente suavidad en la voz para que no pudiera sentirse ofendida—. ¿Que Sara crea que he tenido alguna mujer en Ragdale todos estos meses?

—Supongo que a Sara poco le importa lo que hayas estado haciendo en Ragdale, cariño —contestó Linda—. Y no me negarás que Karen Summers ha tenido cierta influencia en ti a la hora de elegir los colores. Con ese pelo pelirrojo y...

—Yo creo que a quién Alex invite a Ragdale es sólo asunto suyo —intervino su madre, y aunque Sara sabía que debía sentirse aliviada por su intervención, no pudo dejar de preguntarse qué haría aquella actriz norteamericana en Northumberland. Un ejemplo más de la atracción que Alex ejercía sobre las mujeres. Sería absurdo pensar que porque no se había casado vivía una vida de celibato.

—Hemos visto un zorro —dijo Ben de pronto; ya le habían ignorado bastante—. El tío Alex dice que es más fácil verlos en invierno. Tenía un pelo precioso.

—Son alimañas —declaró Linda con vehemencia, y cuando Ben se volvió a mirar a su madre, ella instintivamente desvió la mirada hacia Alex.

— ¿Qué es una alimaña? —preguntó el niño mientras su tío le lanzaba otra advertencia a Linda con la mirada.

—Lo que la señora Erskine quiere decir es que no son muy populares entre los granjeros —le contestó—. Suelen colarse en los gallineros, y las pobres gallinas no pueden poner huevos.

—Y matan a los pollitos, Ben. Y a los corderos también, si su madre no puede defenderlos —añadió Linda, mirando a Sara con pura malicia—. Si quieres ser un chico de campo, debes aprender que no todo lo que parece bonito lo es de verdad.

—Cierto —replicó Alex con aspereza, pero la respuesta de Ben fue mucho menos controlada.

— ¿Qué quiere decir? —le preguntó a su madre, con la barbilla temblando—. ¿Que los granjeros disparan a los zorros como esos hombres dispararon a papá?

Sara sintió que el corazón le daba un vuelco.

—Yo... —Sara volvió a mirar a Alex. y después se agachó frente a su hijo—. ¿Quién te ha dicho eso? ¿Quién te ha dicho que... que unos hombres dispararon a papá? Vamos, Ben, dímelo. ¿Por qué no habías hablado de ello antes?

— ¿Es verdad?

Tenía los ojos llenos de lágrimas y Sara deseó tomarlo en brazos,

pero pensar que alguien de aquella casa había asustado deliberadamente al niño con una historia como aquella la puso en alerta. Sólo podían haber sido dos personas: la señora Reed. o Alex.

— ¿Quién te lo ha dicho. Ben?

—Quiero ir al baño —dijo Ben, y Sara estuvo segura de haber oído un suspiro de alivio, pero no pudo averiguar quién lo había soltado.

— ¿Quién te ha contado eso, Ben? —repitió, consciente de que seguramente aquella no era la mejor forma de averiguarlo. No podía creer que alguien hubiera podido ser tan cruel.

— ¡Necesito ir al baño! -exclamó el niño—. De verdad. Mamá. Tengo que...

—No queremos oír lo que tienes que hacer. Ben— intervino rápidamente su abuela—. Por amor de Dios, Sara, déjale ir. No querrás que tenga un accidente aquí, ¿verdad?

—Pero...

—Creo que mi madre tiene razón —dijo Alex—. Corre. Ben. Y no olvides lavarte las manos después.

Ben no necesitó que le animasen más, y salió corriendo de la habitación sin mirar atrás.

Sara volvió a ponerse de pie sintiéndose como si la hubiesen regañado a ella. Pero si a Ben le gustaba seguir las instrucciones de su tío. A ella no. y cuando se volvió hacía él, los ojos le brillaban de ira.

— ¿Cómo te atreves? —exclamó, aliviada al comprobar que su voz no tenía el temblor que sentía por todo el cuerpo—. Cuando quiera tu consejo, te lo pediré, ¡y eso incluye decirle a Ben cómo murió su padre!

Sara no bajó a cenar con su familia política, sino que a través de la señora Fraser les envió el mensaje ele que le dolía la cabeza, lo que por otra parte, era cierto.

Cierto tiempo sola en su habitación le dio la oportunidad de ver los acontecimientos de la noche de otro modo. A pesar de todo, se había precipitado culpando a Alex de ser la persona que le había hablado a Ben de la muerte de su padre, ya que el niño, después de salir del baño, había olvidado convenientemente quién le había dicho tal cosa.

Sara había sentido la tentación de presionarle, pero finalmente decidió dejarlo pasar. No quería volver a asustarle, a pesar de que esa frustración terminara por transformarse en un dolor de cabeza.

Al final decidió irse a dormir en busca de la tranquilidad y el olvido que sólo el sueño podía ofrecerle, pero una vez más, sus esfuerzos resultaron vanos. No podía dormir; ni siquiera conseguía relajarse; no hacía más que darle vueltas una y otra vez a lo que había ocurrido aquel día, y no parecía capaz de evitarlo.

Ni siquiera pensando en que, una vez que hubiera pasado el día de Año Nuevo, podría olvidarse de Ragdale, Perry Edmunds e incluso de Edmundsfield.

El error más grande que había cometido hasta aquel momento había sido ir a casa de Alex. La herida que parecía cicatrizada había vuelto a sangrar. No había destruido aquellos recuerdos, sino que simplemente los había cubierto con una capa de barniz.

Un barniz que el comportamiento de Alex había descascarillado. Había creído poder salir sana y salva hasta el preciso momento en que él la había tocado; sentir sus manos en sus brazos y en su cuerpo había hecho jirones su control. Hasta podía volver a sentir su erección contra su vientre.

«Dios mío...»

Desesperada, se dio la vuelta en la cama. Tenía calor, estaba mareada, y tenía la piel cubierta de un velo de sudor. De haber seguido viviendo en Brasil, habría temido estar sufriendo una fiebre tropical... aunque, en realidad, los sentimientos que Alex había despertado en ella se parecían bastante a una fiebre tropical.

Nunca debería haber permitido que Harry la convenciese de pasar las últimas semanas antes de la boda en Perry Edmunds. Como él tenía que marcharse a Kuwait antes de lo esperado, le había sugerido que utilizase esos días para conocer a sus suegros. Además, le había dicho que se sentiría mucho más feliz sabiéndola allí, y no sola en Londres, y aunque ella le había dicho que llevaba años viviendo sola, Harry le había pedido que lo hiciese por él.

Por supuesto, Harry no sabía que su hermano iba a estar en Perry Edmunds, y claro, ella tampoco. La última postal que habían recibido de él venía de algún lugar imposible de pronunciar cerca de Sarajevo, y de no ser por una pequeña herida causada por un proyectil, la visita de Sara habría transcurrido sin mayores incidentes.

Desde su primera visita a la casa de sus suegros. Sara había sido consciente de que Elizabeth Reed no la creía lo bastante buena para su hijo. Hacía una semana que vivían juntos, y después de pasar un fin de semana esquiando en Escocia, se habían pasado por casa de sus padres de vuelta a Londres.

Y había quedado claro, después de pasar apenas una hora en compañía de la señora Reed, que ella tenía a otra persona en mente para su hijo. Que a Harry le hubiese parecido divertida esa idea no le había hecho sentirse mejor, pero en aquel entonces había sentido cierta inclinación a enterrar la cabeza bajo la arena.

En cualquier caso, había decidido que su segunda visita fuera mejor. La habían invitado formalmente y llevaba ya puesto el anillo de

Harry. Además, seis semanas no era tanto tiempo. Puede que hasta consiguiese por fin sentirse como en su hogar.

La primera impresión de que aquello iba a ser un desastre había llegado al encontrarse con que Alex había ido a recibirla al aeropuerto de Newcastle, pero a pesar de que había sentido cierta alarma al encontrárselo, él la había tratado de una forma tan poco amenazadora, que había terminado por relajarse y casi alegrarse de no tener que enfrentarse a los padres de Harry ella sola.

Y después de unos días, se había alegrado enormemente de su compañía. No estaba acostumbrada a vivir en el campo, y aquella primera semana en Perry Edmunds había sido deprimente. A pesar de que acabase de empezar el verano, el tiempo era un desastre. Cuando no llovía, soplaba un viento helado, y se había pasado la mayor parte del tiempo acurrucada junto al fuego. No sabía montar a caballo ni jugar al golf. No compartía ninguno de los intereses de su familia política, y con Robert trabajando para el ayuntamiento, y Elizabeth prestando su tiempo al Instituto de la Mujer, apenas estaban en casa.

Mirando hacia atrás en el tiempo, tenía que reconocer que quizás no había hecho un gran esfuerzo por encajar. Si hubiese tomado lecciones de equitación, por ejemplo, o se hubiese hecho miembro del club donde jugaba la señora Reed... pero la verdad era que el padre de Harry había estado demasiado atareado como para ocuparse de ella, y Elizabeth Reed había mostrado un claro interés en que no participase en ninguna de sus actividades.

—Estoy segura de que le morirías de aburrimiento —le había dicho Elizabeth una mañana en la que Sara le había sugerido que podía unirse a ellas en el partido de golf que Linda y su madre política iban a disputar—. ¿Por qué no le pides a Alex que te lleve a Newcastle? Allí puedes comprar todo lo que te apetezca y más.

La crítica a su forma de vestir había sido evidente, y por supuesto Sara no había insistido, pero como no quería parecer intimidada y quería borrar aquella sonrisita de suficiencia de la cara de la señora Reed. Comentó:

—Puede que lo haga. Por cierto, ¿dónde anda Alex? No lo he visto en toda la mañana. Puede que no quiera llevarme. Además, está de baja, ¿no?

—Estoy segura de que no le importará hacer una excepción contigo —contestó ella—. Me parece que está en los establos. Mira a ver.

—Gracias.

Cuando Elizabeth salió de la habitación, tan elegante con sus pantalones de cuadros y su jersey de cachemir, Sara se levantó con pocas ganas. La verdad era que la idea de pedirle un favor a Alex no le

seducía demasiado. Al fin y al cabo, ella no era más que la novia de su hermano. ¿Por qué iba a tener que molestarse?

Justo cuando había reunido el valor suficiente para pedírselo e iba a salir, él apareció en la puerta.

— ¿Vas a salir? —le preguntó.

—Más o menos —admitió—. La verdad era que iba a ir a buscarte. Tu madre me ha dicho que estarías en los establos, y yo... yo... bueno, me he preguntado si querrías... compañía.

No se atrevió a pedirle que la llevara a Newcastle.

— ¿Que querías mi compañía? —Preguntó, sorprendido e incrédulo—. Pero si yo no te caigo bien. No hay más que ver la cara que pusiste cuando te fui a buscar al aeropuerto.

—No es cierto.

—Sí que lo es —Alex la miró divertido—. ¿Es que Harry no te dijo que yo iba a estar aquí?

Como Sara estaba segura de que su hermano no tenía la más mínima idea de que él fuese a estar en casa de sus padres, prefirió evitar la pregunta.

—Me parece que ha habido un pequeño malentendido —contestó, hundiendo las manos en los bolsillos de su chaqueta y sonriendo tímidamente—. No sé de dónde te has sacado la idea de que no me caes bien. Eres el hermano de Harry, y la verdad es que espero que podamos ser amigos.

— ¿De verdad? —le preguntó, en un tono bastante enigmático—. Yo también. ¿Qué te parecería firmar nuestra reconciliación mientras comemos? Hay un pequeño pub a las afueras de Hexham donde sirven una carne que no está mal.

—De acuerdo.

La idea de comer con él le apetecía mucho más que pedirle que la llevara a Newcastle. Pensara lo que pensara Elizabeth Reed, no le gustaba ir de compras, y la idea de ver los alrededores le parecía mucho más atractiva.

Además, Alex era un hombre agradable y divertido. Era mucho menos serio que su hermano, y aunque aceptaba las leyes, le encantaba criticar al gobierno y las instituciones. Tenía montones de anécdotas sobre gente de la que Sara sólo había oído hablar en los periódicos y la televisión, y descubrir que todo el mundo tenía sus defectos y que incluso los ídolos de oro tenían los pies de barro era reconfortante.

Aquella fue una de las ocasiones en que más se rió en toda su vida, hasta el momento en que vio el brillo cálido de los ojos de Alex y se quedó en silencio. Había demasiada sensualidad en su mirada, y una

atracción que sin dificultad reconoció como mutua.

—No te calles —dijo él—. Tienes la risa más bonita que he oído nunca.

Pero el momentáneo hechizo se había roto. La realidad había vuelto a ocupar su lugar, y con ella, la seguridad de que su primera impresión sobre Alex había sido la correcta. Era peligroso… y ella estaría loca si lo olvidaba. Harry era quien le importaba, a Harry era a quien quería.

Se las arregló, aunque sin saber cómo, para pasar el resto del día sin cometer ningún otro error, circunstancia que la convenció de que no había razón para no aceptar otra invitación de Alex cuando se la hiciese.

Al fin y al cabo, nadie esperaría de ella que se pasase las semanas que quedaban contemplando las musarañas, y se debía a sí misma y a Harry la prueba de que podía mantener una relación con Alex sin enamorarse de él. Siempre que recordara que no debía tomarle en serio, no pasaría nada. Y con el anillo de Harry en el dedo, tendría un talismán salvaguardándola de cualquier hechizo masculino.

Durante los días que siguieron, Alex dedicó gran parte de su tiempo a enseñarle los alrededores; incluso la llevó hasta la frontera con Escocia y a Lindisfarne, la isla sagrada, separada por un curso de agua que se inundaba cuando subía la marea.

El tiempo mejoró también, y pudieron disfrutar de unos días de sol y temperaturas agradables, algo casi increíble cuando unos días atrás habían estado tan sólo a algunos grados sobre cero.

La verdad era que esperaba que aquellas excursiones no durasen demasiado. Todas las mañanas se despertaba imaginándose que aquel iba a ser el día en que Alex le dijera que se marchaba, pero eso no ocurrió. Y cuando se le ocurrió preguntarle por sus planes futuros, él admitió que debería haber vuelto a Londres varios días antes, pero por razones que ella prefirió no indagar, le había dicho a sus jefes que sus heridas estaban tardando más tiempo del previsto en curar y que el médico le había recomendado unas cuantas semanas más de descanso.

Sara sabía que no era verdad, al menos lo de las heridas. Había visto las cicatrices que le seccionaban el muslo durante la primera semana de su visita. Afortunadamente él no la había visto a ella al salir del baño de su madre con lo que debía de ser un tubo de antiséptico. No llevaba puesto más que unos calzoncillos. Ella se había escondido rápidamente en su habitación, a donde había ido a recoger el libro que estaba leyendo, pero no antes de haber visto la cicatriz que marcaba su muslo… y el perfil abultado de su sexo.

Unas tres semanas antes de que Sara debiera volver a Londres.

Alex le preguntó si le gustaría ir a una fiesta. Era en casa de los Adams en honor del veinticinco cumpleaños de Linda.

Sara no supo qué decir. Los escasos contactos que había tenido con la otra chica no eran como para considerarla una amiga, y la idea de ir a su casa y de exponerse abiertamente a la clase de críticas que sólo Elizabeth y Linda sabían hacer no le resultaba muy atractiva. Era consciente de que Linda la consideraba una rival, lo cual era absurdo, y aparecer como «la chica de Alex» sólo serviría para empeorar las cosas.

Pero cuando, en un momento de debilidad, le confesó sus temores a Alex, él le aseguró que era sólo su imaginación. Independientemente de lo que le hubieran dicho. Linda y él no eran más que amigos. Hacía tiempo que se conocían, cierto, pero jamás había habido nada entre ellos, y si alguien prefería pensar lo contrario, era su problema.

Además, si la gente había especulado sobre una posible relación entre ellos, habrían tenido ya oportunidad de hacerlo durante las dos semanas en las que la había acompañado por toda la zona, así que, si pensaban cometer una terrible indiscreción, no era lógico que esperasen a una ocasión pública para hacerlo.

Sara no tuvo más remedio que admitir que era verdad. Ninguna mujer en su sano juicio acudiría a una fiesta con el hombre con quien supuestamente estaba teniendo un romance clandestino. Rechazar la invitación levantaría más sospechas y, al fin y al cabo, en menos de treinta días, iba a contraer matrimonio...

Capítulo 10

ERA INÚTIL esperar el sueño, así que Sara se levantó de la cama y caminó descalza hasta la ventana. El aire frío de la noche atravesaba sin dificultad el tejido suave de su camisón, pero por primera vez, no lo notó. Tenía aún la piel enfebrecida, pero no podía evitarlo. Los recuerdos que había estado acallando durante cinco años la asaltaban una y otra vez, en una sucesión sin fin...

El día anterior al cumpleaños de Linda, Alex llevó a Sara a ver una casa que estaba en venta en Ragdale. No vivía nadie en ella, ya que sus propietarios, una pareja de edad, se habían marchado a climas más templados; aun así, estaba completamente amueblada en un estilo que debió ser popular en los años veinte.

Era la casa más grande de aquel pueblo, formado tan sólo por un puñado de granjas, y necesitaba muchas reparaciones. Los jardines eran una jungla de arbustos y maleza, pero el potencial estaba allí, y Sara comprendió inmediatamente por qué había despertado su interés: las vistas de aquellas tierras mecidas por el viento eran muy hermosas.

— ¿Qué te parece? —le había preguntado Alex después de haber visto el salón y el comedor, así como la vieja cocina. Las ventanas estaban sucias, por supuesto, y el polvo lo cubría todo, pero no parecía haber humedad en las paredes ni en ninguna otra parte.

—Creo que tendrías que gastarte una pequeña fortuna en repararla —le dijo al fin. pasando un dedo por el desportillado fregadero—, pero como casa me gusta. Las habitaciones son luminosas y espaciosas, y tienes mucho sitio fuera. Y aunque yo no sé mucho de estas cosas, parece... no sé... sólida.

—Y lo es —contestó él. Mirando a su alrededor con orgullo de propietario—. He hecho que mi padre la revisara; dice que necesitará aislantes y calefacción central, por supuesto, pero aparte de eso, no hay nada que afecte a la estructura.

— ¿La has comprado? —le preguntó, incrédula.

—Todavía no. pero estoy pensándolo. No suelen venderse casas como ésta en esta zona, y me apetece la idea de tener casa propia.

—Pero si ya tienes el apartamento.

—En Londres, sí, pero tener un apartamento no es lo mismo que tener una casa. Por ejemplo... —pareció dudar—...no puedes formar una familia viviendo en un apartamento. Los niños necesitan un jardín, ¿no crees?

-Yo...

Sara no supo qué decir. Por alguna extraña razón, nunca se había imaginado a Alex casándose y teniendo niños. Le parecía una persona

tan independiente, tan difícil de encadenar que imaginársele como marido le resultaba difícil.

Y como no supo cómo contestar, salió del atolladero caminando hasta el recibidor. La ventana de cristales emplomados que iluminaba la curva de la escalera le ofreció la excusa perfecta para cambiar de tema. Hizo un comentario sobre la viveza de sus colores y él le sugirió que subiera a contemplarla más de cerca.

No era exactamente lo que ella pretendía, pero cualquier cosa era mejor que hablar de sus planes para el futuro, y después de haber admirado los cristales de colores dispuestos en una especie de abanico, lo más natural fue seguirle al piso de arriba.

Había cinco dormitorios y un trastero, que Alex dijo que pensaba convertir en un cuarto de baño si compraba la casa. El baño principal, al igual que la cocina en el piso de abajo, parecía haber sido instalado al mismo tiempo que se construyó la casa, con la taza ocupando un lugar preferencial sobre una plataforma.

—Supongo que por eso se le llama el trono —comentó Alex en clave de humor, y a pesar de su nerviosismo, Sara tuvo que echarse a reír.

—Seguro que cuando se construyó esta casa, fue toda una novedad. En aquellos años, la gente se bañaba en bañeras portátiles delante del fuego, y utilizaban pequeños cobertizos en el jardín para sus necesidades.

— ¿Tú lo has hecho? —preguntó él con malicia.

—Que no soy tan vieja —replicó Sara, blandiendo un puño—. No hablaba por experiencia propia, sino porque hay quien ha leído cosas de estas en el colegio.

— ¡En el colegio! —Exclamó, fingiendo admiración—. ¡Pero si la señorita es de buena educación! ¿Por qué no habré caído antes en la cuenta?

—Pues quizás porque tú no la tienes —sugirió sonriendo, e inmediatamente asustada por el brillo de sus ojos, se retiró hasta el descansillo—. Mm… —tenía que encontrar algún comentario inocuo que hacer, pero como no se le ocurrió nada, abrió una puerta que hasta aquel momento les había pasado inadvertida—. ¿Qué hay aquí?

—El cuarto de la costura, creo.

Alex estaba justo a su espalda, con el brazo estirado para abrir más la puerta, tan cerca que ella sentía su respiración en el cuello. El calor de su cuerpo parecía rodearla, y su aroma personal tan masculino asaltó sus sentidos. Jamás se había sentido así con otro hombre, y su primer impulso fue rendirse a sus necesidades y recostarse contra él, pero por supuesto, no lo hizo, y clavó la mirada en la habitación

bañada de luz. Las motas de polvo habían quedado suspendidas en el aire al abrir la puerta, pero las imágenes que Sara estaba viendo estaban todas en su imaginación.

Su rostro de piel oscura se le aparecía en cada rincón de la habitación, aquel rostro de mirada perturbadora y de boca sensual que despertaba unas necesidades inconfesables dentro de ella. Estaba sintiendo su fuerza igual que aquella mañana al verlo salir del cuarto de baño de su madre, incluso su mano apoyada en la puerta la invitaba a sentir sus dedos largos y delgados sobre la piel.

Cuando Alex le habló en voz baja, Sara dio un respingo.

—El pasado también tenía sus ventajas, ¿sabes? Me gusta la idea de bañarme delante del fuego. En aquellos días, esta debió de ser la habitación de la criada. ¿Tú crees que estaría dispuesta a frotarle la espalda a su amo?

Sara tragó saliva intentando recuperar la compostura.

— ¿En... en el baño? —balbució—. Yo creo que... que la señora habría tenido... sus objeciones.

—Si no se enteraba, no podía decir nada —replicó él—. Creo que hay algo muy excitante en hacer algo prohibido. La fruta más dulce siempre está fuera de nuestro alcance.

-¿Ah, sí?

—Eso pensaba Eva...

Tenía que cambiar el tono de aquella conversación. No iba a poder soportar aquel juego del gato y el ratón ni un minuto más.-

— ¡Y mira lo que le pasó a la pobre! —Exclamó, dándose la vuelta —. Y el pobre Adán tuvo que compartir su suerte.

—Puede que no le importara —contestó pensativo, pero no hizo movimiento alguno para apartarse. Fue entonces cuando Sara se dio cuenta de que había cometido un error mayúsculo, porque dándose la vuelta sólo había conseguido mostrarle abiertamente su ansiedad.

— ¿Y eso importa! —Le preguntó, con la vista fija en el vello que le asomaba por el cuello de la camisa—.

¿No deberíamos marcharnos ya? —Sugirió, mirando el reloj—. Son casi las doce y media. Vamos a llegar tarde a comer.

El humor de Alex desapareció.

— ¿Tienes hambre? —le preguntó, mirándola intensamente—. No estoy siendo un buen anfitrión, ¿verdad?

¿Y cómo se suponía que debía contestar a eso?

Sara se obligó a mirarlo a la cara.

—Como la casa todavía no es tuya, aún no eres el anfitrión —dijo, intentando calmarse—. Pero... gracias por enseñármela. Si... si decides comprarla, espero que seas muy feliz...

— ¿De verdad?

Antes de que Sara se diera cuenta, él deslizaba las manos por sus brazos.

— ¿Lo deseas de verdad? ¿No te importa con quién pueda vivir aquí?

Sara se quedó sin respiración.

—Yo... ¿por qué iba a importarme? —murmuró, deseando ser capaz de sonreír desenfadadamente—. Mm... Estoy segura de que... sea quien sea la persona con la que... con la que decidas casarte. Harry y yo estaremos...

—No estamos hablando de Harry —volvió a interrumpirla, con las manos en el escote de su camisa—, ¿Te han dicho alguna vez que tienes una piel preciosa?

«Por lo menos sensible, sí es», pensó Sara con la boca seca. Sabía que debía quitarle las manos, pero algo la empujó a saber hasta dónde era capaz de llegar.

Y entonces él la besó.

No había esperado que lo hiciera... o al menos eso fue lo que se dijo a sí misma al sentir sus labios. Ese fue el motivo de que se quedara boquiabierta y que él pudiera acceder a su boca. No fue un beso violento. No necesitó coaccionarla, ni forzarla, ni utilizar su indudable experiencia para conseguir que hiciera lo que él quería, sino que se limitó a tomar posesión de ella sin que Sara pudiese hacer nada por evitarlo.

En un principio intentó no responder, no rendirse y darle la satisfacción de saber lo indefensa que se sentía ante él, pero sus manos la vencieron. Sentir sus pulgares acariciándole el cuello, recorriendo la delgada columna de su cuello, era algo tan sensual...

«Dios mío...»

Sara levantó las manos para apartarlo, pero se negaron a hacer lo que ella les ordenaba, porque con cada fibra de su ser deseaba abrazarse a él, y las fuerzas para resistirse la estaban abandonando rápidamente.

Y entonces, cuando todo parecía ya perdido, Alex pareció recuperar el sentido, y mientras ella se tambaleaba casi mareada, él se apoyó contra la puerta.

—Lo siento —dijo con voz áspera y pasándose la mano por el pelo —. Demonios... no sé qué decir. Soy un imbécil, y si no puedes perdonarme, lo comprenderé.

Sara tuvo la sensación de que alguien acababa de darle una patada en el estómago.

—Yo... olvídalo —murmuró—. No ha tenido importancia —añadió,

encogiéndose de hombros—. Supongo que… que hemos perdido la cabeza.

En cuanto vio que los ojos de Alex se entornaban ante su aparente indiferencia, se convenció de que aquella era la forma adecuada de enfocar la situación, pero, a pesar de todo, necesitaba poner distancia entre ellos inmediatamente.

No tenía muchas opciones estando él bloqueando la única salida, así que mientras fingía un repentino interés en lo que les rodeaba, intentó volver a recuperar el ritmo normal de la respiración.

Había un viejo diván bajo la ventana redonda, y apoyando la rodilla sobre él. Fingió estudiar la vista, aunque en realidad, de lo único de lo que era consciente era de una especie de euforia y del sabor de la boca de Alex…

— ¿Seguro que estás bien?

¡Pero si estaba pegado a su espalda! Había apoyado una mano en su hombro y la urgía a darse la vuelta, pero, ¿cómo iba a poder mirarlo cuando aún no podía controlar sus sentidos? ¿Cómo podía permitirle mirarla cuando tenía miedo de lo que pudiera descubrir en sus ojos? ¿Cómo no perder en control cuando la sangre era como fuego líquido que le corría por las venas?

—Estoy bien —le dijo apresuradamente, esperando que se marchara. Si pasaba unos minutos sola, recuperaría la cordura. Le dio la vuelta al anillo de Harry y apretó, pero el dolor no sirvió de nada.

—Sara…

Dios del cielo, pero si hasta su nombre pronunciado por él sonaba suave y sensual. ¿Cómo sonaría pronunciado junto a su piel?

Entonces cometió el error de volver a mirarlo, y la rodilla que tenía apoyada en el diván cedió. Con un pequeño crujido, quedó sentada, y Al ex se sentó a su lado.

Sara bajó la cabeza para examinar una mota de polvo de sus pantalones, dejando al descubierto inconscientemente la curva de su cuello. Su pelo, una melena corta de color bronce, le cubrió ligeramente la cara, y la primera pista que tuvo de las intenciones de Alex fue sentir su dedo índice deslizarse desde el nacimiento del pelo hasta el cuello de la camisa.

—Sara… ¿tienes idea de lo que me estás haciendo?

La reacción de ella fue defensiva.

— ¿Yo? —murmuró, mirándolo indignada—. No sé… a qué te…

Pero enmudeció al ver el deseo descarado de su rostro, y cuando él rodeó su cuello con las manos y tiró suavemente de ella, Sara no se resistió.

—Es una locura —murmuró él, pero eso no evitó que poseyera su

boca con fiereza o que deslizara sus manos hasta alcanzar su cintura —. Una locura de verano —añadió junto a sus labios—. Ábreme tu boca, Sara.

Los sentidos de Sara de vieron desbordados. Había algo tan arrollador en aquella posesión urgente, que su intención de resistirse se ahogó bajo una ola de pura sensación. Nadie, desde luego Harry tampoco, había despertado en ella una necesidad como aquella. Nadie le había dicho cosas así; nadie le había hecho sentir que su cuerpo fuese un templo y que él, un peregrino implorante.

Pero no fue suficiente que estuviera ya medio desnuda. Quería sentir su cuerpo contra el suyo, y sin dejar de besarlo, intentó quitarle la camisa. Pero los ojales eran demasiado pequeños para sus dedos temblorosos, y al final, impaciente, Alex se separó de ella.

No había comprendido sus intenciones, y Sara recordó haber ido tras él.

—No te vayas —había musitado, besándole el cuello.

—No pienso hacerlo —había contestado él con voz áspera antes de quitarse la camisa mientras ella le tentaba con la lengua, aprendiéndose los contornos de su boca. Después, él la había tumbado sobre el diván y había cubierto su cuerpo.

Entonces había sentido su erección, y no había podido resistirse a la tentación de tocarlo por encima del pantalón. Incluso a través de la tela sintió sus pulsaciones, pero cuando buscó la cremallera, él se apartó.

—No… —Dijo, y después, viendo su expresión dolida, añadió—: que soy humano, mujer. ¿Qué demonios pretendes hacer conmigo?

Sara se estremeció.

—Yo creía que…

—Ya sé lo que creías —le interrumpió, lamiendo su cuerpo hasta llegar al ombligo—. Creías que iba a gustarme, ¿Mm.? Pues me gusta añadió—. Más… mucho más de lo que a ti te gusta esto.

Sara no podía creer que aquello fuera posible. Alex le desabrochó el botón de lo pantalones y apoyó la mejilla en el espacio que quedó al descubierto, y después, como si hubiera comprendido su necesidad, tiró de las trabillas del pantalón hasta bajárselo.

Aún quedaban las braguitas de encaje, pero Alex no parecía tener prisa en deshacerse de ellas, sino más bien al contrario. Parecía estar obteniendo un extraño placer de ver su confusión, y cuando se inclinó para acariciar con la lengua un mechón color bronce de su pubis. Sara temió estallar. Entre sus muslos latía mi pulso salvaje, dispuesto y ansioso por recibirlo.

Con un dedo, apartó por un lado el encaje y acarició los rizos

húmedos que temblaron bajo su mano, y entre ellos, encontró su clítoris inflamado.

— ¿Te gusta? —le preguntó con voz ronca mientras ella se arqueaba al compás de sus caricias, y sólo cuando Sara asintió con la cabeza, permitió que su lengua ocupase el lugar de la mano.

Casi inmediatamente, ella sintió que iba a perder el control. El placer la bañaba en olas flameantes y latientes.

—Por favor... Alex... —le rogó, casi sin saber lo que decía, y él gimió satisfecho cuando ella le inundó con su líquido dulce como la miel.

Seguía lamentándose por su pérdida del control cuando Alex se colocó sobre ella. En un abrir y cerrar de ojos, se había deshecho de su ropa, y abriendo aún más las piernas de Sara, se colocó entre ellas. Estaba segura de haberlo echado todo a perder, pero aun así sintió una nueva excitación nacer en la boca del estómago.

—Yo... no sé si... —balbució, y él se apoyó sobre los codos para mirarla.

— ¿Qué? —Le preguntó mientras la acariciaba aquí y allá, dónde precisamente parecían estar todas las terminaciones nerviosas de su cuerpo—. ¿Qué es lo que no sabes?

—Yo ya... bueno, es que...

—Lo sé —la interrumpió, sonriendo--. ¿Y qué?

—Pues que yo... nunca he...

— ¿Que nunca has tenido más de un orgasmo?

Sara sintió que la cara le ardía.

—Bueno... no.

—Pues esta vez, lo harás —le aseguró él—. Te lo prometo.

Y así fue, y tantas veces que para cuando Alex cayó sobre ella, fue incapaz de hacer nada más que cerrar los ojos y rendirse al agotamiento...

Sara se estremeció. ¿Por qué tenía que estar recordando aquel episodio? No quería pensar en Alex de aquella manera. Es más quería olvidar cada detalle de aquel sórdido encuentro.

Pero en aquel momento, no le había parecido sórdido, y aunque hubiese intentado convencerse de que no había sido más que sexo, en el fondo de su corazón tenía la certeza de que había habido algo más.

Desde el preciso instante en que Alex había empezado a hacerle el amor, había sabido que no volvería a sentir nunca lo mismo. No había querido comparar su forma de hacer el amor con la de Harry, pero no cabía duda de que sus cuerpos habían encajado como dos mitades del mismo todo.

Recordaba perfectamente cómo él se había separado ligeramente

de ella para contemplarla con toda la indulgencia de un amo medieval, mientras su cuerpo jugaba con el de ella. Incorporado, con la cabeza echada hacia atrás y la frente y el cuerpo perlado de sudor por el control que estaba intentando mantener mientras la llevaba a ella hasta el éxtasis, había mostrado una paciencia que jamás habría imaginado que tuviese.

Ella también lo había acariciado. Lo había tocado y acariciado, y hasta recordaba la contracción de sus músculos al encontrar el lugar donde se unían…

Todo aquello los había conducido a una posesión urgente y salvaje, pero para entonces, el tiempo ya había dejado de importar. Había llegado al clímax tantas veces, cada orgasmo mayor que el anterior, que cuando al final él se había aferrado a sus nalgas para empujarla por el último precipicio, ella había gritado de placer mientras él se rendía dentro de ella…

Capítulo 11

AL DESPERTAR. Sara se había encontrado sola en aquel pequeño cuarto de costura. En un principio, no había sabido dónde estaba, y se había quedado mirando al techo gris, intentando darle algún sentido a aquel lugar, pero al final había sido una ráfaga de viento frío lo que la había ayudado a recuperar el sentido.

Se había incorporado de golpe, y todo su cuerpo se había quejado. El sol estaba ya bastante bajo, y había sombras en el campo que antes no habían estado allí. Se vistió apresuradamente, como si cubriendo su cuerpo desnudo pudiese cubrir la terrible culpabilidad que sentía. Pero lo que sí que no había conseguido ocultar era el pánico que se escondía en su interior.

No había terminado de abrocharse la camisa cuando Alex apareció en la puerta.

No sabía exactamente qué esperaba encontrar en él... ¿vergüenza, ira, incertidumbre? Quizás una amalgama de las tres cosas. Su expresión era dulce, y se preguntó si estaría sintiendo lástima por ella.

—Hola —dijo él, confirmando su impresión—. Estaba empezando a preguntarme... ¿estás bien?

Sara no se lo pensó antes de contestar.

—Por supuesto —espetó—. ¿Por qué no iba a estarlo? —mejor sería no escuchar su respuesta, así que siguió hablando—. Es tarde.

—Más de las tres —contestó él, y apoyó el hombro contra el marco de la puerta—. ¿Tienes hambre? Podríamos tomarnos un sándwich en Corbridge.

—No quiero nada —replicó—. Sólo quiero irme a casa.

Bueno... a casa de tus padres —corrigió—. No sé qué van a pensar de que hayamos estado fuera tanto tiempo.

Alex apretó los labios.

— ¿Es que eso importa?

— ¿Que si importa? —Sara estaba indignada, tanto por sus propios sentimientos de vergüenza e indefensión, como por la forma en que se estaba comportando él—. Por supuesto que importa —espetó—. Tengo que explicar mi ausencia. Yo no soy un espíritu libre como tú.

Sara se cerró en aquel momento a la idea de que ella hubiese tenido algo que ver. Él había sido quien les había empujado a todo aquello.

Él se incorporó y Sara tuvo que apartar los ojos de los músculos que se flexionaron bajo los vaqueros, pero también fue consciente de su desagrado.

— ¿Eso significa que no piensas decirle a Harry lo que ha ocurrido? —le preguntó, y Sara encontró la fuerza para mirarlo a los ojos al contestar.

— ¿Decírselo a Harry? —exclamó—. ¿Estás de broma? ¿Por qué iba a decirle a mi prometido que su hermano ha seducido a la mujer con la que va a casarse?

— ¡Estás loca! —le gritó con ira inconfundible en la voz.

— ¿Ah, sí? Eres tú el que está loco si crees que voy a echar a perder mi vida por alguien como tú.

— ¿Alguien como yo? —repitió Alex en tono amenazador, pero Sara estaba demasiado herida como para detenerse.

—Sí. Harry ya me había dicho cómo eras —aquello no era exactamente cierto, pero dio en el blanco—. Ya me había dicho que eras un vanidoso, y que te encantaba seguir siendo libre.

No habría sabido decir si la creía o no, pero intentó convencerse de que no le importaba. Era suficiente con saber que por una vez en la vida, Alex no se había salido con la suya.

Le dijo un montón de cosas más, y a la mayoría de ellas él no respondió. Sara creyó que era por la sorpresa, pero él la dejó seguir hablando, seguir expulsando toda su culpabilidad hasta que por fin se quedó en silencio.

— ¿Nos vamos?

Fue una pregunta en tono casi impersonal y Sara, que estaba mirando el diván, cerró los ojos.

—Claro —dijo, dándose la vuelta y acerándose a él—. Les diremos a tus padres que hemos comido en Corbridge... tal y como dijiste antes.

Sara no fue a la fiesta de cumpleaños. Tampoco supo si Alex se hubiera querido llevarla pero no le dio la oportunidad de rechazarla, y la excusa oficial para no asistir fue un tremendo dolor de cabeza.

En contadas ocasiones volvió a ver a Alex Su madre le dijo que había tenido que ir a Londres en viaje de negocios, pero Sara sabía que la estaba evitando -¿Y por que no? Debía sentirse tan mal como ella por lo que había ocurrido. O si no tan mal al menos tan culpable. Había traicionado a su hermano, y eso debía significar algo incluso para él.

Si sus padres se dieron cuenta de la repentina frialdad que de pronto creció entre ellos, no dijeron nada. Eran demasiado educados, claro. Seguramente ni siquiera les había parecido bien su relación.

Sara volvió a Londres unas tres semanas después de su visita a Ragdale, y para entonces ya tenía la sospecha de que algo no andaba bien. Debería haber tenido el periodo diez días antes, y aunque

intentaba convencerse a sí misma de que el retraso se debía a la excitación de volver a ver a Harry, no conseguía deshacerse de la aprensión.

Pero entre los preparativos de la boda, que no iba a ser más que una sencilla ceremonia en el juzgado, con sólo los amigos y la familia más cercana, y terminar con el traslado, consiguió quitarse la idea de la cabeza. Todo resultó bastante más fácil al saber que Alex no iba a asistir. Que tenía muchos dolores en la pierna fue la explicación que su madre le dio con toda frialdad. No había descansado lo bastante y ahora estaba pagando las consecuencias.

Sara no se lo creyó, por supuesto, pero afortunadamente Harry sí, y la boda transcurrió sin problemas. Fue maravilloso volver a ver a Harry y disfrutar de su amor sin exigencias. Él era el hombre al que quería de verdad, y el interludio con Alex no había sido más que una locura de verano, como él mismo había dicho.

Pero visto bajo la perspectiva de los años, resultaba distinto. Por supuesto que había querido a Harry, sin duda, pero después de lo que había ocurrido aquella tarde en Ragdale, no podía desechar sus sentimientos por Alex.

La verdad era que desde aquella noche en el apartamento de Harry, cuando había asumido, erróneamente, que Alex se sentía atraído por ella, había estado predispuesta a creer lo peor de él. Las historias que Harry le había contado pintaban a su hermano bajo una luz dudosa, y ella había tomado su evidente popularidad como razón para despreciarle.

Jamás habría imaginado que podía estar celosa; que su tendencia a exagerar sus defectos podía tener alguna connotación personal. El hecho de que Harry pareciese disfrutar de sus críticas hacia Alex no era más que otro ejemplo de su propia estupidez, y quizás, de algo de celos fraternales también.

Sara suspiró. Acusar a Alex de hablarle a Ben del asesinato de su padre no era más que otro ejemplo. Se encontraba en tal estado al volver de Ragdale que había necesitado una cabeza de turco, y él había estado a mano. Además, necesitaba convencerse de que Alex era tan despreciable como ella misma se lo había imaginado, porque si llegaba a albergar alguna duda, su vida entera podría resultar una farsa...

La Navidad llego y pasó sin ningún incidente de importancia.

Para alivio de Sara, Ben no volvió a decir nada sobre cómo había muerto su padre, aunque lloró en la mañana del día de Navidad al descubrir la bicicleta que había pedido entre los regalos. Se acordaba de que su padre le había prometido enseñarle a montar, y Sara tuvo

que convencerle de que ella podía hacerlo también.

Fueron a la iglesia el día de Navidad por la mañana, y cuando volvieron a casa, Alex estaba allí. Sara no había vuelto a verlo desde aquella tarde en Ragdale, así que le saludó con frialdad, pero él pareció no darse cuenta.

Ben decidió inmediatamente que su tío estaba mejor cualificado que su madre para enseñarle a montar en bicicleta, y Sara accedió a sus deseos cuando el niño se lo pidió. Además, Alex dijo que tenía un regalo especial que quería enseñarle, así que los dos se marcharon muy contentos.

Para ella no fue una sorpresa ver entrar de nuevo al niño en la habitación quince minutos más tarde. Por primera vez, ni siquiera su abuela le reprendió por entrar como una exhalación. Tenía algo que enseñarles, y les rogó a su madre y a sus abuelos que lo acompañasen hasta los establos. El regalo del tío Alex era aún más excitante que la bicicleta.

Era un poni, claro. Incluso antes de ver aquel precioso ejemplar peludo y de ojos dulces, Sara supo de qué se trataba. A pesar de todo lo que le había dicho, Alex se lo había comprado, y la mirada que le lanzó a su cuñado prometía un enfrentamiento. no en el día de Navidad, pero antes de que Ben y ella salieran para Londres.

La oportunidad se presentó unos cuantos días después de Año Nuevo.

Alex había pasado las fiestas de Nochevieja y Año Nuevo con los Erskine. Según explicó Elizabeth, era una tradición que James Erskine diese una fiesta la noche de Nochevieja, y en circunstancias normales, Robert se habría unido también. Pero después de lo ocurrido, rechazaron la invitación, y aunque Alex también había tenido sus dudas, Linda se habría desilusionado mucho si ningún miembro de la familia hubiese asistido.

«Seguro que no le habría dado igual un miembro de la familia que otro», había pensado Sara. Saber que su cuñado iba a pasar la noche con aquella mujer le había producido cierto resentimiento. A pesar de que James Erskine era un hombre que le parecía muy agradable, no podía olvidar que era bastante mayor que Linda, y la forma en que ella trataba a Alex era la de alguien que es mucho más que un amigo.

Por supuesto no era asunto suyo cómo Alex o Linda pasaran su tiempo, pero seguro que Linda debía haber llegado a la conclusión de que más valía tarde que nunca, ahora que Alex era mucho más estable.

Por lo tanto no estaba de buen humor cuando Alex entró en el salón una mañana y la encontró confeccionando una lista de las cosas

que necesitaría llevarse a Londres. Había decidido, si es que los Reed estaban de acuerdo, dejar la mayor parte de sus pertenencias en Perry Edmunds, ya que, hasta que encontraran un sitio, iban a vivir en un hotel.

La llegada de su cuñado precisamente en aquel momento no fue agradable. Habría preferido elegir ella el momento de ese encuentro, y estaba pensando en marcharse de la habitación cuando él le cerró el paso.

— ¿Podemos hablar? —le preguntó. Tenía las mejillas arreboladas y el pelo alborotado de haber estado trabajando en los establos.

—La verdad es que estoy bastante ocupada —le contestó, levantándose apresuradamente del sofá. De haber sabido que iba a verlo, habría tenido un poco más de cuidado al elegir su atuendo. Aquellas mallas de licra eran demasiado ajustadas.

—Seguro que puedes dedicarme unos minutos —replicó él, cerrando la puerta—. Llevas semanas evitándome. ¿Es que pensabas que no me iba a dar cuenta?

Sara se aseguró de que el jersey de cuello barco que llevaba le cubriese el trasero antes de cruzarse de brazos.

—No sé qué quieres decir. El hecho de que Ben piense que eres tú el que hace salir al sol todos los días... porque él piense que eres maravilloso, yo no tengo que opinar lo mismo. Me temo que no soy tan impresionable como él.

Alex suspiró.

—Ya estamos otra vez.

— ¿Cómo que ya estamos otra vez?

—Sabes perfectamente bien a qué me refiero. ¿De verdad crees que si lo ignoras, desaparecerá?

-¿El qué?

— ¡A ti, a mí y a Ben! —espetó, fulminándola con la mirada—. Sara, Ben es mi hijo, y tanto si te gusta como si no, tendrás que acostumbrarte a la idea. Podemos hacerlo de mutuo acuerdo o no... Eso depende de ti.

— ¿Y tú te crees de verdad que puedes salirte con la tuya así , sin más'? Lo que acabas de decir no es más que papel mojado y tú lo sabes. No tienes ninguna prueba, pero por alguna razón has decidido castigarme. Supongo que por lo que ocurrió —hizo una pausa—. ¿Es que he echado a perder tu reputación de irresistible?

— ¡No seas tan estúpida, Sara!

Alex dio unos pasos hacia ella, y aunque Sara no se movió, era consciente de la amenaza que representaba, y no sólo física.

— ¿Qué sería para ti prueba suficiente? —le preguntó al final,

como si hubiera conseguido contener el deseo de estrangularla. Había perdido peso, sí, pero aquellos condenados vaqueros negros seguían sentándole muy bien.

—Yo... no tienes ninguna prueba —balbució—. ¿Quieres hacer el favor de quitarte de en medio? Tengo muchas cosas que... hacer.

Había estado a punto de decir «embalar», pero se arrepintió. No tenía por qué saber qué se marchaba hasta que hubiese concluido los preparativos.

—Harry no podía tener hijos. Tuvo paperas cuando era adolescente y quedó estéril.

Sara se quedó sin respiración.

—Mientes.

Pregúntaselo a mi madre.

—Pero... pero... —Sara estaba desesperada—. Muchos hombres tienen paperas, y eso no quiere decir que todos queden...

—Harry sabía que no podía tener niños —explicó Alex—. Se hizo las pruebas cuando su relación con Linda empezaba a ser seria.

— ¿Su relación con Linda? —Repitió Sara—. Él no tuvo ninguna relación con Linda —replicó, y al ver que Alex no contestaba, continuó—. Él... él me dijo que era su madre quien quería que se casara con Linda, pero que a él no le interesaba lo más mínimo.

Alex se encogió de hombros.

— ¿Qué quieres que te diga yo?

—Pues puedes decir que no es cierto; que te lo acabas de inventar —contestó Sara, angustiada—. Harry no tuvo nada que ver con Linda. ¡Pero si ni siquiera le caía bien!

— ¿Eso es lo que él te contó?

—Bueno... —la verdad era que Harry no le había dicho nada, pero esa era la impresión que le había dado—. No importa lo que dijera. El hecho es que se casó conmigo. ¡Conmigo, y no con ella!

— ¿Es que crees que no lo sé? —replicó Alex con amargura.

— ¡Me estás diciendo todo esto para vengarte por haberte pisoteado el orgullo!

Alex tomó aire.

—Mi orgullo no tiene nada que ver con todo esto. Harry estuvo prácticamente comprometido con Linda, Sara. Al menos lo estuvo hasta que descubrió que no podía tener hijos.

Sara hubiera querido echarse a llorar, y no de angustia, sino de rabia. Alex tenía que estar mintiendo. Lo único que pretendía era hacerla dudar de la paternidad de Ben... como si ella no lo hubiese dudado ya bastante.

—Creo que estás enfermo —le dijo—. ¡Harry siempre te envidió,

pero creo que tú le envidiaste a él aún más!

— ¡Sara, por amor de Dios!

Era como si, a pesar de que debía sentir ganas de convencerla por la fuerza, el cansancio le estuviera venciendo, junto con, quizás, un sentimiento de vergüenza.

— ¿Cómo puedes querer hacerme una cosa así, Alex? —exclamó—. Sé que quieres a Ben y que querrías ser un padre para él, pero...

—Es que soy su padre —la interrumpió—. Sara, por favor, ¿qué tengo que hacer para convencerte? ¿Vas a obligarme a decírtelo todo? ¡Pues lo vas a saber! ¡Harry te envió aquí antes de la boda para que yo hiciera el amor contigo!

— ¡No! —era la única palabra que consiguió pronunciar—. No... —volvió a decir—. No te creo. Estás enfermo, Alex. Déjame salir de aquí.

—Espera —la detuvo cuando ella pasaba como un huracán a su lado—. No fue tan frío, y tú lo sabes. Lo que hice... lo que hicimos fue un acto de amor. Yo... me había negado a hacerlo.

—No... —murmuró ella una vez más. Harry no podía haber hecho una cosa así. Era horrible inventarse esa historia para robarle a su hijo.

Alex la miró fijamente.

—Sé que no quieres creerme, pero es la verdad.

—Era tu hermano —protestó Sara, y Alex se pasó la mano por el pelo, desesperado.

— ¿Crees que no lo sé? ¿Crees que no me lo he pensado mil veces ante de decírtelo? No quería que lo supieras, y si hubieras sido medianamente razonable, no habría tenido que hacerlo, pero no sé por qué te has empeñado en creer que soy tu enemigo, y no me has dejado elección.

—Es una locura —murmuró.

—Pues es evidente que a Harry no se lo pareció -contestó él, encogiéndose de hombros.

—Pero, ¿cómo pudo pensar que...? ¿Cómo iba a imaginarse...?

— ¿Que podíamos sentirnos atraídos el uno por el otro? —concluyó Alex por ella—. Eso ya lo sabía él desde aquella noche en Londres, ¿te acuerdas?

— ¡Pero si tú salías con una chica entonces!

— ¿Ah, sí? —Alex arqueó las cejas—. Es la primera noticia que tengo. ¿Y con quién se supone que estaba saliendo, si acababa de volver de un viaje a Estados Unidos?

Sara dudó.

— ¡Esto es ridículo! —exclamó—. Siempre ha habido mujeres en tu vida. Me parece que era una modelo. Vi tu fotografía junto a ella en

las revistas.

La expresión de él se volvió irónica.

— ¿Viste una fotografía mía en una revista y automáticamente diste por sentado que la chica era mi novia?

—No... no exactamente —Sara intentó pensar—. Harry me dijo que era tu novia —dijo, y se puso colorada—. No me habría mentido. No haría una cosa así.

—Puedes pensar lo que quieras, pero yo tengo derecho a defenderme. Sé perfectamente bien con quién he salido y cuándo; mucho mejor que tú.

— ¿Y eso qué tiene que ver con todo esto?

—No sé. Tú me lo dirás.

—No puedes negar que había mujeres, y... y si Harry se equivocó en aquella ocasión...

—Está bien —Alex prefirió no discutir—. Pero no me pidas que te cuente la historia de mi vida. Nunca le he hecho daño a nadie... excepto quizás a ti.

—Desde luego que me hiciste daño —le gritó—, Y no sé por qué te empeñas en seguir haciéndomelo. ¿Cómo... cómo has podido inventarte una historia así? ¿Có... cómo iba a pedirte Harry que... que... bueno, que me sedujeras?

Alex suspiró.

—No fue exactamente así.

—No hace falta que lo jures —replicó—. Dime, Alex, ¿cuánto tiempo has tardado en urdir algo así? Como por las buenas no conseguías nada, has decidido manchar la memoria de mi marido pretendiendo echarle a él la culpa de tu comportamiento.

— ¡Harry no habría sido tu marido si yo hubiera conseguido evitarlo, maldita sea! ¿Crees que no le conté lo que había ocurrido? Pues te equivocas. ¿Y sabes lo que me dijo él? Pues que no le importaba. Que no iba a renunciar a ti dijera yo lo que dijera.

— ¿Viste a Harry antes de la boda?

—Claro —gimió—. ¿Dónde creías que me había ido? Seguía de baja por enfermedad, ¿recuerdas?

—Tu madre me dijo que te habías ido a Londres —contestó Sara casi sin voz.

—Y así fue. Tienes que ir a Heathrow primero si quieres tomar un vuelo para Kuwait.

— ¿Que fuiste a Kuwait? —exclamó ella—. Harry no me lo dijo.

Como tampoco le había dicho que sabía lo ocurrido entre Alex y ella. Aquello no podía ser verdad...

— ¿Cómo iba a decírtelo? Cuando hablé con él, me contestó que ya

lo esperaba. Que sabía que yo me sentiría atraído por ti, y que decidió utilizarnos.

— ¡No! ¡Harry me quería!

—Por supuesto que te quería —Alex era irónico—. Sobre todo porque ibas a darle un hijo.

—Te has inventado todo esto para disculparte por la forma en que me trataste. Si… si Harry te perdonó, deberías haberle estado agradecido, porque no debió de ser fácil para él.

Alex arqueó las cejas.

—Sigues sin entenderlo, ¿verdad? Te has cerrado en banda y no quieres comprender. A veces hasta me he preguntado si Harry llegó a quererte de verdad, o si hizo todo esto sólo para humillarme.

— ¡Estás loco!

No podía soportarlo más. Así que se zafó de él y llegó hasta la puerta a pesar de que las piernas no querían responder. Tenía la sensación de que todo lo que sabía y en lo que había creído hasta entonces se estaba desmoronando ante sus ojos. A pesar de haber defendido a Harry, su fe en él estaba empezando a resquebrajarse.

— ¡No te vayas!

Su ruego le llegó justo cuando tenía ya la mano en el pomo de la puerta, y había tal cantidad de sentimiento que Sara se quedó inmóvil.

—Ben es hijo mío —añadió, acercándose a su espalda y depositando un beso en su cuello—. Nunca he querido hacerte daño, Sara. Harry sabía… que tú eres la única mujer en el mundo a la que he querido.

Capítulo 12

SEIS meses habían pasado ya desde la muerte de Harry. Estaban en el mes de abril, y Sara iba a ver a sus abogados por primera vez.

Faltaba sólo una semana para las fiestas de Semana Santa, lo que significaba que los parques estaban ya llenos de flores y Sara había comprado un ramo de tulipanes para adornar su habitación.

Lo más lógico era que pasase las vacaciones con su familia política, y aunque la visita no le hacía mucha gracia, iría. Para pasar más tiempo con su hijo, iría hasta el fin del mundo. Lo echaba tanto de menos que a veces los días se le hacían interminables.

Menos mal que ya tenía trabajo. El sueldo que ganaba en el hospital de Fulham Road no estaba mal, y pasar las fichas de los pacientes al ordenador no era un trabajo demasiado duro. Además, la gente con la que trabajaba en la oficina era bastante agradable, y aunque no había hablado de sus circunstancias, no había tenido más remedio que decir que era viuda.

Las mujeres la habían ayudado mucho. Si hubiera querido, habría tenido compañía casi todas las noches, pero a pesar de su amabilidad, prefería seguir sola. Seguramente ellas pensarían que seguía estando devastada por el dolor.

Y en parte era así, aunque su forma de recordar a Harry había cambiado. A pesar de decirse a sí misma que no creía en la historia que Alex le había contado, tampoco podía desechar el hecho de que Harry no le hubiese hablado de la visita de su hermano.

Y tampoco se lo habría creído de no haber podido comprobarlo. A pesar de los años, todavía había gente conocida en Kuwait, y había conseguido hacerles recordar si el hermano de Harry había estado o no allí. Como era un periodista bastante conocido por sus reportajes del Oriente Medio, todo el mundo había querido conocerlo.

Aquella certeza le había hecho cambiar bastante el enfoque de la situación. Ningún hombre capaz de comportase como un padre con un niño habría sido capaz de aceptar lo que su hermano había hecho sin remordimientos y sin decírselo jamás a su mujer. Dios... a veces había llegado a preguntarse si de verdad conocía a Harry.

También había reflexionado bastante sobre los años que habían pasado juntos. Antes hubiera jurado que habían sido felices, pero ahora ya no estaba tan segura. Todas las pequeñas cosas que en su momento le habían parecido carentes de importancia podían tener un significado más profundo de lo que ella creía.

Especialmente el alejamiento persistente de Harry respecto a su familia, algo con lo que ella había estado encantada. Pero, ¿y si las

razones que habían empujado a Harry eran distintas a las que ella había creído? ¿Y si el problema era que no quería enfrentarse a su hermano?

Fueran cuales fuesen las circunstancias de la concepción de Ben. Había llegado a la conclusión de que no podía seguir ignorando la pretensión de Alex. Además, después de que la hubiera besado en Ragdale, estaba segura de que haría lo que fuera por conseguir lo que quería, incluso llegar a fingir que sentía algo por ella. Estaba dispuesto hasta a aceptarla a ella con tal de tener a su hijo.

Esa era precisamente la razón de que hubiera decidido marcharse inmediatamente. No podía concederle importancia a los sentimientos que había despertado en ella ese beso. Además, aunque Harry hubiera sabido que Ben no era hijo suyo, de ahí a lo que Alex había pretendido que creyera… Jamás le perdonaría por decir algo así.

Lo peor de todo había sido tener que dejar a Ben en Perry Edmunds, aunque le pesara tener que admitir que su hijo no se había opuesto con demasiada vehemencia. Con su nuevo poni al que había bautizado con el nombre de Merrylegs, y la libertad de que disfrutaba viviendo en el campo, no tenía interés alguno por irse a vivir a una gran ciudad, y tampoco comprendía por qué su madre sí que lo tenía.

Siempre que se mantuviera en contacto constante con él, bien por teléfono, bien por carta, parecía estar contento. De vez en cuando, Robert lo llevaba a Londres a visitarla, y esos eran los momentos más duros para los dos, aunque Robert le asegurase que las lágrimas del niño se secaban en cuanto llegaban al aeropuerto. Claro que qué otra cosa iba a decir.

De Alex sabía poco. Desde aquella mañana en la que todo salió a la luz, no había vuelto a verlo, y ella se había limitado a llevar a cabo sus planes sin contar con él. Y si por ello él creía haber ganado, pues muy bien; quizás fuera así.

El futuro era todavía algo incierto. Después de Semana Santa, Ben iba a empezar a ir a la guardería de Corbridge, y hasta que fuese algo mayor, ésa sería seguramente la fórmula más adecuada. No había tenido más remedio que aceptar que Alex debía tener algún privilegio moral, y hasta que su vida estuviese más asentada, Ben estaba mejor allí.

Sara abrió las puertas del edificio en el que estaban los abogados de Harry, Kaye y Brockway. La otra vez que había estado allí con Harry no había tenido miedo, pero entonces, no tenía nada sobre su conciencia. La visita había sido anterior a su estancia en Edmundsfield.

Y de hecho no estaría allí si ellos no se hubiesen puesto en

contacto por carta. Después de lo que Alex le había dicho, Sara no quería nada de los Reed. Sabía que Harry la había nombrado a ella única heredera, pero había decidido que el dinero que hubiese lo guardaría para Ben.

Aun así el señor Brockway había insistido en que necesitaba su firma y en que había que ocuparse del codicilo de Harry. Por lo menos aquella iba a ser la última formalidad. Quizás así el fantasma de Harry quedase por fin en paz.

Una recepcionista le pidió que esperase mientras avisaba al señor Brockway, y Sara curioseó mientras tanto las páginas de una revista sin ver nada en realidad.

— ¿Quieres acompañarme, señora Reed?

La recepcionista había vuelto y Sara, tras secarse las palmas de las manos en sus pantalones de lana, siguió a la mujer a un despacho grande y polvoriento.

—Señora Reed...

El abogado de Harry rondaba los cincuenta años y era un hombre de estatura media que sabía disfrutar de los placeres de la vida a juzgar por su dilatado estómago, pero cuyo rostro era afectuoso y sonriente. Sara le saludó antes de tomar asiento.

—Por fin —dijo—. Supongo que debe costar trabajo dejar Northumberland en esta época del año.

—Así es.

Sara prefirió no sacarle del error. Dónde estuviese viviendo en aquel momento no era asunto suyo, y después de aquella visita, no tendría razón para querer volver a ponerse en contacto con ella.

— ¿Hace mucho frío por allí?

Aquello iba a ser un poco más difícil.

—Supongo que no más del habitual —contestó, y las mejillas se le arrebolaron. Sería mejor decir la verdad—.

Lo cierto es que llevo varias semanas viviendo en Londres. Pensé que aquí sería más fácil conseguir un trabajo. — ¿Un trabajo? —el señor Brockway parecía sorprendido—. Sí, bueno, es comprensible, pero debo advertirle, señora Reed, que su marido le ha dejado una herencia sustanciosa. Aparte del seguro, hay varios cientos de miles de libras.

Sara se atragantó. — ¿Está usted hablando en serio? —Por supuesto —contestó el señor Brockway, y tomó lo que debía ser el expediente de Harry con expresión de desagrado—. Sus negocios de esmeraldas le han dejado una suma sustancial.

— ¿Sus negocios de esmeraldas? —Sara lo miró atónita—, ¿Me está usted diciendo que Harry trabajaba para alguna empresa de

esmeraldas? Pero si era funcionario... trabajaba para el gobierno, y si hubiera cambiado de trabajo, lo habría sabido. No comprendo. Tenía la boca seca.

—Es evidente que no —el señor Brockway pareció suavizarse un poco—. Y no, señora Reed; su marido no trabajaba para ninguna empresa de esmeraldas. Él era... ¿cómo expresarlo?... independiente, digamos. Es una pena que no pensara en su protección personal. Sara estaba horrorizada.

— ¿Está usted diciendo que Harry... que Harry hacía contrabando de esmeraldas?

— ¡No, por Dios! —exclamó, escandalizado—. Lo que hacía su marido era estrictamente legal. Lo único que estoy diciendo es que la gente con la que él trataba eran personas en las que no siempre se podía confiar.

Sara parpadeó varias veces.

— ¿Está intentando decirme que su asesinato... no fue un error?

—Bueno, eso cabe dentro de lo posible. El señor Reed siempre decía que estaba viviendo... cómo es esa expresión... ¿al límite? Puede que muriera protegiendo al diplomático, pero también es cierto que tenía enemigos.

—No puedo creerlo.

—Supongo que no tiene importancia —contestó el señor Brockway, casi como si quisiera consolarla—. La cuestión es que usted es ahora una mujer rica. El señor Reed quería asegurarse de que usted y su hijo quedaban en posición segura, razón por la que debemos hablar de sus planes para el futuro...

Sara salió del despacho del abogado medio sonámbula. ¿Cómo podía haber vivido con Harry tanto tiempo sin saber lo que estaba pasando? Y lo peor de todo era que lo que acababa de saber le daba mayor credibilidad a lo que le había contado Alex. Si Harry había sido capaz de ocultarle algo como aquello, ¿qué más no le habría ocultado?

Miró entonces el sobre que el señor Brockway le había entregado. Su nombre estaba escrito en él con la caligrafía de Harry. Contenía el codicilo del que el abogado le había estado hablando, y que al parecer Harry había querido que ella leyese en privado. Aunque el abogado parecía estar al corriente del contenido, tenía que respetar los deseos de Harry.

Tomó un taxi desde Lincoln's Inn hasta Hammers-mith. Cuando le había dicho a su jefe que tenía que ir al abogado para hablar del testamento de su marido, le había dado la tarde libre, así que prefirió irse a casa, al diminuto apartamento que había alquilado, aunque al parecer, podía haberse permitido ser algo más caro.

De todas formas, la idea de aquel dinero la inquietaba enormemente, a pesar de que fuese tentador pensar en lo que podría comprarse con él… Un apartamento más grande, incluso una casa con jardín y cuadras dónde Ben pudiese tener su poni. ¡Eran ricos, qué demonios!

Y Alex…

No; mejor no pensar en Alex por el momento. Ya era bastante vivir con la certeza de que podía no volver a verlo nunca, o sólo en aquellas ocasiones en las que Ben estaba presente. Tenía que recordar que su hijo era su único punto de contacto. El pasado estaba tan muerto como el hombre al que creyó conocer.

Capítulo 13

UNA HORA más tarde, Sara seguía aún sentada delante de la mesa de fórmica desportillada mirando el papel que tenía en la mano. Seguía llevando el anorak azul marino que se había puesto para ir al despacho del abogado, y aún tenía en la otra mano la llave para abrir la puerta del apartamento.

El codicilo no era largo. Inicialmente empezaba con términos que cualquiera podría haber comprendido, diciendo que sabía desde el principio que Ben no era su hijo. Tal y como Alex le había dicho, Harry había sabido años antes que era estéril, pero quería que Sara supiera que la perdonaba y que siempre había considerado a Ben hijo suyo.

En aquel momento, Sara se había tomado un instante para tranquilizarse. No era fácil aceptar que se había equivocado. Evidentemente Alex conocía a su hermano mejor que ella, pero las connotaciones eran horribles. Siguió leyendo, esperando que Harry le hablase del viaje de su hermano a Kuwait y de cómo había descubierto que el niño era de Alex. Dijera lo que dijese, no debía haber sido nada fácil escribirle aquellas palabras, y el temblor de la mano hizo bailar las letras. Pero no había mención de la visita de Alex, ni de ninguna otra cosa en relación con su hermano. De no haber sabido lo que sabía, habría pensado que Harry no sabía quién era el verdadero padre de Ben, y de no habérselo contado a ella Alex, hasta habría encontrado consuelo en ese hecho.

Pero Harry lo sabía todo, y aun así prefirió no decirle la verdad. Había elegido ignorar lo que Alex le había explicado.

El resto del documento describía las disposiciones para su futuro y el de Ben. Había dinero para que los dos vivieran cómodamente, pasara lo que pasase, además de un fondo para la educación de Ben. si es que ocurría cualquier imprevisto.

Pero fue la estipulación final lo que la dejó destrozada... y era la recomendación aparentemente inocente sobre dónde debía vivir. Harry dejaba muy claro que si su muerte era anterior a la de sus padres, prefería que no fuese a vivir a Northumberland. Se había enterado de que su hermano se había comprado una casa allí, y no quería que interfiriese en la vida de su hijo. Y ella habría estado de acuerdo con él si hubiese acudido al despacho del abogado nada más llegar a Inglaterra. Claro que Harry no había contado con la insistencia de sus padres de que fuese enterrado en Edmundsfield. y seguro que había confiado en la antipatía que ella sentía hacia Alex como barrera suficiente para mantener a su hermano a raya.

Además, si las cosas hubieran seguido su curso normal, Ben habría sido un adulto antes de que sus padres murieran, y una vez Harry y ella hubiesen vuelto a vivir a Inglaterra, Harry habría deshecho aquel codicilo y ella jamás se habría enterado de nada.

En cualquier caso, y a pesar del amor que pudiera profesarle a su hijo. Harry no había querido que le tomase por idiota, sino que había querido que ella supiera que no se había dejado engañar por su farsa, pero por otro lado, no había querido que ella le revelase la verdad, y cuando Alex había intentado intervenir, se había deshecho de él.

Sara se levantó por fin, totalmente exhausta.-La cabeza le daba vueltas, y mirara donde mirase, las maquinaciones de Harry parecían ocuparlo todo. Ahora comprendía bien que su marido había sabido perfectamente bien lo que hacía, pero que, desgraciadamente, el destino le había ganado por la mano.

Llenó la tetera de agua y la puso al fuego, y después se quedó mirando por la ventana. No era que tuviese una vista particularmente inspiradora. Los tejados de los otros edificios le quitaban la mayor parte de la luz, y la calle le enviaba el ruido constante del tráfico. No era el lugar donde le gustaría criar a su hijo, pero tal y como se sentía en aquel momento, habría dado cualquier cosa por tenerle a su lado.

En Alex no se iba a permitir pensar, y mucho menos iba a admitir que había algo de verdad en su declaración. Quería conseguir a Ben, no a ella, y ahora ya lo tenía. O al menos podía verlo cuanto quisiera.

Había quedado con el señor Brockway que se pondría en contacto con él, y a la semana siguiente le llamó para decirle que había leído el documento y que lo sentía mucho, pero que no tenía intención de llevarse a Ben de casa de sus abuelos. El niño era muy feliz allí, y hasta que pudiese permitirse una casa en la que pudieran vivir los dos, había decidido dejarlo con ellos.

— ¿Y qué va a pasar con el dinero, señora Reed?

El señor Brockway no podía creer que fuese a ignorar una suma tan importante.

—Si no puede invertirse hasta que Ben sea mayor, déselo a alguna obra benéfica —contestó Sara—. Y lo mismo le digo respecto al seguro de Harry. Prefiero mantenerme por mí misma.

El abogado renegó y protestó, pero al final tuvo que aceptar que Sara estuviera decidida y le prometió que investigaría la legitimidad de las instrucciones de Harry y se pondría de nuevo en contacto con ella, pero Sara le dijo que no tuviera prisa. Ya tenía todo lo que necesitaba.

Al final decidió no ir a pasar la Semana Santa a casa de los Reed. No creía poder enfrentarse a Alex después de los acontecimientos de la

semana anterior. No era la clase de hombre por el que ella siempre le había tenido, y necesitaba tiempo para aclarar sus ideas. Se había pasado cinco años maldiciéndole por haberla seducido cuando sabía que ella había sido tan culpable como él.

Echaba muchísimo de menos a Ben. Así que se pasó las vacaciones limpiando el pequeño apartamento. Se acercó a la iglesia domingo por la mañana. Le encantaba ver la iglesia en aquella época del año, cuando estaba llena de flores de primavera. Y el servicio fue tan alegre que se sintió mejor al salir.

Aproximadamente tres semanas más tarde, recibió una llamada de James Erskine.

Cuando la dueña del apartamento subió a decirle que tenía una llamada, lo primero que pensó fue en que algo debía ocurrirle a Ben. Hacía dos o tres días que no hablaba con él. y Christine no había contestado a su última carta. «Dios mío», pensó mientras bajaba corriendo las escaleras «no permitas que le ocurra nada malo».

Oír la voz de James la sorprendió. ¿Y si les había pasado algo a Robert o a Elizabeth?

Sin embargo, James le aseguró que toda la familia estaba perfectamente bien.

—Linda le dijo a Christine que llevase a Ben a nadar en nuestra piscina la semana pasada —le comentó James, sin saber que a Sara aquello le dolía—. Es un niño encantador. Tienes razones para estar orgullosa de él. —Gracias.

Sara intentó parecer educada, aunque la influencia de Linda Erskine sobre su hijo era difícil de soportar. ¿Habría estado también Alex con ellos? Pero esa era una pregunta que no tenía derecho a formular.

—Te he llamado —continuó James—, porque voy a estar en Londres unos cuantos días, y me he preguntado si querrías cenar conmigo algún día. Mañana por la noche, si te viene bien. Estoy en el hotel Grosvenor, y hay un restaurante italiano muy agradable cerca de aquí.

—Bueno, yo...

Sara hubiera querido rechazar la proposición, pero no supo cómo hacerlo. Lo último que deseaba hacer en el mundo era cenar con James y Linda Erskine. Cualquiera aguantaría los comentarios de la otra mujer sobre su ausencia, especialmente si estaba viendo a Ben más que su propia madre.

—Me encantaría que aceptases —insistió James, presintiendo su rechazo—. Es que estoy solo en Londres, y detesto cenar sin compañía. Podríamos quedar pronto si lo prefieres. Sé que tienes que trabajar y

que no querrás llegar tarde al día siguiente.

¡Estaba solo! Eso lo cambiaba todo... ¿y por qué la habría llamado a ella? No podía decirse que fuesen buenos amigos. Pero por muy deplorable que fuese la idea de querer saber algo de Alex, aunque fuese de segunda mano, era irresistiblemente atractiva. James conocía a Alex, así que sería aceptable preguntarle por él.

Sara llegó al restaurante antes que él, pero James había reservado mesa e inmediatamente la acompañaron para que se sentara. Se entretuvo observando al resto de comensales. Menos mal que su vestido largo no parecía fuera de lugar.

El camarero llegó y le preguntó si quería algo de beber, y Sara pidió un martini. Había pensado beber sólo vino, pero tuvo la sensación de que necesitaba algo más fuerte. Aunque sabía que no tenía nada que temer de James Erskine, estaba nerviosa.

Estaba tomando un sorbo de martini y estudiando el enorme menú que el camarero le había llevado cuando una sombra cubrió la mesa. «Por fin», se dijo, aliviada.

Pero al levantar la mirada no se encontró con el marido de Linda, sino con Alex y la copa se le escurrió de la mano.

— ¿Puedo sentarme? —le preguntó mientras el camarero se apresuraba a limpiarlo todo. Sara asintió—. Tomaremos otros dos de lo mismo —le dijo al camarero antes de sentarse.

Estaba bastante pálido. Era como si todo su color natural hubiese desaparecido. Y tenía bolsas bajo los ojos.

—Yo... ¿estás...? ¿Ha venido James...?

—James no va a venir —contestó Alex. y tomó un sorbo de martini que vació media copa—. Lo siento. Espero que me perdones por este pequeño engaño. Temía que si te lo pedía yo no vinieses.

Sara tragó saliva.

— ¿Y James... están los Erskine aquí en Londres?

—James sí, pero va a cenar en el club —contestó, con una mueca —. Oí lo que te dijo ayer por teléfono, pero no va a estar solo. La verdad es que lo hizo muy bien.

Sara bajó la mirada hasta su martini y se preguntó si sería capaz de acercárselo a los labios sin tener otro accidente, pero tenía que correr el riesgo, así que puso ambas manos alrededor de la copa y se la acercó a los labios. Después de unos sorbos, hasta fue capaz de volver a mirar a Alex sin que su expresión la delatara.

— ¿No quieres saber por qué estoy aquí? —le preguntó Alex al final, cuando pareció evidente que Sara no iba a preguntárselo—. ¿Tan horrible te resulta mi aparición? Lo siento, pero es que teníamos que hablar.

— ¿Aquí? —le preguntó en voz baja. No estaba segura de querer oír lo que tuviera que decirle. Aún no se había sobrepuesto del dolor de la última vez que habían hablado.

—Me parece un lugar lo bastante neutral —contestó él, apurando su copa. Llamó al camarero para pedir otra y después se recostó en la silla—. No quiero que esta vez me dejes plantado con la palabra en la boca.

—Yo no hice tal cosa.

— ¿Ah, no? —Alex arqueó una ceja—. La última vez que hablamos, huiste de mí corno alma que lleva el diablo. ¿Qué es lo que te resulta tan difícil de aceptar de mis sentimientos?

—Yo... no sé qué me quieres decir —protestó, utilizando su copa como una especie de escudo. Aquella no era la forma en que había esperado que discurriera la conversación.

—Yo creo que sí —espetó—. Gracias —añadió para el camarero, que acababa de llevarle la segunda copa—. ¿Eras también así con Harry, o es sólo conmigo?

Sara enrojeció.

— ¿Así, cómo? —le preguntó, consciente de que no esperaba una respuesta—. No sé de qué me estás hablando —añadió, e inspiró profundamente—. ¿Cómo está Ben? Me parece que han pasado años desde la última vez que lo vi.

Alex tomó otro sorbo de martini. A ese ritmo, iba a tomarse un tercero antes de que hubiesen decidido lo que iban a comer. Ella no quería que siguiera bebiendo. Ya era bastante difícil de manejar estando sobrio.

—Y han pasado años —conteste él dejando la copa sobre la mesa —. Esperaba que hubieras ido a verlo en Semana Santa. Bueno, lo esperábamos todos, pero tú... decidiste no aparecer.

—Es que me pareció que no merecía la pena.

— ¿Por qué?

—Bueno... pues porque no. Está muy lejos para un fin de semana.

— ¿Y no consideraste la posibilidad de que yo podía querer verte? Como parece que- has aceptado el hecho de que yo sea el padre de Ben, ¿no crees que me debes una explicación?

— Quizás... —Sara suspiró—. Pero es que no es fácil para mí...

— ¿Y crees que para mí sí lo es? —la interrumpió—. Porque si es así, déjame decirte que estás equivocada. Es sumamente difícil, sobre todo cuando la otra persona no está dispuesta ni siquiera a hablar contigo. ¡Por amor de Dios, Sara! ¿Es que no puedes darme una oportunidad?

— ¡Baja la voz! —Le instó ella; estaban llamando la atención—. No

sé qué más quieres de mí. Casi te he entregado a mi hijo. De acuerdo: es tu hijo también, y aparte de no poder decirle que es hijo tuyo, todo lo demás es…

—No estoy hablando de Ben —volvió a interrumpirla, y tomó otro sorbo de martini—. Lo creas o no, te estoy muy agradecido por lo que has hecho, pero conocer a Ben ha sido sólo la mitad de la ecuación —suspiró—. Supongo que lo he utilizado para poder llegar hasta ti.

Capítulo 14

¿**HAN DECIDIDO** ya los señores? El camarero sacó a Alex del ensimismamiento en la cara de absoluta sorpresa de Sara, y mientras él se disculpaba diciendo que todavía no habían elegido, ella aprovechó para recuperar la compostura.

¡No podía estar hablando en serio! Debía ser que, cuanto más conocía a Ben, más profunda iba siendo la relación entre los dos y por ello quería creer que el niño había sido concebido por amor y no por lujuria.

El camarero volvió a marcharse, y Sara se preguntó si sería sólo ella quién sentiría la solemnidad del silencio que se había creado entre los dos. Dios mío. ¿Cómo se suponía que debía contestarle? Temía que sus propios sentimientos fuesen tan frágiles que no le permitieran ser discreta.

— ¿Y bien? —dijo Alex a fin con una gran carga de cinismo—. ¿Es que no vas a decirme que me lo merezco... que no se puede jugar con fuego si uno no está dispuesto a quemarse? ¿Que me lo merezco?

Sara inspiró profundamente.

—Mira, no tienes por qué hacer esto...

-¿El qué?

—Pues fingir... que sientes algo por mí. No tienes por qué... no hay razón para que no podamos ser amigos.

— ¿Amigos? —repitió él—. Sara, yo no he venido hasta aquí en busca de tu amistad. Es más: si esto no funciona no creo que vuelvas a verme.

— ¡No! —exclamó, y a punto estuvo de tirar el delicado florero de cristal que adornaba con rosas el centro de la mesa—. No puedes pensar en... ¡ es una locura! Ben... Ben te necesita. Necesita que formes parte de su vida. —Pero tú no —replicó él, sin hacer intención de tomar su mano—. Y no te preocupes, que no estoy pensando en suicidarme. Me refiero a que aceptaría un trabajo que me han ofrecido en Estados Unidos.

Sara se recostó en el respaldo de su silla y lo miró con incredulidad.

—Pero... ¿qué pasaría con Ragdale? Habías dicho que querías dejar el periodismo —dijo, y dudó un instante antes de añadir—: ¿Y qué pasaría con Ben?

—Sí, ¿qué pasaría con Ben? —Repitió él, frotándose la frente—. Supongo que podrías volver a cuidarlo tú.

— ¿Me estás diciendo... me estás diciendo que ya no lo quieres?

— ¿Pero qué clase de persona te crees que soy, Sara?

¿Una máquina?

— ¿Entonces?

—Lo que estoy diciendo es que no puedo seguir viviendo en Ragdale sin ti. Cuando no apareciste en Semana Santa, supe que había perdido.

-¿Perdido?

— ¡A ti! Maldita sea, Sara, ¿de cuántas maneras voy a tener que decírtelo? Te quería hace seis años y te sigo queriendo ahora. ¡Pero a ti no te importa siquiera si existo!

—Eso no es cierto —replicó ella con voz temblorosa. —No, claro. Eres demasiado sensible como para desear verme muerto, pero no te gusto nada en absoluto. Debería haber me dado cuenta desde el principio. ¿Qué es lo que fui para ti, quieres decírmelo? ¿Un poco de sexo extramarital?

—No —Sara estaba horrorizada—. Nada de eso. -Entonces, ¿qué fue? —Apoyó los codos sobre la mesa—. ¿Te gustó?

Sara se puso roja como un tomate, pero sabía que tenía que contestarle.

—Creo que sabes perfectamente bien la respuesta.

— ¿Y por qué actuaste como si te hubiera violado? ¿Por qué me trataste como a un leproso desde entonces? —hizo una pausa breve—. Cuando fui a ver a Harry, tenía la esperanza... bueno, más bien recé por que me pegase... no sé, cualquier cosa con tal de que cancelase la boda. Imaginarte casada con otro hombre era pura tortura.

Sara se le quedó mirando boquiabierta.

—Debes de estar tomándome el pelo.

— ¿Por qué? Sabía que no tenía sentido apelar a ti. Tenías la fijación de que yo era una especie de macho que iba por el mundo acostándose con todas las mujeres que se ponían cerca, y no hubieras estado dispuesta a aceptar ninguna clase de explicación mía. Estabas decidida a casarte con mi hermano fuera como fuese.

Sara se humedeció los labios.

— ¿Y Harry no te pegó?

— ¡Claro que no! Fue entonces cuando me di cuenta de que me había utilizado. Me dijo que por primera vez tenía algo que yo quería y que por nada del mundo iba a renunciar a ello.

—Es increíble...

—Para ti, puede que sí.

—No. Me refiero a que es increíble que... que me quieras a mí, y que quieras al niño. Siempre había creído que Ben era tu único objetivo.

Alex se recostó de nuevo en la silla.

—Ahora ya sabes la verdad. Gracioso, ¿eh? —miró a su alrededor —. ¿Quieres pedir la cena?

-¿Y tú?

— ¿Yo? ¡Oh, no! ¿No me digas que quieres dar por terminada la reunión?

—No. Es que... bueno, yo no tengo mucha hambre y podríamos... podrías venir a mi casa, si quieres. Podría preparar unas tortillas.

Alex se terminó la bebida.

— ¿Hay alguna razón para ello, Sara? —Creo que sí.

— ¿Para poder consolarme con una tortilla? —le preguntó, burlón —. ¿Es eso?

—No exactamente —Sara dobló su servilleta—. Estoy de acuerdo contigo. Tenemos que hablar. Es que... bueno, yo también pensaba que te caía fatal. Alex se la quedó mirando atónito. — ¿Y por qué ibas tú a pensar algo así? — ¡Vaya, hombre! Después de... de lo que pasó, no te comportaste precisamente como si... bueno, como si hubiese sido algo planeado.

—Porque no lo fue —Alex la miró fijamente—. No te llevé a Ragdale para hacerte el amor. Es más: de haber sido capaz de pensar, ni te habría tocado un pelo de la ropa. Ya me había dado cuenta de que estaba enamorándome de ti, así que lo que debería haber hecho era decirte lo que sentía. — ¿Y por qué no lo hiciste?

—Quise hacerlo, pero cuando llegara el momento oportuno. Pero aquella mañana en Ragdale estabas tan dulce, tan sexy... Supongo que podría decirse que perdí la cabeza.

Sara tragó saliva. — ¿Y después?

— ¿Después? ¿Y tú me lo preguntas? ¡Pero si estuviste a punto de arrancarme la cabeza cuando te pregunté cómo te sentías! Yo también tengo orgullo, ¿sabes?, y tú hiciste todo lo posible por pisotearlo. Durante el viaje a Kuwait, llegué incluso a pensar que había perdido la razón.

—Alex... pero si yo creía que no era más que otra de tus conquistas. Y estaba tan avergonzada. Estaba comprometida con Harry.

—Sí, lo sé. Me lo dejaste muy claro —contestó él con una mueca.

—Aun así, fuiste a ver a Harry.

—Claro. Estaba convencido de estar haciendo lo correcto. Me decía a mí mismo que cuando pasase un tiempo, me agradecerías haber sido tan honesto, pero... no salió como yo había planeado.

Sara se humedeció los labios.

—Por Harry, ¿no?

—En parte sí, pero cuando volví, empecé a tener mis dudas. Para

ponerlo de forma suave, digamos que tú me ignorabas, así que me convencí a mí mismo de que te merecías lo que te ocurriera.

—Lo siento mucho…

— ¿Que lo sientes? —Alex parecía sorprendido—, ¿El qué? ¿Haber hecho el amor conmigo? ¿Que Harry fuese tan intransigente? ¿Que me arruinaras la vida?

—Que hayamos perdido tanto tiempo —susurró—. Si vienes a casa conmigo, te lo explicaré.

Sara miró a su alrededor en busca del camarero pero Alex la agarró por las muñecas.

— ¿Estás diciendo lo que yo creo que estás diciendo. Sara…? Vámonos de aquí ahora mismo.

Mientras Alex lo arreglaba con el perplejo camarero. Sara recogió su abrigo y los dos salieron a la calle. Por encima del olor a humo de coche, Sara creyó percibir el aroma de la flor del azahar, pero quizás fuese sólo una jugarreta de los sentidos.

Tomaron un taxi para volver a Hammersmith y aunque Alex tomó su mano durante todo el trayecto, no hizo intención de besarla. La verdad era que no necesitaba hacerlo, pensó Sara al sentir la caricia de su mirada a la luz de las farolas de la calle. Era como si no se atreviera a quitarle la vista de encima, como si temiera que fuese a desaparecer si no la vigilaba, y para cuando el taxi se detuvo en Honiton Street. Sara tenía la sensación de que toda la piel le ardía.

—Mi casera dice que… que no se permite tener compañía masculina a partir de las diez de la noche —aventuró Sara mientras subían las escaleras.

—Pues lo va a tener difícil —contestó Alex divertido—. Va a tener que echarme, porque no pienso marcharme.

— ¿Ah, no?

Alex la miró fijamente.

—Tú dirás.

—No —le confesó, y cuando por fin consiguió meter la llave en la cerradura, abrió la puerta.

Alex apenas le dio tiempo de encender la luz. En cuanto la puerta se cerró, la empujó contra ella y la besó.

Sara no podía creer lo que estaba sintiendo. Se había jurado a sí misma que el pasado estaba ya olvidado, y sin embargo, en cuanto sintió el calor de sus labios, se encontró a sí misma en Ragdale. Donde había conocido la pasión.

Las manos de Alex estaban sobre su cuerpo, y cada caricia de sus labios, cada roce de su cuerpo, cada olor y sabor le eran insoportablemente familiares. Era como si él hubiese grabado a fuego

su propia imagen en ella, y Sara tuvo la sensación de que el resto de su vida había sido un prólogo de aquel momento, de aquel hombre, del amor que había negado durante tantos años.

—Aquí no —gimió él tras un instante, apoyando las manos en la puerta, y por primera vez Sara se dio cuenta de lo sórdido que era aquel lugar. Llevaba siendo su casa durante tantas semanas que se había olvidado de qué aspecto debía ofrecer a alguien acostumbrado a las comodidades de Ragdale o de Perry Edmunds. Incluso la preciosa manta que había colocado sobre el diván para hacerlo parecer un sofá, no conseguía ocultar que era un mueble barato y malo, y el borboteo del calentador eléctrico hacía de telón de fondo.

—Yo... lo siento —dijo, consciente de que aún llevaba puesto el abrigo, aunque Alex se lo había desabrochado para poder acariciar sus pechos—. No debería haberte traído aquí, pero es que yo ya me he acostumbrado y no...

— ¿Pero de qué demonios estás hablando? —le preguntó antes de morderle los labios—. No pienso ir a ningún otro sitio.

—Pero yo creía que... Antes has dicho...

—Lo que quería decir era que no quiero hacerlo aquí de pie. Con la ropa puesta. Por amor de Dios. Sara. ¿De verdad crees que me importa dónde estemos?

Sara se estremeció.

—Entonces...

—Anda, ven aquí —Alex la abrazó con fuerza colocándola entre sus piernas—. ¿De verdad crees que estoy en condiciones de volver a mi hotel? ¡Pero si estoy seguro de que vamos a batir el récord de velocidad!

Entonces la tomó en brazos y la llevó hasta el diván. y mientras ella se quitaba el abrigo, él se deshizo de la chaqueta y la camisa, pero cuando iba a desabrocharse el cinturón, ella le detuvo.

—Déjame hacerlo a mí —dijo, y mientras él le bajaba los tirantes del vestido, ella le desabrochó el cinturón y los pantalones.

Debajo de los pantalones, su erección se dibujaba provocativamente en los calzoncillos, y cuando Sara invadió con dedos temblorosos aquel dominio masculino, él contuvo la respiración.

Alex deslizó su mano a lo largo de uno de sus muslos, y Sara deseó haber llevado medias en lugar de pantis.

—Déjame hacer esto a mí —dijo él, y le bajó las medias, dejándolas a la altura de las pantorrillas para colocarse entre sus piernas—. Perdóname —dijo Alex, y como Sara era incapaz de contestar, dejó que su cuerpo hablara por ella.

Todo pasó muy deprisa, tal y como él le había prometido, pero

Alex la había excitado de tal manera con su boca que cuando él gimió y dejó su semilla dentro de ella, Sara se sintió al borde del precipicio.

—Lo siento —dijo de nuevo, y ella le acarició la mejilla ardiente.

— ¿Por qué? —le preguntó en voz baja, y aunque sabía la respuesta, siguió preguntando—. ¿Es que no te ha gustado?

Alex se incorporó ligeramente para contestar.

— ¿Que si no me ha gustado? Claro que sí. Jamás había disfrutado de un sexo tan ardiente como este.

— ¿Sexo ardiente? Pero yo creía que...

— ¿Qué creías? —la interrumpió con mirada burlona—. ¿Qué es lo que creías, eh? ¿Que ibas a conseguir que te dijera lo mucho que me ha gustado? ¿Que me has salvado la vida? ¿Que estoy tan loco por ti que ni siquiera he podido esperar a quitarte la ropa?

Sara tragó saliva.

—Bueno... algo así.

— ¿O preferirías que te dijese la verdad? —Sara lo miró con ansiedad—. Ha sido increíble, sí, pero era lo que yo esperaba. Cuando quieres a alguien tanto como yo te quiero a ti, no podría ser de otro modo.

— ¿Lo dices en serio?

—Claro que lo digo en serio —contestó, y se hizo a un lado para terminar de quitarle las medias y el resto de la ropa, que estaba toda arrugada en la cintura—. Y cuando estés desnuda, voy a demostrártelo —añadió, inclinándose a darle un beso en el estómago—. ¿Qué te parece?

Pues le parecía muy bien. Jamás habría podido imaginar que fuera a disfrutar tanto en su pequeña cama tanto, pero Alex tenía una intuición fuera de lo corriente. Con sus manos, sus labios y su lengua, le enseñó todo lo que había que saber sobre su propia sexualidad. Nunca se había imaginado que pudiera ser tan sensible en tantos lugares de su cuerpo, desde la planta de los pies hasta los pezones. La besó de arriba a abajo, y después la sentó sobre él para enseñarla cómo moverse con él dentro, y la imagen de sí misma con la cabeza echada hacia atrás, controlando los movimientos de su cuerpo, sería siempre un recuerdo preciado.

Pero cuando él tomó las riendas fue cuando Sara perdió todas sus inhibiciones. Con las uñas clavadas en sus hombros, se dejó llevar a un lugar en el que nunca había estado, donde se quedó flotando en el espacio...

Horas después, Sara abrió los ojos. Era ya de día. Se habían dormido casi a punto de amanecer, y al mirar el reloj de la mesilla, se sorprendió de que fuese casi mediodía. No iba a poder aparecer por el

trabajo ya.

Se dio la vuelta en la cama al recordar lo que había pasado la noche anterior, pero si esperaba encontrar el cuerpo cálido de Alex, se llevó una buena desilusión. Estaba sola en la cama, y pensar que aquello ya le había ocurrido otra vez le produjo un escalofrío. ¿Habría vuelto a dejarla sola?

Y entonces oyó algo a sus espaldas. El corazón y el estómago le dieron un vuelco al ver a Alex echando agua en la tetera, con dos tazas esperando sobre una bandeja. Pero fue el hecho de que estuviera preparando un té completamente desnudo lo que la hizo reír.

Alex se dio la vuelta.

— ¿Te he despertado? Es que se me ha caído la condenada tapa de la tetera.

—Tú siempre me despiertas —admitió en voz baja, y Alex dejó la bandeja para acercarse a ella.

—Lo mismo digo —contestó al apartar las sábanas. Sara protestó diciendo que tenía frío, y él sonrió—. Yo te calentaré —le dijo, separando sus piernas—. ¿Así está mejor?

Pasó un buen rato antes de que volvieran a acordarse del té.

—Al final no hemos hablado de nada —murmuró Sara tomando un sorbo del té ya frío—. ¿Y qué va a decir mi jefe cuando le diga que no voy a aparecer por la oficina hoy?

—Si quieres que te diga mi opinión, preferiría que le dijeras que no vas a volver a aparecer nunca más —contestó el con suavidad—. Porque vas a sacarme de este estado miserable, ¿verdad?

Sara sonrió.

—Creía que ya lo había hecho.

—Sólo un poco. Quiero que te cases conmigo. Sara. ¿Querrás hacerlo?

A pesar de todo lo que había ocurrido antes. Sara enrojeció.

—Alex...

— ¿Eso es un sí o un no?

Sara dejó la taza y se lanzó a sus brazos.

Es un sí —dijo, con los ojos llorosos—. Te quiero. Alex.

—Eso espero —contestó él sonriendo—. ¿Eso quiere decir que me perdonas por... bueno, por todo lo que ocurrió con Harry?

—No hay nada que perdonar —protestó Sara, y apoyando la cabeza sobre su hombro, le refirió la conversación con el abogado.

—No me lo puedo creer... ¿esa era la razón de que siempre quisiera mantenernos alejados?

—Eso parece.

—Y así habría seguido siendo de no haber vuelto tú a Perry

Edmunds y si yo no me hubiera dado cuenta de que no podía vivir sin ti.

—Y si no hubieras visto a Ben —le recordó Sara y Alex asintió.

—Mi hijo —dijo, emocionado—. ¿Qué crees que dirá de todo esto?

—Creo que estará encantado —murmuró Sara—. Ya sabes lo que piensa de ti. Desde que te conoció, has sido su héroe.

— ¿Tú crees?

Sara lo miró sonriendo.

— ¿Tú no?

—Es que quería oírtelo decir.

—Se volverá loco de alegría. Además... además yo nunca he querido que fuese hijo único, así que, ahora...

—Ahora podremos tener otro hijo.

—Por lo menos. Creo que cuatro es un buen número, ¿ no te parece?

Alex se echó a reír.

—Lo que tú digas. Menos mal que tenemos una casa grande. Vamos a necesitarla.

—Entonces, ¿no vas a marcharte a trabajar a Estados Unidos?

—Ya no. Me han ofrecido trabajar para Ayuda Legal, pero sabía que si no estábamos juntos, no iba a poder quedarme. Habría sido demasiado doloroso. Ah, por cierto —añadió, después de besarla—, yo no le dije nada a Ben sobre el asesinato de Harry. Se lo dijo una tal Conchita.

— ¿Conchita? Era una de las empleadas que teníamos en Río.

—Parece ser que oyó a alguien hablar del incidente. Se enteró de que habían disparado a Harry, y aunque él no llegó a entenderlo demasiado bien, cuando Linda empezó a hablar de matar zorros, hizo la conexión. Menos mal que parece haber vuelto a olvidarlo, y cuando sea mayor, ya encontraremos la forma de explicárselo.

—Pero no pensarás decirle...

— ¿Que la bala podía ir destinada a Harry? No. No se lo diré.

— ¿Y el resto?

— ¿Qué soy su padre? —Alex se encogió de hombros—. Supongo que eso también puede esperar. Cuando sea mayor, puede que lo comprenda. Y si no... Esperemos que para entonces tenga un hermano o una hermana que pueda explicárselo. Es un niño muy pragmático. Lo asimilará.

—Eso espero —Sara suspiró—, Pero a tu madre no va a gustarle nada todo esto.

— ¿Tú crees que no?

—Nunca le he gustado demasiado.

—Es que no confiaba demasiado en ti —le explicó con una mueca —. A veces me pregunto si ella sabría por qué Harry te envió a Perry Edmunds antes de la boda. No sé si sabe que Harry no podía tener hijos, y supongo que nunca lo sabremos.

—La verdad es que parecía animarnos a que pasáramos tiempo juntos —concedió Sara pensativa.

—Sí, lo sé. Pero no hay que olvidar que ella seguía alimentando esperanzas de que Harry cambiase de opinión respecto a Linda. Puede que pensara que si nos empujaba a ti y a mi a estar juntos...

— ¿Que yo rompería mi compromiso con Harry?

Alex se encogió de hombros.

—Es posible. Igual que es posible que ella, igual que Harry, quisiera nietos a toda costa.

—Dios mío... —Sara se acurrucó más contra él—. ¡Si yo no hubiera sido tan idiota!

—Estoy completamente de acuerdo con eso —dijo él suavemente —. No tienes ni idea de cómo me sentía cada vez que decías que querías a Harry. Los celos eran terribles.

—Creo que Harry también estaba celoso de ti. ¡Pobre Harry! Siento pena por él.

—Yo también. ¿Cuándo crees que decidió casarse contigo? ¿Antes o después de habernos visto juntos?

— ¿Quién sabe? —suspiró, y después, decidida a poner una nota alegre, añadió—: yo también estaba celosa. Primero, esa modelo de Londres, y después Linda... por cierto, ¿qué hacía Karen Summers en tu casa?

Alex volvió a reír.

—Tengo que confesar que no me estaba ayudando « a elegir la decoración —confesó—. Es que la entrevisté una vez para la agencia, y después, en una ocasión en que ella vino a Newcastle, me llamó para que cenásemos juntos. _¿y?

—Y eso es todo. No te mentiría nunca, cariño. Por nada del mundo. ¿Me crees?

—Sí, claro que te creo —le confesó—. No puedo creer que todo esto esté pasando. Tiene que ser un sueño.

—Entonces, déjame convencerte de que no lo es —dijo él, tumbándose con cuidado sobre ella—. Tenemos el resto de nuestras vidas para convencernos...